

三合會死追捕
仇恨敵人



Los nuevos
crímenes de Castelar

Jorge Colonna

LOS NUEVOS CRÍMENES DE CASTELAR

2020

No hay asesinos, sino personas que cometen asesinatos.

Inspector Wallander

(Henning Mankell)

PRIMERA PARTE

La mafia china

Capítulo I

Paraíso perdido

Con un estruendo infernal, las ráfagas de ametralladora destrozaban el frente de la casa. El revoque, los escombros y el polvo volaban como si la fachada fuera de utilería. Los vidrios de las ventanas estallaban y la puerta de madera se reducía a astillas. Un acre olor a pólvora invadía todo. Aterrado, frente a una muerte inevitable, Domecq gritó y se despertó. Por suerte, ya no estaba en la infausta chacra de Cascallares —donde se salvó de milagro—, sino a bordo de un micro de larga distancia que lo llevaba hasta El Bolsón. Miró por la ventanilla y alcanzó a disfrutar el maravilloso momento en que el cielo del amanecer perdía sus estrellas. Además, la inconfundible silueta del cerro Piltriquitrón le indicó que el largo viaje estaba por finalizar.

Al llegar a destino, se reencontró con Bustos y se emocionó al estrechar en un interminable abrazo al hombre que le había salvado la vida. Mientras intercambiaban comentarios triviales, los amigos cargaron el equipaje en la camioneta del anfitrión y —como tenían que enfrentar una agotadora jornada— partieron inmediatamente hacia el sur, en dirección a Epuén.

Una hora más tarde, Bustos abandonó la Ruta 40 y encaró un maltrecho camino de ripio. Después de atravesar un pequeño pueblo perdido en el tiempo, por una polvorienta huella, llegaron al lago Cholila.

Para Domecq, que no conocía ese rincón patagónico, fue como descubrir el paraíso. Un paisaje soñado, con un lago cristalino rodeado de montañas cubiertas por un bosque exuberante, salvajemente intacto. En la desembocadura del Pedregoso, Bustos detuvo el vehículo junto a las heladas aguas del río.

—Antes de vadearlo, quiero comprobar la profundidad, porque en esta época de lluvias y deshielo el caudal puede cambiar sorpresivamente y convertirse en una trampa mortal.

Satisfecho con el nivel de las aguas, Bustos subió a la 4x4 y vadeó el río. El último tramo lo recorrieron por la playa de canto rodado, hasta encontrar una tranquera desvencijada.

—Es acá —dijo Bustos, con orgullo.

La propiedad comenzaba en la costa del lago y se extendía varios centenares de metros entre añosos coihues. La única construcción era una rústica cabaña de troncos —demasiado deteriorada a criterio del recién llegado— que, en otra época, había albergado a los pescadores que, desde todo el mundo, llegaban a probar suerte en ese maravilloso espejo de agua.

Al abrir la puerta de su casa, Débora —con piel ajada, ojos cansados y cabello tempranamente gris— advirtió el gesto de desaliento en el rostro de Domecq.

—¿Qué te pasa? —dijo la esposa de Bustos, en tono poco amigable y poniendo sus manos en la cintura—. ¿Esperabas un hotel cinco estrellas? ¿Acaso te olvidaste de que sos un *homeless* que escapa de un asesino? Acá no te va a molestar nadie. Vas a poder escribir tranquilo. Nosotros tenemos que trabajar duro para que esta cabaña vuelva a ser comfortable antes de que llegue el frío.

—Palabra de *idishe mame* —bromeó Bustos, para distender la situación.

—Esta *idishe mame* va a continuar con las tareas domésticas —dijo Débora y los hombres se quedaron solos.

—¿Querés pescar? —preguntó Bustos.

—¿Tenés bote? —respondió Domecq con otra pregunta.

—No. Pero...

—Tampoco hay señal de celular, ni internet, ni tele, ni... —se quejaba el viejo cascarrabias cuando, molesto por las críticas, Bustos lo interrumpió.

—Consolate pensando que hace un siglo, en este mismo paraje, Butch Cassidy, Sundance Kid y Etta Place estaban más desamparados que nosotros.

Desde la ventana de la cocina, Débora observaba con fastidio cómo ninguno de los dos amigos parecía disfrutar la compañía del otro. En lugar de ayudar a su esposo, que estaba cortando leña para la cocina y la caldera, Domecq —con la imprescindible ayuda de los gruesos cristales de sus anteojos— comenzó a tomar notas en una libreta. Para protegerse del fuerte sol del verano patagónico, el visitante se había puesto un viejo sombrero de ala ancha que parecía haber pertenecido a *La familia Ingalls*.

Cuando empezó a anochecer, Domecq fue agasajado con unas exquisitas truchas a las brasas, preparadas junto a una gran fogata, frente al lago, bajo un cielo maravilloso, tachonado de estrellas.

Durante la cena, Débora intentó recomponer las relaciones y preguntó por *Los crímenes de Castelar*.

—Todavía no tuve tiempo para leer tu novela, ¿lograste explicar el móvil del asesino?

—Sí —respondió Domecq—. Una vez cerrado el caso, tuve acceso al diario personal de Gonzalo Gómez Rioja, quien se hacía llamar Satán en honor a su abuelo Antón LaVey, autor de *La Biblia satánica*.

—¿Y cuál era el móvil? —insistió la mujer.

—Vengar la muerte de su madre, la sacerdotisa satánica asesinada por quienes la consideraban una hereje.

—¿Y por qué Gonzalo imitaba al Zodiac de California? —continuó preguntando Débora.

—Según Gonzalo, Zodiac era miembro del Ku Klux Klan y, por eso, sus víctimas fueron negros, judíos y homosexuales.

—Entonces, vengar a su madre no era el único objetivo del chiflado Gómez Rioja —opinó ella.

—¡Exacto! Gonzalo no estaba bien de la cabeza y mezclaba lo familiar con lo satánico, sin poder separar una cosa de la otra.

—¿Y por qué quemó tu casa y después quiso matarte?

—Porque yo sabía demasiado y estaba publicando mis investigaciones en *Castelar Digital* —concluyó el escritor.

Luego de un atracón de exquisitos frutos del bosque y una sobremesa con buen café, Domecq descubrió que —gracias a la caldera a leña— podría darse la tan postergada ducha caliente.

La cabaña contaba con dos dormitorios aceptables. Uno con cama matrimonial y otro con un tosco camastro de madera. Cansado por el largo e inusual viaje, Domecq fue el primero en acostarse.

Aún no había amanecido cuando fue despertado por fuertes golpes en la puerta de entrada. Mientras se vestía, vio a Bustos que —en ropa interior y empuñando un revólver— se dirigía a mirar por una ventana lateral. Al descubrir un caballo empapado en sudor y un chico con cara de desesperación, escondió el arma y abrió.

—¡Se quema el bosque! —exclamó el muchacho—. ¡Llamen a los bomberos!

—No hay señal y no funcionan los celulares —respondió Bustos.

—Hay que ir hasta la hostería que tiene equipo de radio —dijo Débora, mientras se acercaba en camisón y pantuflas.

—¡Yo voy! —exclamó Domecq, que era el único que estaba vestido—. Dame las llaves de la camioneta.

Hasta ese momento, todavía era posible evitar la peor catástrofe forestal de la historia patagónica. Todo dependía del coraje de Domecq y de la posterior reacción burocrática.

Al llegar a la hostería Pedregoso, Domecq logró que lo comunicaran de inmediato con la delegación de Defensa Civil. El funcionario de turno agradeció el aviso y le informó que ya estaban enterados del siniestro gracias a una alerta temprana.

De regreso a la cabaña, debido al cambio en la dirección del viento, el

periodista devenido escritor pudo distinguir la delgada capa de humo negro que ya empezaba a cubrir el lago.

Mientras esperaban la llegada de los brigadistas o, mejor aún, los aviones hidrantes, los tres amigos comenzaron a juntar las peligrosas e inflamables ramas secas que rodeaban la cabaña y las fueron tirando al lago. También acopiaron agua en los grandes recipientes disponibles.

El día transcurrió sin que la reacción de las autoridades se manifestara.

Los dos días siguientes fueron un calco del primero, aunque con más humo y muchísimo miedo. Angustiados e impotentes, los amigos no podían creer lo que estaba pasando. Miles de hectáreas de un bosque nativo de ñires, lengas, coihues y centenarios alerces —refugio de pumas y huemules— estaban siendo consumidas por el fuego sin que nadie lo combatiera. Débora, la más optimista, opinaba que los brigadistas ya habrían atacado el incendio desde otro punto más ventajoso. En cambio, los hombres esperaban ver para creer.

Recién al tercer día, cuando el fuego ya avanzaba alrededor de mil metros por hora, llegó la brigada de Defensa Civil. La persona a cargo les explicó que mientras el humo permaneciera encajonado en los valles, no sería posible el trabajo de los aviones hidrantes. La única forma de combatirlo era haciendo cortafuegos y picadas por donde pudieran avanzar las máquinas viales que estaban en camino, trayendo bombas de agua y mangueras. Pero era una lucha despareja, porque con tanta sequía todo el bosque ardía con facilidad. Lo único realmente efectivo sería una larga y abundante lluvia, que —lamentablemente— no estaba pronosticada. De pronto, sonó el *handy* del encargado de la brigada. La orden era tan enérgica como desesperante. El viento había cambiado y las llamas avanzaban hacia la costa. Debían abandonar la zona de la cabaña y retroceder hasta el río Pedregoso. La retirada incluía a todos los pobladores y debía cumplirse de inmediato.

Con el corazón destrozado, los dueños de casa —ayudados por Domecq— cargaron algunas pertenencias en su camioneta y los tres abandonaron la cabaña.

Impulsado por las adversas condiciones climáticas, con altas temperaturas, fuertes ráfagas de viento y un bajo porcentaje de humedad, el fuego seguía

avanzando y ya había consumido miles de hectáreas de bosque nativo. Mientras se alejaban, envueltos en un humo agrio y denso que les reseca la garganta, al subir una colina, los amigos miraron hacia atrás y descubrieron el infierno dantesco que había convertido en cenizas al paraíso perdido.

Mientras esperaba el ómnibus que lo traería de regreso desde el Bolsón a Castelar, intentó encender la antigua y robusta pipa Peterson, que Bustos le había regalado luego de rescatarla del incendio de la cabaña. Tal como le sugirió su amigo, encaró el acto de cargar la pipa como parte de un placentero ritual. Primero volcó en la palma de la mano el tabaco que iba a utilizar. A continuación, lo frotó entre ambas manos dejando caer sobre una hoja de papel las hebras que se iban soltando. Con el tabaco que había caído en la hoja, llenó la pipa y lo prensó hasta completar un tercio de la capacidad del hornillo. Por último, la encendió con fósforos y, al percibir el agradable aroma, comenzó unas inspiraciones suaves. Pero, pese a sus cuidados, el humo llegó a la boca muy caliente, al punto de quemarle la lengua, haciéndolo por poco tirar la pipa al demonio:

—¡Esto no es para mí! —exclamó en voz alta.

Al escuchar a ese viejo que hablaba solo, la gente que estaba a su alrededor comenzó a mirarlo con recelo.

Como todavía faltaba un rato para la partida del micro, se conectó a Internet y leyó la portada de los principales diarios nacionales. Luego —para despuntar el vicio— se concentró en las crónicas policiales, algunas de las cuales parecían novelas por entregas: incluían tragedias, dramas e intrigas presentados como hechos verdaderos. Al detectar la palabra Morón, se detuvo en un titular: *Sicario chino asesinado en Morón*. Una vez que terminó de leer esa noticia, su instinto periodístico le permitió intuir que tenía por delante una historia que podría ser atrapante, si se animaba a contarla dejando volar su imaginación, sin respetar las limitaciones del mero relato testimonial.

En el largo viaje desde El Bolsón hasta Buenos Aires, casi no pudo dormir. En cuanto cerraba los ojos, lo atormentaban las infernales imágenes del peor incendio forestal en la historia de Cholila. Los tres amigos habían logrado

sobrevivir, pero el desastre ambiental fue de tal magnitud que la zona quedó inhabitable. Obligado por las circunstancias, sus amigos decidieron mudarse y empezar de nuevo en la localidad de Lago Puelo. En cambio, él estaba regresando a Castelar.

Ya en el pequeño y solitario dúplex —que aún alquila en Larralde e Italia—, se dio una larga ducha y cayó rendido en la cama.

Capítulo II

Ajedrez en Philidor

La madrugada siguiente, en plena oscuridad, se despertó con un fuerte dolor en el pecho que apenas le permitía respirar. Pensó que se moría y, al pensarlo, todo empeoró. Inmóvil, se sentía incapaz de enfrentar la angustia y el dolor. Dominado por el miedo, lo desesperaba la idea de que su vida acabase en esa total soledad.

—No estás solo —le dijo Leonor con su voz atemporal—. Aunque no me veas, yo siempre estoy con vos. Soy como tu ángel de la guarda y no tengo ningún apuro en traerte conmigo. Todavía tenés mucho que hacer ahí abajo, así que levántate y hacete ver por un médico.

—Pero... —intentó protestar.

—¡No hay excusas! —lo interrumpió la voz de su difunta esposa, y agregó—: Tenés mucho tiempo libre y la prioridad es cuidar tu salud.

No sabe cuánto duró esa conversación imaginaria con el amor de su vida, pero, poco a poco, el dolor fue disminuyendo de intensidad y recuperó el dominio de sí mismo. Con sumo cuidado, respirando pausadamente, se levantó de la cama, se vistió y pidió un remise. En la sala de guardia de una clínica de Castelar, sacó número y esperó. Un par de horas más tarde, un joven médico centroamericano —después de escuchar atentamente su relato sobre el dolor de pecho— le tomó la presión arterial y lo auscultó. Finalmente, le prescribió una radiografía de tórax y un electrocardiograma, con carácter urgente.

En cuanto recibió los resultados de los estudios, el médico le dijo:

—Señor Domecq, no veo nada anormal. Pero como no hay dolores sin causa, quizás el cuerpo le está avisando que algo no anda bien. ¿Acaso hay algo que lo angustia?

—¿Aparte de la vejez y la soledad? —respondió con ironía.

—No debería quejarse de una vejez saludable y activa como la suya. En cuanto a la soledad, el primer paso es decidir no estar solo y el segundo, actuar en

consecuencia.

—¿Por dónde empiezo? ¿En Tinder o en el bingo de jubilados?

—Por su tono mordaz, descuento que no le interesa mi opinión —dijo el médico mientras le estrechaba la mano y le señalaba la puerta.

Al salir de la clínica, como la heladera y las alacenas estaban vacías, entró a una cafetería y disfrutó de un aromático café, acompañado por dos tibias y crujientes medialunas de manteca. Ya de regreso, abrió las ventanas para ventilar los pequeños ambientes, encendió la *notebook* y, entre muchos otros, encontró un *e-mail* del profesor Sergio Medina con una invitación a un torneo de ajedrez en el Club Philidor, una institución que, con pocos recursos pero mucho entusiasmo, se ha transformado en un verdadero bastión de los ajedrecistas en la zona oeste. Si bien ya no podía contar con la compañía de Bustos, su eterno rival, decidió concurrir y participar para distraerse un poco. Como el torneo era a la tarde, aprovechó la mañana para hacer compras y reabastecer la heladera.

Después de almorzar un plato de *penne rigate* con salsa blanca, caminó hasta el Club Philidor y revisó la grilla de partidas programadas. En su retorno al mundo de los trebejos, debía iniciar el torneo enfrentando a Akos Tákács, un joven parco, de cabello castaño y mirada esquiva, que vestía íntegramente de negro, era rengo y caminaba con la ayuda de un bastón.

Mientras disputaban la partida, comenzaron a charlar y a compartir historias. La relación entre Akos Tákács y el ajedrez era de amor y odio. Se sentía irresistiblemente atraído por este juego, pero rechazaba la compulsiva presión por ganar que, desde niño, le había inculcado su finado padre (un frustrado ajedrecista). Para evitar los reproches por las partidas perdidas, siendo adolescente, había dejado de competir en los torneos de su Salta natal.

Ahora, ya adulto, sin tutela paterna y radicado en Castelar, Akos se había asociado al Club Philidor, que —entre otros— organizaba torneos de ajedrez con el sistema suizo, propicio para integrar en un mismo evento desde aficionados hasta profesionales del más alto nivel. Atraído por esta oportunidad, se inscribió para participar en esta competencia y ahora lo estaba enfrentando.

Sorpresivamente, seguido por un murmullo de desaprobación, se cortó el servicio eléctrico que abastecía al club, y las autoridades tuvieron que suspender el torneo. Como el mostrador era el único sector iluminado por la modesta luz de emergencia, invitó a Akos a sentarse en la barra y aprovechar para pedir unas cervezas frías, antes de que se descongelara el refrigerador.

Casi por curiosidad, el salteño aceptó su invitación. Así, entre cerveza y cerveza, sin proponérselo, iniciaron una conversación preludio de una posible amistad.

—Soy nacido y criado en Salta —respondió cuando le preguntó por el origen de su tonada nortea.

—¿En Salta Capital? —insistió.

—No. Nací en una plantación de tabaco, a más de diez kilómetros de Rosario de Lerma, lejos de cualquier pueblo o escuela.

—¿Y cómo aprendiste a jugar tan bien al ajedrez?

—Mi papá era un malogrado niño prodigio húngaro, que me enseñó a jugar al ajedrez antes de que yo aprendiera a leer o escribir.

Intuyendo que Akos podía tener una interesante historia, como buen periodista y escritor, decidió continuar con las preguntas.

—¿Qué más podés contarme de ese pequeño ajedrecista húngaro?

—Debería comenzar por mi abuelo Károly Tákács, porque fue el patriarca de esta rama del árbol familiar. Nació en Budapest en 1910 y de muy joven se incorporó al Ejército. Antes de los treinta años, durante un entrenamiento militar, le explotó una granada y, para salvarle la vida, le tuvieron que amputar su mano más hábil, la derecha.

—Pobre muchacho —murmuró mientras escuchaba con total atención.

—Según mi padre —continuó Akos—, luego de un largo período de convalecencia, mi abuelo decidió aprender a tirar con la otra mano. Su sueño era poder competir en el Primer Campeonato del Mundo de Tiro Deportivo, que se celebraría un año después. Tal fue su empeño, que no solo logró integrar el equipo húngaro, sino que ganó la medalla de oro...

—¡Increíble! —lo interrumpió.

—Es cierto, pero hay más —dijo Akos—. El siguiente objetivo de mi abuelo eran los Juegos Olímpicos de 1940, pero lamentablemente fueron suspendidos a causa de la Segunda Guerra Mundial. En 1945, terminó la guerra y en 1948 se reanudaron las olimpiadas, con sede en Londres. Para esa fecha, mi abuelo, Károly Tákács, tenía 38 años, edad en la que muchos atletas ya se han retirado. Pero él decidió participar y logró convertirse en campeón olímpico en la modalidad de pistola.

—Una verdadera proeza, ideal para retirarse en plena gloria —se apuró a opinar.

—No, señor —dijo Akos orgulloso—. Cuatro años más tarde, en Helsinki, a los 42 años, mi abuelo ganó los Juegos Olímpicos por segunda vez consecutiva y se convirtió en el héroe de toda Hungría.

—Realmente su historia merecería más difusión —opinó, antes de insistir con otra pregunta—. ¿Y por qué tu familia se mudó a Salta?

—Poco antes de ese último triunfo olímpico, Karoly había tenido un hijo: László, mi papá, quien detestaba las armas y amaba el ajedrez. Ya de pequeño mostró su pasta de campeón y, con solo 8 años de edad, logró la proeza de conquistar el torneo húngaro de ajedrez para menores de 11 años.

—Una familia de campeones y en disciplinas muy distintas —dijo.

—Lamentablemente, era una época en que todo estaba condicionado por la política internacional. Después de la Segunda Guerra Mundial, el Ejército Rojo ocupó Hungría y el país cayó en la órbita soviética. Una década después, en 1956, en Budapest, los estudiantes organizaron una protesta, demandando el final de la ocupación. La policía los reprimió y detuvo a varios. Cuando los manifestantes intentaron liberar a sus compañeros, intervinieron los militares rusos y dispararon contra la muchedumbre que los insultaba. Los enfrentamientos continuaron hasta que los tanques abrieron fuego sobre la multitud. Hubo numerosos muertos. Entre otros, mi abuelo Károly Tákács.

—¡Qué barbaridad! ¿Y qué pasó con tu familia? —preguntó con sincero interés.

—Mi familia escapó de la persecución soviética y emigró a Salta. Mi pobre

abuela consiguió trabajo de cocinera en una finca tabacalera, perdida entre sierras y montañas, lejos de cualquier pueblo. Por lo tanto mi papá, László Tákács, no pudo acceder a una educación formal y su única actividad intelectual era jugar ajedrez contra sí mismo.

—Me imagino la escena —dijo—. Un chico jugando al ajedrez contra nadie, en medio de la nada, con lejanas montañas como telón de fondo.

—Creo que la realidad fue menos bucólica —opinó Akos—. Ya de pibe tuvo que trabajar en las plantaciones de tabaco y casi no tuvo adolescencia. Antes de cumplir veinte años, mi papá comenzó a convivir con una muchacha criolla. Pese a las dificultades, se las arreglaron para integrar la cultura criolla de ella y la húngara de él. Respetaban las celebraciones religiosas cristianas y también los ritos paganos. Desde el carnaval y la fiesta de la Pachamama, hasta el desfile gaucho en honor de la Virgen del Milagro. Al tiempo de estar juntos, tuvieron mellizos, mi hermana Klara y yo.

—Supongo que tu papá les habrá enseñado ajedrez desde chicos —dijo.

—Sí pero de una manera más formal que lo imaginable—respondió Akos—. Cuando tenía seis o siete años, llegó a la finca un nuevo administrador, quien, al descubrir las habilidades de mi papá, lo transformó en profesor de ajedrez de sus hijos. Además, pese a la desigualdad social, el administrador permitió que mi hermana y yo no solo concurriéramos a las clases de mi papá, sino también a las de una maestra particular que les enseñaba a leer y escribir a sus hijos. A partir de entonces, mi hermana y yo nos hicimos muy amigos de los hijos del administrador, con quienes compartimos la infancia y la adolescencia, incluidas todo tipo de travesuras, además de cabalgatas, partidas de ajedrez y tiro al blanco, especialidad en la que, gracias a los genes de nuestro abuelo, sobresalíamos mi hermana y yo.

—¿Y cuándo viniste a Buenos Aires? —preguntó, interesado en esta historia que merecía ser escuchada.

—Hace menos de dos años. Con mi hermana, nos quedamos en Salta hasta terminar los estudios terciarios. Ella, fanática de los *comics*, estudió Artes Visuales, en cambio yo opté por la Ingeniería Informática.

—¿Y a qué se dedican ahora?

—Tenemos un negocio de servicios informáticos en Castelar.

—¿Les va bien? —preguntó sin imaginar la respuesta.

—En principio bien, no por la venta de artículos de computación sino por los servicios de reparación e instalación de equipos. Hasta que un puto día me contrataron para instalar una red de cajas registradoras y computadoras en un supermercado y se pudrió todo.

—¿Qué pasó? —dijo sorprendido.

—Llegué al supermercado y empecé a trabajar, sin saber que el dueño del local estaba amenazado por no haber aceptado la protección de la mafia china. De pronto, sonó un disparo y el cristal de la vidriera explotó hecho astillas. Luego de rebotar en una pared, el proyectil me destrozó la rodilla y quedé lisiado de por vida y condenado a usar bastón.

Este duro relato de Akos, en la barra del Club Philidor, se interrumpió cuando sonó su teléfono. Al cortar, el muchacho se disculpó por tener que retirarse para atender a un cliente que necesitaba una reparación urgente. Tras intercambiar los números de los celulares, se comprometieron a seguir en contacto.

“Ahora que Bustos está lejos, tal vez Akos pueda ser mi nuevo rival de ajedrez. Creo que tiene potencial”, pensó Domecq, ignorando lo que le depararía el destino.

Capítulo III

Pistolero chino

Yan Hui Ping había nacido en Fujian, la provincia de la que provienen la mayoría de los inmigrantes chinos arribados a Argentina. Ahora, en aquella región solo quedan niños y viejos. El resto —como Yan— emigró al exterior, escapando de las abismales desigualdades sociales existentes en esa superpoblada potencia asiática.

Una vez llegado a Sudamérica, Yan ingresó ilegalmente a territorio argentino, por la Triple Frontera. Ahí lo esperaba un miembro de Fu Chin, uno de los siete grupos mafiosos chinos que operan en nuestro país. Este contacto le ofició de traductor para el primer y fundamental trámite: denunciar la pérdida de un pasaporte que nunca existió. El paso siguiente fue concurrir al consulado chino, presentar la denuncia falsa y obtener un pasaporte nuevo.

Luego de blanquear su ingreso y obtener documentación, Yan Hui Ping ya podía comenzar a trabajar. Pero, a diferencia de sus compatriotas confinados en talleres textiles, cocinas de exóticos restaurantes o reponiendo góndolas de supermercados, a este chinito —de rostro achatado, ojos rasgados y gesto inexpresivo— le asignaron una tarea muy bien remunerada: cobrador.

En realidad, el trabajo no era el de un cobrador común y corriente, sino que tenía ciertas particularidades que lo convertían en un quehacer peligroso.

Todo comenzaba con una carta —escrita en el dialecto de la región de Fujian— y destinada al dueño de un supermercado chino. En este mensaje, se le exigían 50 000 dólares para evitar que le ocurriera “algo malo”. Si el destinatario no respondía, a la semana siguiente, se le enviaba una segunda misiva, acompañada por un bidón con nafta. La mayoría de los comerciantes accedía a la extorsión. De lo contrario, el trabajo del cobrador implicaba incendiar el comercio o balear a alguno de los empleados o custodios. Como Yan Hui Ping se tomaba muy en serio su trabajo, más temprano que tarde, todos terminaban contratando la protección. El trato quedaba sellado con la sencilla ceremonia de pegar —en la

vidriera del supermercado— un *sticker* con el logo del león chino, que certificaba que habían colaborado con la organización.

Pero la vida tiene sorpresas. Primero, un comerciante chino no solo rechazó la protección, sino que intentó denunciar a quienes lo extorsionaban. Entonces, Yan tuvo que hacer el trabajo sucio. Junto a un compañero que manejaba la moto, atacaron al rebelde empresario chino, quien se defendió a balazos. Como consecuencia del tiroteo, murió el dueño del local y resultó herida otra persona. Ese día, Yan Hui Ping se convirtió en asesino a sueldo. La siguiente víctima fue un chino que “algo habría hecho”: Yan lo sorprendió en plena noche, lo hizo arrodillar y —con su Glock 9 mm— lo ejecutó con dos tiros en la nuca.

No mucho tiempo después, un joven sicario bonaerense se atrevió a atacar a un negocio protegido por la mafia china. Para colmo, en ese atentado murió un hijo del jefe local de Fu Chin. Inmediatamente, se dispuso que dos pistoleros chinos liquidaran al agresor, a quien identificaron como Toti Gaffi. Perseguidores y perseguido se encontraron en Haedo y se enfrentaron a balazos en medio de una maratón organizada por el Municipio. La confrontación fue cara a cara, los tres eran buenos tiradores y ninguno sobrevivió.

Cuando el jefe de Fu Chin se enteró de que sus dos pistoleros habían sido abatidos por Toti, ordenó eliminar a los supuestos cómplices del sicario muerto. Uno de ellos, a quien sus cómplices de Fuerte Apache apodaban Moncho, se encontraba internado en el hospital de Merlo. De inmediato, Yan Hui Ping, zigzagueando entre autos, colectivos y camiones —con su moto exigida al máximo— llegó al hospital y entró a la guardia. Pero Moncho ya no estaba ahí, sino que había sido trasladado a la sala de operaciones. Entonces, con su Glock en la mano, Yan ingresó a un quirófano y le apuntó al paciente que estaban operando, pero —cuando ya estaba por disparar— descubrió que se trataba de una mujer dando a luz. Furioso, salió al pasillo para continuar su búsqueda. En ese instante, un policía bonaerense corría hacia él. Sin dudar, Yan lo baleó en el pecho. El estruendo de los disparos retumbó en ese ámbito supuestamente silencioso y el olor a pólvora reemplazó el olor a hospital.

El desbande fue general, pero el chino no podía abortar su misión. Entró a otro quirófano y encontró a un paciente fornido, con ojos desorbitados y con un brazo esposado a la camilla: era Moncho. Ignorando a médicos y enfermeras, gatilló un par de veces y las paredes inmaculadamente blancas se salpicaron de rojo. Corrió al estacionamiento, pero —mientras encendía su moto— un patrullero lo atropelló. Al recuperar el conocimiento, estaba tirado en el piso, boca abajo, con las manos esposadas a la espalda. Después de que un médico comprobara que no tenía lesiones graves, la policía se lo llevó detenido.

Primero con desilusión y luego aceptando las reglas del juego, Yan Hui Ping vio pasar los días en la cárcel sin que su jefe le enviara un abogado. Finalmente, un juez le designó un defensor de oficio y fijó fecha para la audiencia.

Un desapacible mediodía de julio, sin viento pero con una pertinaz llovizna, el patrullero se detuvo frente a los tribunales de Morón y los policías hicieron descender al detenido. En ese mismo instante, un balazo destrozó la cabeza de Yan Hui Ping.

Rápidamente, la impactante noticia acaparó los medios de comunicación. Si bien todos hablaban de un ajuste de cuentas, había discrepancias con respecto a la autoría del crimen. Mientras unos lo atribuían a una banda rival, otros consideraban que sus propios jefes habían silenciado al chino antes de que declarara ante la Justicia. Lo cierto era que, en aquel momento, nadie pensó en un vengador anónimo.

El teniente Rossini llamó prudentemente a la puerta de la jefa de la Brigada de Investigaciones de Morón. Cuando la comisaria Anahí Aberanda lo autorizó, el joven entró y la encontró reemplazando —por otra foto más reciente— la anterior imagen de sus hijos que usaba como fondo de pantalla de su PC.

—Tiene cara de preocupación —dijo Aberanda, con el ceño fruncido—, ¿qué problema lo trae por acá?

—Recibimos una llamada que denuncia que balearon a alguien frente a los Tribunales de Morón.

—¿Otro fiscal? —preguntó la comisaria con indisimulable preocupación.

—No sé. El mensaje al 911 solo decía que balearon a un masculino.

—¿Ya avisaron a nuestros agentes que cubren esa zona? —insistió ella.

—Sí, comisaria —respondió él.

Anahí Aberanda sabía que era fundamental llegar a la escena del crimen antes de que se contaminara por la presencia de mirones, periodistas o de sus propios colegas de la Bonaerense. Por eso, sin demoras, junto con Rossini, se subió a un patrullero y le ordenó a la agente Raula Díaz que pusiera la sirena y condujera lo más rápido posible. Sin embargo, cuando un semáforo en rojo detuvo el avance del vehículo policial, la urgencia no le impidió dar un nostálgico vistazo a la demolición del estadio de su querido Deportivo Morón.

—El “gallo” se fue a cantar a otra parte —comentó Aberanda.

—¿A qué genio se le habrá ocurrido reemplazar una cancha histórica por un supermercado? —preguntó Rossini sin esperar respuesta.

Al arribar al lugar del asesinato, los recibió una intensa llovizna. Pese a la inclemencia del tiempo, un grupo de curiosos se amontonaba alrededor de aquel cadáver cubierto por un plástico negro. De inmediato, la comisaria ordenó al teniente Rossini y a la agente Díaz que despejaran la zona.

—Primero acordonen el perímetro y restrinjan el acceso —dijo y agregó—: Después documenten todo con fotografías y croquis.

Lamentablemente, cuando comenzaron a recolectar y preservar evidencias físicas que podrían permitir la reconstrucción de los hechos y la comprensión de lo sucedido, la lluvia y las pisadas de los mirones ya habían entorpecido la tarea.

—¡Rossini! —vociferó furiosa la comisaria—, no se olvide de averiguar quién de los nuestros fue el imbécil que llegó primero junto al cadáver y dejó que los curiosos pisotearan la escena del crimen.

La víctima tenía un disparo en la frente y —según los policías que lo estaban trasladando en el momento del atentado— nadie había escuchado el disparo ni detectado movimientos sospechosos. La conclusión preliminar era que

le habrían disparado de lejos, muy probablemente desde los techos de los propios Tribunales de Morón, que ocupaban toda la manzana.

Luego de un par de horas trabajando bajo la lluvia, todos estaban empapados de pies a cabeza y querían irse de allí cuanto antes. Consciente de que no tenía sentido continuar revisando la zona, la comisaria Aberanda ordenó lo siguiente:

—Usted, Rossini, acompañe a la Policía Científica y custodie el traslado del cuerpo de la víctima y los elementos que pudieran servir como pruebas, hasta el laboratorio forense. Y usted, agente Díaz, por favor, lléveme a mi casa y después vaya a secarse y cambiarse de ropa —dijo la comisaria.

Tiritando de frío, Aberanda entró a su departamento, se desvistió, tiró la ropa mojada en un rincón del baño y se reconfortó con una ducha caliente. Luego, buscó ropa y calzado seco. Sus hijos estaban en la escuela y desde la cocina llegaba un aroma que la hizo retrotraer a su infancia. Su madre estaba cocinando un *mbeyú*, esa exquisita torta frita correntina con almidón de mandioca, leche, sal y queso que tanto añoraba.

A media tarde —con la panza llena y el corazón contento—, mientras un tenue sol de invierno comenzaba a filtrarse entre los nubarrones, la comisaria tenía un montón de preguntas sin respuestas. De regreso en su despacho, pidió a su asistente que no le pasara llamadas de periodistas y que apurara los resultados de la autopsia. Al resto de sus colaboradores les dio una instrucción muy clara:

—Quiero que averigüen todo lo que se esconde detrás de este supuesto ajuste de cuentas —ordenó.

“A veces, las cosas no son lo que uno cree”, pensó Aberanda. “A primera vista, la muerte de Yan Hui Ping parece un ajuste de cuentas porque se trata de un confeso asesino a sueldo al que liquidan con un misterioso balazo. Si repaso los crímenes cometidos por este chino, surge mucha gente con motivos para asesinarlo. Desde la propia mafia china —por miedo a que los denunciara— hasta la venganza de alguna víctima, entre las que hay civiles y policías. Pero lo que más me preocupa es esta última posibilidad. Especialmente porque el disparo parece haber salido desde el edificio de Tribunales, un lugar repleto de efectivos

de la Bonaerense. ¿Acaso el asesino es alguno de mis colegas?”, se preguntó la comisaria Anahí Aberanda.

Capítulo IV

Debate en Castelar

Ya anocheecía y Aberanda contaba los minutos que faltaban para reencontrarse con sus hijos. Fue entonces cuando recibió un *e-mail* de Gabriel Colonna, el editor de *Castelar Digital*. La relación entre ellos había tenido un mal comienzo, cuando ella lo detuvo por error, siguiendo una pista falsa. Pero luego, la situación se recompuso y él colaboró en el esclarecimiento de los crímenes del Zodíaco de Castelar. En su *e-mail*, Gabriel le solicitaba confirmar el rumor de que un supuesto justiciero se arrogaba la autoría del asesinato de Yan Hui Ping.

Sorprendida por el *déjà vu* (el periodismo destapando la olla antes de tiempo), la comisaria miró su reloj y le pidió a Rossini que la comunicara de inmediato con Colonna. Lo primero que había pasado por su cabeza era el recuerdo de los asesinatos satánicos y la peligrosa intromisión de *Castelar Digital* en esa investigación.

—Hola Gabriel, habla Anahí.

—¿Cómo estás? ¿Con otro caso pesado? —preguntó él, con su habitual buena onda.

—Así parece, y necesito que demores 48 horas la información sobre el supuesto justiciero —dijo ella, con voz neutra, marcando las distancias.

—Ok, pero reservame la primicia —pidió él.

—De acuerdo —aceptó.

—Una pregunta: ¿es cierto que el asesino disparó desde lejos?

—Tal vez, pero todavía estamos investigando —fue la escueta respuesta de la comisaria.

—¿Un francotirador? —insistió Gabriel.

—Esa afirmación corre por tu cuenta y, como estoy muy apurada, tengo que cortar. Chau —concluyó la comisaria, dejando en claro que ella era la autoridad y él, un simple periodista.

—Chau.

Respetando las reglas del juego, *Castelar Digital* subió la noticia, pero sin mencionar la palabra *justiciero*:

CASTELAR DIGITAL

Según fuentes generalmente bien informadas, el asesinato de un detenido frente a los Tribunales de Morón habría sido cometido por un francotirador. La sola mención de esta palabra nos hace pensar en un magnicidio. Pero en este caso, un tirador de elite no disparó contra Kennedy ni contra Luther King, sino que mató a un inmigrante chino. Entonces, las inevitables preguntas son: ¿quién era Yan Hui Ping? ¿Qué había hecho o qué sabía, para justificar la puesta en marcha de esta sofisticada ejecución?

Para Domecq, el ajedrez siempre había sido una fuente de satisfacciones, pero ahora temía que el paso del tiempo estuviera afectando su nivel de juego. En sus buenas épocas, se había destacado por su memoria visual, su velocidad para calcular y su poder de concentración, pero alguno de esos pilares estaban comenzando a mostrar grietas, como en la partida que iba perdiendo con Akos y que —afortunadamente— fue interrumpida por el corte de luz.

A la mañana siguiente, apenas el sol comenzó a filtrarse por su ventana, Domecq se levantó, calentó agua y se cebó unos mates. Fiel a su rutina periodística, encendió la PC y buscó la web de noticias. Para su sorpresa, en *Castelar Digital*, encontró una nota sobre el asesinato frente a los Tribunales de Morón, el mismo crimen que ya le había llamado la atención durante la espera en la terminal de El Bolsón: un francotirador había matado a un pistolero chino.

De inmediato, se comunicó con Gabriel Colonna y le propuso cubrir el caso, haciendo una investigación exclusiva para *Castelar Digital*.

Gabriel estaba interesado en el tema y lo invitó a pasar por su oficina para ampliar y evaluar la propuesta, mientras compartían un *delivery* de Piqueo Peruano del *chef* Renato Ortigas.

Apenas traspuso la puerta de la oficina, Domecq percibió el inconfundible aroma de la sabrosa comida peruana, condimentada con mucha fuerza. Ya

sentados a la mesa, intercambiaron ideas hasta aprobar un plan de trabajo en conjunto, que comenzaría con un debate sobre el tema “justicia por mano propia”, en la sección Cartas de Lectores, abierta a la participación de sus miles de seguidores.

Ni lento ni perezoso, Domecq recogió el guante y aceptó el formato imaginado por su empleador.

Apenas la carta fue subida a la web, comenzaron a llegar las respuestas. La mayoría pertenecía a víctimas de la inseguridad que —al considerarse desprotegidas— justificaban la reacción social buscando justicia por mano propia.

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

La justicia por mano propia no es justicia, es venganza

El Código Penal argentino marca una diferencia entre el asesinato y el homicidio en defensa legítima. El reciente caso del ciudadano chino muerto frente a los Tribunales de Morón se aleja de la legítima defensa porque lo mataron cuando el delincuente no tenía posibilidad de seguir agrediendo.

Yan Hui Ping ya no era un peligro, por lo tanto, su muerte fue un asesinato premeditado.

Jorge Domecq

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

El derecho a la integridad física es un derecho esencial

En respuesta a las afirmaciones vertidas por el lector Domecq, quisiera puntualizar que solo hace referencia al Código Penal y olvida que por encima de dicho Código la Constitución Nacional ha ubicado a los Tratados de Derechos Humanos, que garantizan el derecho a la protección de nuestra integridad física.

El Estado y la sociedad toda, ante la agresión de un personaje como Yan Hui Ping, tenemos el inobjetable derecho de defender nuestra vida.

María Laura Velázquez

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

Ni muy muy, ni tan tan

No es lo mismo una multitud enfurecida que ataca a un asesino descubierto *in fraganti* que el premeditado fusilamiento de un supuesto criminal ya detenido.

Pedro Bosco

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

Ley del Tali3n

La justicia por mano propia —ojo por ojo— significa retroceder a la 3poca precristiana.

Germ3n Grey

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

Falsa deidad

La justicia por mano propia es una falsa deidad. Si esta pr3ctica se generaliza, el Estado de derecho tiende a desaparecer. La situaci3n se vuelve ingobernable, la inseguridad aumenta en lugar de disminuir y todos perdemos.

Pablo Barcia

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

Justiciero se necesita

Alguien tiene que hacer algo. Yo apoyo al justiciero.

Fernando Garc3a

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

Delincentes; contra delincentes;

Por la inseguridad en que vivimos, muchas personas entienden que ellas mismas deben actuar contra la delincuencia. Pero al hacerlo se convierten en delincentes.

¡NO CUENTEN CONMIGO!

Lautaro Arrieta

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

Deseo de venganza

La confianza en la policía es la valla de contención para que los ciudadanos no actuemos como hordas primitivas. Pero si —como hoy— estamos a la intemperie, sin protección del Estado y sin ley, el instinto de supervivencia deja salir lo peor de nosotros: el deseo de venganza.

Diego Moreira

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

Basta de palabras

Veo muchas palabras lindas, pero ninguna propuesta concreta. Los asesinos entran por una puerta y salen por la otra.

Si matarlos está mal... ¿Qué debemos hacer? ¿Esperar a que nos maten?

Luciana Arias

CASTELAR DIGITAL

Carta de Lectores

El rol del Estado

Los hechos delictivos generan ira y frustración y, si ello va acompañado de una respuesta institucional lenta, surge la justicia por mano propia.

Por lo tanto, para que el Estado sea socialmente aceptado como único administrador de justicia, es imprescindible que aplique los castigos legales, en tiempo y forma.

Sara Casares

Ante semejante cantidad y variedad de opiniones, Gabriel Colonna y Jorge Domecq decidieron profundizar la investigación periodística sobre el asesinato de Yan Hui Ping. El anfitrión puso a calentar agua para el mate y abrió un paquete de bizcochos de grasa. Luego, codo a codo, comenzaron a esbozar el plan de acción.

Capítulo V

Investigación policial

Aquella mañana, antes de salir de su casa, Anahí Aberanda leyó un mensaje que le había enviado su madre: “Hola, hija, ¿cómo estás? Yo muy bien. Disfrutando de las fiestas. Te cuento que finalmente, en Mburucuyá, la semana próxima se llevará a cabo el Festival Provincial del Chamamé. Me voy a quedar unos días más, para poder ir”. Como buena correntina, la mamá de Anahí inculcaba a su hija las creencias, costumbres y rituales de su terruño, desde la asistencia a las fiestas populares hasta beber caña con ruda para proteger la salud espiritual y física, especialmente en el mes de agosto, cuando el frío provoca enfermedades y epidemias

—La primera, como de costumbre, comisaria —dijo el agente que custodiaba la entrada a la Departamental Morón, y Aberanda le respondió con una sonrisa.

Ya frente a su despacho, abrió con llave la puerta, encendió la luz y — ansiosa por descubrir una pista sobre el asesinato de Yan Hui Ping— convocó por SMS a todo su equipo a una reunión a primera hora, que debería ser tan breve como intensa.

En cuanto estuvieron todos reunidos, la comisaria les ordenó dar absoluta prioridad a este caso. Luego, les recordó que su función era investigar, descubrir, perseguir y atrapar al asesino, sin importar si se trataba de un sicario, un justiciero o un policía.

—Para nosotros no hay asesinos buenos. La justicia por mano propia es un crimen, a pesar de las estúpidas justificaciones que se están publicando —enfaticó ella, en tono severo.

A continuación, les exigió un análisis minucioso de las evidencias obtenidas hasta el momento, intentando perforar la superficie, en busca de algo que no hubieran detectado a primera vista. Como no habían encontrado ni la bala que atravesó la cabeza de la víctima ni la cápsula servida, la prioridad consistía en descubrir el lugar desde donde había disparado el atacante. A primera vista, todo

parecía indicar que el ataque había provenído de alguno de los pisos altos del edificio de Tribunales de Morón. Otra posibilidad era que se hubiera utilizado uno de esos rifles con mira telescópica con alcance superior a los 1000 metros. Pero, en este caso, para acertarle en la cabeza al chino, hubiera sido necesaria la intervención de un muy experimentado francotirador, un verdadero fuera de serie. Por eso, la comisaria consideraba que lo más probable era que el disparo se hubiera efectuado a una distancia no mayor a 100 metros. En consecuencia, ordenó una pericia balística en el punto exacto donde la bala impactó en Yan Hui Ping, para analizar su trayectoria e identificar los edificios desde donde hubiera sido posible dispararle. Dichos edificios debían ser ordenados en un listado, comenzando por Tribunales, que era el más cercano y frontal. A continuación, debían prestar atención a las estructuras abandonadas y a las obras en construcción. Por último, debían evaluar *in situ* cada uno de esos lugares y entrevistar a posibles testigos, en busca de pistas. En cuanto tuvieran algo relevante para informar, debían comunicárselo de inmediato. No obstante, si se confirmaba la presunción de que el asesino había disparado desde el edificio judicial, ella se ocuparía personalmente de esa delicada gestión.

—Conozco a un teniente de la Bonaerense que justo ese día estaba de guardia en Tribunales. Podríamos preguntarle si recuerda algo raro —sugirió Rossini.

—¡No! Nada de contactos con nuestros colegas. Por ahora, cuantos menos sepan en qué andamos, mejor —respondió la comisaria en tono enérgico.

Ya sola en su despacho, Anahí Aberanda se sacó la chaqueta del uniforme, la colocó en el respaldo de la silla e intentó alisar las arrugas. Luego, se sentó, ingresó a su PC y —tras frotarse las manos— abrió una carpeta para este nuevo caso.

→ Víctima: Yan Hui Ping. Inmigrante chino. Acusado de varios asesinatos. Posible miembro de la mafia Fu Chin.

→ Lugar del hecho: frente a los Tribunales de Morón.

→ Detalles: disparo desde larga distancia. Tipo de bala aún no confirmada.

→ Prioridad: determinar el origen del disparo. Solicitar informe preliminar.

→ Testigos: preparar lista, con teléfono de contacto.

→ Móvil del crimen: posible ajuste de cuentas/venganza.

→ Sospechosos: (I) la propia Fu Chin, para silenciarlo antes de declarar en tribunales; (II) un tercero —civil o policía— que quisiera vengar a una víctima de Yan Hui Ping; (III) ¿un justiciero?

Aberanda permaneció largo rato mirando el escueto e incompleto borrador. Su experiencia le indicaba no menospreciar el valor de aquello que intuía, aunque todavía no pudiera materializarlo en palabras y compartirlo con sus colaboradores. Por ejemplo, la actuación de un francotirador solía estar vinculada a magnicidios, pero en este caso la víctima no era un personaje importante, sino un simple sicario al que podrían haber eliminado sin necesidad de esa ostentosa ejecución, por ejemplo, en la cárcel. “Aunque, en ese caso, para matarlo hubiera sido necesario organizar un complot con varios participantes, incluso personal penitenciario”, pensó la comisaria, cuestionando su propio razonamiento. Entonces, imaginó una hipótesis más sencilla (pero menos probable): un vengador solitario, un justiciero con entrenamiento y armamento de las fuerzas de seguridad.

Ya había anochecido y unos oscuros nubarrones azul grisáceo presagiaban lluvia. Anahí se levantó del sillón, estiró la espalda, se paró junto a la ventana, vio su reflejo borroso en el vidrio y sintió que al cansancio se le sumaba la melancolía. Miró el reloj y maldijo la dedicación casi exclusiva que le exigía su profesión. “Otra noche que llego tarde y me pierdo la cena con mis hijos. Cuando recuperé la tenencia creí que iba a estar mucho más tiempo con ellos y no los extrañaría tanto. Pero en realidad, el tiempo que mis hijos compartían con su padre ahora lo ocupa mi mamá y es ella, no yo, quien más los atiende. A pesar de la tenencia, sigo siendo la madre ausente, la mujer bienintencionada que quiere estar en todo, pero no logra atender adecuadamente a sus hijos. Mi mamá intenta consolarme

con su viejo refrán ‘No hay manera de ser una madre perfecta, pero hay un millón de maneras de ser una buena madre’, pero cuando estoy bajoneada —como hoy— siento que ese refrán es una mera excusa frente al ‘síndrome de la mala madre’”.

“Otro que quiere liberarme del sentimiento de culpa es mi terapeuta: ‘Los hijos son una parte importantísima de nuestra vida, pero no son TODA nuestra vida. Lo importante no es la cantidad de tiempo que les dedicás a tus hijos, sino la calidad de tu relación con ellos. Los hijos serán más felices si su madre se siente satisfecha y profesionalmente realizada’. En fin, es un buen tipo que me presta atención, me escucha y parece que me entiende, pero lo suyo solo son lindas palabras recontraconocidas por cualquier padre, lugares comunes a cambio de buenos honorarios. Creo que estoy tirando la plata, como dice mamá.

Lo cierto es que —durante toda la semana pasada— el único momento gratificante compartido con mis hijos fue en el Shopping Oeste, comiendo ‘la cajita feliz’ luego de divertirnos con Bob Esponja. Apenas una gota de agua en el desierto...”

Angustiada, Anahí Aberanda, sin demorarse más, salió de inmediato hacia su casa. Llegó justo para saludar a sus hijos antes de que se acostaran, les contó un relato de aventuras en el que ganaban los buenos y los arropó en sus respectivas camitas. La mamá de Anahí se ofreció a servirle la cena, pero ella prefirió darse una larga ducha. Cuando terminó de secarse el pelo, su madre ya se había acostado, no sin antes dejarle una cacerola con chupín de pescado lista para recalentar. Mientras comía ese plato de su tierra y tomaba cerveza del pico de la botella, pensó pintarse las uñas de los pies. Pero... ¿qué sentido tenía? “¿Para qué? ¿Para quién?”, se preguntó desanimada y descartó la *pedicure*.

Apenas terminó de lavar la vajilla, se acostó. La lluvia continuaba con su triste repiqueteo sobre los vidrios de las ventanas. Sin poder dormirse, empezó a mascullar.

“Antes disfrutaba el proceso de la investigación, aprovechando mi capacidad de análisis y deducción para entrelazar datos e ideas hasta desentrañar un crimen, pero ahora —mientras en mi cabeza hay una lucha entre mi responsabilidad profesional y mi deber de madre— no puedo concentrarme adecuadamente en mi trabajo.

Además, vivimos tiempos violentos. Día tras día, nos enfrentamos a más intolerancia, locura y horror. Cualquier entredicho se resuelve a los tiros y hasta los delincuentes comunes tienen armas de guerra. El FAL, que antes se usaba solo para robos a bancos y blindados, hoy aparece hasta en las entraderas a casas particulares. Los narcos tienen ejércitos equipados con AK 47, Uzi, FAL y hasta fusiles de largo alcance M14, M16 y calibre 7.62. Cada día hay más muertos a balazos y la mayoría son ajenos a los tiroteos. La bala perdida es cosa de todos los días. El Conurbano es nuestra gran favela. Hay mafias, sicarios y mercenarios con estructura militar. Los policías perdimos el control de la calle y, cuando logramos atrapar a los violentos, enseguida salen por las puertas giratorias de los tribunales.”

Se sentía frustrada. Cuando por fin se durmió, Anahí tuvo una pesadilla: ella y sus hijos estaban en la mira de un francotirador.

Pasadas las 48 horas, y sin recibir ninguna contraorden de la comisaria Aberanda, Gabriel Colonna subió a su web la noticia sobre el supuesto justiciero:

Castelar Digital

El Justiciero

Con respecto al crimen cometido frente a los Tribunales de Morón, ya es un secreto a voces que alguien escudado bajo el seudónimo el “Justiciero” se está atribuyendo la autoría del asesinato de Yan Hui Ping.

A partir de ese momento, aquella tranquila redacción fue saturada por llamadas telefónicas, *e-mails* y SMS, enviados por distintos medios de comunicación, especialmente los sensacionalistas. Todos querían confirmar la noticia y ampliarla con los detalles pertinentes. Sin embargo, fue *Clarín Zonal* el que les ganó de mano a sus colegas. Jennifer —una de sus reporteras— tocó el timbre de la oficina de la calle San Pedro, pidiendo entrevistar a Gabriel Colonna. Vislumbrando el efecto publicitario sobre su empresa, el editor la hizo pasar, le ofreció tomar un café o algo fresco y ambos se sentaron —frente a frente— en unos confortables sillones. Dispuesto a responder las consultas de rigor, Gabriel esperaba hablar sobre “justicia por mano propia”, pero la bella cronista lo sorprendió con otro tema:

—¿Cómo se enteraron de la existencia del Justiciero?

—Por un llamado anónimo —respondió él.

—¿Por qué los asesinos eligen confesar sus crímenes en *Castelar Digital*? —preguntó mientras lo escrutaba con sus ojos verdes.

Superada la sorpresa inicial, Gabriel contestó:

—Con 250 000 visitas, somos el medio con mayor llegada en la zona Oeste. Aparecemos en las primeras posiciones de Google, Yahoo, Bing y otros buscadores.

—Entiendo que esos datos son relevantes para un potencial cliente —opinó Jennifer—, pero... ¿para un criminal?

—Por mi experiencia con el Zodiaco de Castelar, creo que ciertos asesinos son narcisistas, egocéntricos y también impulsivos, al punto de arriesgarse a contactar a los medios con tal de hacerse famosos.

—Puedo coincidir con ese perfil psicológico, pero ¿por qué elegir *Castelar Digital* y no otros medios? —insistió la cronista con su mejor sonrisa.

—Supongo que será por nuestra capacidad de reacción. Acá no hay burocracia ni horarios de cierre. Yo mismo leo todo lo que nos llega y, luego de chequearlo, lo subo de inmediato a la web —respondió Gabriel.

—¿Y qué más me podés contar del Justiciero? —preguntó ella, mientras acomodaba el rubio mechón que le caía sobre la frente.

—Lamentablemente, por ahora no tengo nada más, pero, tratándose de vos, ya tengo tu número y me comprometo a mantenerte informada.

—Ok —accedió ella con una sonrisa intrigante.

—Entonces, te llamo y nos reunimos para intercambiar información mientras tomamos algo en algún lugar tranquilo —concluyó Gabriel.

Capítulo VI

Caranchos

Jennifer Pérez García, la rubia reportera de ojos verdes y sonrisa intrigante, era una joven estudiante de periodismo, becada para hacer una pasantía en *Clarín*, que cubría noticias en la zona Oeste del Gran Buenos Aires.

Aquella radiante tarde de verano, Jennifer no prestó atención ni a las flores ni a los pájaros. Apenas se retiró de las oficinas de *Castelar Digital*, caminó por la calle San Pedro, dobló por Arias y continuó hasta el Café Martínez. Una vez allí, eligió mesa, encendió la *notebook*, se conectó a Internet y —como si estuviera en una oficina móvil— comenzó a escribir.

Un rato después de que Jennifer se retirara de su oficina, Gabriel Colonna recibió un extraño *e-mail*:

De: Jennifer

Para: Gabriel

Hola Gabriel, por cada respuesta a mis siguientes preguntas recibirás un mimo.

¿Qué información probatoria tiene la Bonaerense para su teoría del francotirador? Contame.

Si Castelar Digital tuvo acceso a la pericia balística, mandame copia. Si es cierto que Domecq pudo ver las cintas de las cámaras de vigilancia de los Tribunales de Morón, contame sus conclusiones.

Si estuviste reunido con la comisaria Aberanda, quisiera saber qué te dijo. Si es cierto que el teniente Rossini es amigo del policía que custodiaba la puerta de Tribunales al momento del asesinato de Yan Hui Ping, contame qué averiguó.

Si tuviste acceso al informe de Aberanda al fiscal del caso, contame la precisa. Please!!!

Ansiosa, espero tus respuestas.

Jennifer

Apenas terminó de leer el *e-mail*, Gabriel le reenvió el mensaje a Domecq y le propuso reunirse lo antes posible.

Después de varios intentos fallidos, Domecq le fue tomando el gusto a la minuciosa pero placentera ceremonia de encender la pipa, hasta incorporarla como un pasatiempo que requería paciencia y atención. Lo primero y principal era comprar tabaco de buena calidad, luego debía preparar la pipa adecuadamente, comenzando por la limpieza profunda con el cepillo de finas cerdas comprado para ese fin. Tal como lo habían asesorado en la tabaquería, la limpieza era un paso imprescindible para garantizar una buena experiencia de sabor y olor. El paso siguiente era tomar una pequeña cantidad de tabaco y proceder a macerarlo un poco, sobre una superficie plana y seca. Luego, seleccionaba la cantidad necesaria de tabaco y verificaba que no estuviera húmedo. Pero la parte más delicada era el encendido: con la pipa en una mano colocaba el tabaco en el tazón de la pipa hasta llenarlo por completo, pero sin apretar demasiado. Finalmente, al encender la llama inicial, debía procurar que se tostara toda la superficie del tabaco, sin que la llama creciera demasiado de tamaño y dejando que el fuego bajara su intensidad por sí solo, hasta casi extinguirse. Recién entonces, con una serie de bocanadas poco profundas, se llega al esperado momento de relajarse y comenzar a disfrutar del humo del tabaco poco a poco, lentamente.

Recién después de la última bocanada, cuando el tabaco ya se había consumido, Domecq prestó atención al *e-mail* de Gabriel Colonna, que lo citaba a una reunión.

Un buen rato después, el veterano periodista ingresó a las oficinas de *Castelar Digital* donde un Gabriel muy impaciente lo recibió con una catarata de preguntas:

—¿Leíste el cuestionario? ¿Qué opinás? ¿Por qué necesita tanto detalle? ¿Para quién trabajará esta mina? ¿La habrá contratado alguien interesado en embarrar la causa?

—¡Pará! No te des manija. Creo que tengo una respuesta no solo posible, sino también probable. La piba es estudiante de Periodismo —lo interrumpió Domecq, arqueando sus cejas canosas por encima de sus gruesos anteojos.

—¿Y qué?

—Que los tiempos han cambiado. En mi época, nos enseñaban que “el periodismo debe ser pasión, entendimiento y aprendizaje, para lo cual se requiere dedicación, concentración y reflexión permanentes”. Pero los pibes de hoy están tan apurados por obtener resultados inmediatos y ganar reconocimiento que creen que ser periodista es robarle la información a otro —sentenció el veterano de tantas redacciones y agregó con énfasis, subiendo su tono de voz—: Con ese maldito apuro, están emputeciendo nuestra profesión, cagándose en el compromiso básico del periodista con la verdad, porque presentar como propio el trabajo de un colega es un afano con todas las letras.

—¿Entonces...? —preguntó Gabriel.

—Creo que Jennifer es un pichón de periodista carancho. Carecen de ética y se alimentan con lo que roban en otros nidos. Lamentablemente son una plaga en expansión porque vivimos en una sociedad que, en el altar de la primicias, acepta consumir periodismo en descomposición, de origen incierto y veracidad improbable —redondeó su idea con pasión profesional.

—Por suerte habló de más y mostró que es una manipuladora... —murmuró Gabriel sin terminar la frase.

—Me parece que lo mejor será olvidarte de Jennifer y concentrarte en nuestra investigación —dijo Domecq y, ante el gesto de bronca y desilusión de Gabriel, continuó—: El tema del Justiciero se está convirtiendo en *trending topic* y, si me permitís, quiero hacerte una propuesta concreta.

—Te escucho —aceptó Gabriel para no desairar al veterano periodista.

—Creo que las crónicas sobre *Los crímenes de Castelar* son una etapa cumplida y deberíamos encarar algo superador —propuso Domecq.

—¿Superador?

—¡Sí! Las notas que publicamos en *Castelar Digital* apenas incluyen una

quinta parte de lo que nosotros descubrimos. Tenemos apasionantes confesiones *off the record* que no pudimos publicar por falta de pruebas jurídicamente válidas.

—No las publicamos porque los supuestos damnificados nos podrían haber demandado por daños y perjuicios —interrumpió Gabriel.

—¡Exacto! Esa es la limitación del periodismo que respeta estrictamente los hechos y nombres reales. En cambio, si en *Castelar Digital* nos permitiéramos cruzar la tenue frontera entre la realidad y la ficción, yo podría recurrir a mi imaginación e ingresar en una inmensa zona gris, para rescatar sucesos que merecen ser conocidos por los lectores.

—Al mezclar periodismo con ficción, ¿qué pasa con tu compromiso con la verdad? —preguntó Gabriel.

—Es muy buena pregunta —reconoció Domecq mientras jugueteaba con la pipa apagada—. Te voy a contestar citando lo que respondía Vargas Llosa cuando le preguntaban si lo que escribía era verdad: “Las novelas expresan una curiosa verdad, que sólo puede expresarse disimulada y encubierta, disfrazada de lo que no es”.

—Entonces, con esas crónicas noveladas, ¿tu vocación de escritor estaría avanzando sobre la de periodista? —preguntó Gabriel.

—Posiblemente, aunque todavía no encontré el equilibrio definitivo —respondió Domecq.

—Me parece una buena idea. Espero tu primer borrador —se entusiasmó el dueño de *Castelar Digital*.

—Lo vas a tener antes de lo que imaginás —dijo Domecq con una sonrisa de satisfacción.

Aquella mañana, la comisaria Aberanda llegó a su despacho aún más temprano que de costumbre. Mientras disfrutaba del intenso sabor de un auténtico café casero, transportado en un termo para acompañar los exquisitos y aún tibios chipás hechos por su madre, revisó el prontuario de Yan Hui Ping, en busca de posibles sospechosos vinculados con su muerte. La primera de sus víctimas había

sido el dueño de un supermercado quien no solo había rechazado la extorsión mafiosa, sino que la había denunciado. Entonces, Yan y otro pistolero habían atacado al comerciante chino, quien se había defendido a balazos. Como consecuencia del tiroteo, había muerto el dueño del local y resultado herida otra persona. Dado que la víctima fatal era un viudo sin familiares en nuestro país y sin vinculación con otra tría, la comisaria consideró poco probable que alguien estuviera vengando su muerte. En cuanto al herido, no había registro de sus datos.

Su segundo asesinato había sido un crimen por encargo. Yan Hui Ping había sorprendido a un turbio despachante de aduana involucrado en la mafia de los contenedores y lo había ejecutado con dos tiros en la nuca, en lo que aparentaba ser un ajuste de cuentas.

Sus siguientes víctimas habían sido Moncho Ruiz (un sicario de Fuerte Apache) y Hugo Goya (un policía bonaerense que lo custodiaba en el Hospital de Merlo). Yan los había matado a ambos a sangre fría.

Por lo tanto, en el supuesto caso de que el móvil de quien mató a Yan Hui Ping hubiera sido la venganza, las únicas víctimas que contaban con organizaciones de apoyo como para concretarla eran el sicario Ruiz y el sargento Moya de la Policía Bonaerense, ambos asesinados en el Hospital de Merlo.

Existía una tercera posibilidad: que a Yan Hui Ping lo hubieran matado sus propios jefes, para silenciarlo. Pero Aberanda no creía que Yan pudiera haber sido un delator, porque sabía que el código de silencio de la tría era aún más hermético que la *omertá* de la mafia siciliana.

Si bien sus sospechas estaban repartidas entre un policía justiciero y un sicario vengador, la posibilidad de que el francotirador hubiera disparado desde el edificio de Tribunales de Morón robustecía la hipótesis que involucraba a algún efectivo policial que pretendiera vengar al sargento Moya.

Sin embargo, en ese razonamiento, había algo que no cerraba. Para un policía corrupto, hubiera sido más sencillo eliminar al pistolero chino dentro de la propia cárcel. Inclusive, mostrándolo como un suicidio. Entonces, ¿por qué no optar por lo más fácil? Sin respuestas, más guiada por la intuición que por las

evidencias, la comisaria le solicitó a Rossini que revisara las investigaciones sobre los enfrentamientos entre las bandas de Fuerte Apache y la mafia china. Además, le pidió que prestara especial atención a cualquier vinculación o incidente del sargento Hugo Moya con pistoleros chinos.

Mientras esperaba la información solicitada, Aberanda llamó a su colega forense y reclamó el análisis balístico del disparo de un supuesto francotirador que mató a Yan Hui Ping. Lamentablemente, se trataba de una tarea muy compleja y todavía no había indicios prometedores.

Entonces, aprovechando ese *impasse*, se dio el gusto de llamar a su casa y hablar con el mayor de sus hijos.

—¡Hola, mi amor! ¿Cómo estás?

—Bien, má.

—¿Qué estabas haciendo?

—Jugando con mi celu.

—¿Y tu hermano?

—Jugando con el celu de la abu.

—¿Cómo te fue en la escuela?

—Bien.

—¿Te dieron tarea?

—Sí.

—¿La hiciste?

—No.

—¿Por qué?

—Porque estoy hablando con vos.

—Bueno, yo corto y vos dejás de jugar y hacés la tarea.

—Bueno, pero traeme algo rico. Chau.

—Chau, mi amor. Besos para vos y tu hermano.

Cuando Rossini ingresó en su oficina, la comisaria todavía estaba ensimismada en esa permanente lucha entre el amor a sus hijos y la culpa por sus requerimientos profesionales. Por eso, tardó en percatarse de que su asistente

creía tener en sus manos, al menos, el ancho de bastos. Con su habitual verbosidad, apenas interrumpida para retomar aire, el joven teniente explicó sus múltiples hallazgos:

—Primero descubrí que la banda de Fuerte Apache ya había asesinado a otro detenido frente a los Tribunales de Morón —comenzó el entusiasta asistente—. Uno de sus sicarios, Toti Gaffi, irrumpió con una moto a toda velocidad, mató a un tal Garza y huyó antes de que los policías reaccionaran. Sin embargo, por un error de novato, Toti se sacó el casco antes de tiempo y quedó grabado por una cámara de seguridad. Cuando lo apresaron, como el pibe solo tenía 13 años, entró por una puerta y salió por la otra. Después, siguiendo el rastro de Toti Gaffi, encontré que, junto con Moncho Ruiz, participó del asesinato del hijo de Wen Lee Hai, el jefe de la mafia china. Entonces, como era previsible, la venganza de la tríada no se hizo esperar y dos pistoleros chinos boletearon a Toti Gaffi durante una maratón en Haedo. Finalmente, Moncho Ruiz fue acribillado en el hospital de Merlo. Durante ese tiroteo también mataron al sargento de la Bonaerense Hugo Moya. En los dos casos, el asesino fue Yan Hui Ping —concluyó Rossini con el orgullo de la tarea cumplida.

Luego de agradecer el completo y detallado relato de su joven asistente, la comisaria Anahí Aberanda le pidió que lo volcara en un informe escrito y —mientras se ponía de pie y le daba una palmada en el hombro, en señal de apoyo y confianza— lo despidió con la siguiente frase de estímulo:

—Estamos intentando avanzar en un pantano, pero, sea quien sea el maldito francotirador, estoy segura de que lo vamos a atrapar.

Capítulo VII

Prontuarios

Bruno Rossini había logrado ser promovido a teniente cuando apenas era un joven veinteañero, pero luego su ascendente carrera se había ido deteniendo de manera casi imperceptible. Por edad, antigüedad en el cargo y trayectoria, creía haber acumulado méritos para ser designado capitán. Sin embargo, no había indicios de que pudiera conseguirlo a corto plazo, a menos que hiciera un aporte espectacular. Por eso, la ambición que fluía por su sangre lo indujo a imaginar que aquel informe solicitado por su jefa era una buena oportunidad para demostrar para qué servía y decidió jugarse incluyendo alguna opinión osada.

En cuanto terminó su redacción, Rossini regresó al despacho de la comisaria y le entregó el informe solicitado.

Una vez leído detenidamente, ella dijo:

—Tenemos una larga serie de ajustes de cuentas, donde cada asesinato fue vengado cometiendo otro —comenzó Aberanda—. El único eslabón pendiente era vengar al sargento Moya matando a Yan Hui Ping y ya alguien se ocupó de nivelar los tantos. Pero... ¿quién fue? o ¿quiénes? En su informe, usted insinúa una opinión, pero yo necesito que me diga claramente dónde deberíamos enfocar nuestra lupa. ¡Vamos! Yo sé que usted puede.

—Hubo casos de policías justicieros que vengaron a algún compañero muerto —respondió Rossini con convicción.

—¿Usted sospecha de nuestros colegas de la Bonaerense? —preguntó ella mirándolo fijamente a los ojos.

—Yo no sospecho de nadie —se defendió Rossini—. Usted me hizo una pregunta y le respondí lo que intuyo.

—Me parece bien y no tiene que defenderse, porque no lo estoy cuestionando. Es más, reconozco que mi olfato también me lleva hacia ese ambiguo espíritu de cuerpo que nos inculcan en la academia de Policía. Esa peligrosa mezcla de honor y orgullo que es como la conciencia moral que exacerba la solidaridad policial casi a niveles épicos, como el “uno para todos y

todos para uno”, propio de unos mosqueteros con olor a naftalina, escapados de una película en blanco y negro. Pero hoy el espíritu de pertenencia tiene tufillo a logia corporativa. Es una epidemia de hipocresía que estimula el “ojo por ojo” y diluye la frontera entre el bien y el mal, al punto de justificar la violación de la ley que juramos defender —se desahogó la comisaria mientras gesticulaba, levantaba la voz y caminaba por su despacho, rumiando una bronca que le brotaba de lo más profundo de sus tripas.

Rossini abrió la boca como para decir algo, pero la volvió a cerrar sin pronunciar palabra. Entonces, Aberanda aprovechó para continuar con su catarsis.

—La única forma de sacarnos esta idea de la cabeza es encontrar información que demuestre que estamos equivocados.

—Sí, pero... ¿cómo?, ¿dónde? —preguntó Rossini.

—Como lo nuestro es investigar, pongamos ya manos a la obra —dijo Aberanda y ordenó, en tono enérgico—: Primero, prepare una lista con todos los que fueron compañeros del sargento Hugo Moya y siguen en actividad. Luego verifique si alguno de esos policías está actualmente asignado a los Tribunales de Morón.

—De acuerdo, pero...

—¿Pero qué..., Rossini? —lo interrumpió Aberanda, con mala cara y voz de fastidio.

—¿Por qué solo buscar policías en actividad y no retirados o exonerados? —respondió Rossini con inusual firmeza.

—Es una buena pregunta —reconoció la comisaria—. Simplemente quiero achicar la muestra inicial y, en el supuesto caso de que la bala hubiera salido del edificio de Tribunales, un policía en actividad tendría mucha más libertad de maniobra que un retirado o, peor aún, un exonerado.

—Yo sospecharía más de la “mano de obra desocupada” que de nuestros colegas en actividad —afirmó Rossini mirándola a los ojos.

—En realidad, deberíamos dudar de todos y controlarlos a todos —dijo ella—. Pero sería un trabajo enorme.

—Es cierto, pero... ¿qué le hace una mancha más al tigre? Además, podríamos pedirle ayuda a la agente Díaz, que conoce mucho de bases de datos —argumentó él.

—Ok —dijo la comisaria sin disimular una sonrisa cómplice, al recordar que Raula Díaz era una atractiva morena de ojos grises, grandes y extraños, que le quitaba el sueño a Rossini.

En cuanto recibió el llamado de su jefa, la agente de policía Raula Díaz se sacó el chicle de la boca, lo tiró al cesto y caminó los pocos metros que la separaban del despacho de la comisaria Aberanda. Prudentemente, se paró frente a la puerta y esperó una señal de autorización para ingresar.

—Pase —sonó la voz de la comisaria.

Raula abrió la puerta y se encontró con la comisaria y su asistente, sentados frente a frente, una con gesto adusto y el otro con cara de satisfacción.

—Siéntese —dijo Aberanda, señalando con la cabeza una silla al otro lado de la mesa, junto a Rossini.

La agente Díaz se sentó y cruzó la pierna izquierda sobre su rodilla derecha, mientras Rossini no se perdía detalle de esa atractiva coreografía.

—Necesitamos que nos ayude con sus conocimientos informáticos —comenzó Anahí Aberanda.

—Pa lo que guste mandar, como dicen en mi pueblo —respondió Raula con una sonrisa juvenil.

—En el mío también —intervino Aberanda, festejando la ocurrencia de la joven agente.

—A mí no me miren. Yo soy porteño —se atajó Rossini.

Una vez que la comisaria Aberanda les dio las instrucciones y les recordó que la virtud fundamental de un policía es la paciencia, el teniente Rossini y la agente Díaz abandonaron el despacho de la jefa y se sentaron frente a la mejor computadora disponible, para encarar el engorroso análisis de toda la dotación de personal de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

La agente Raula Díaz se había especializado en el uso de bases de datos y conocía los principales motores de búsqueda disponibles en “la nube”. Para

realizar la tarea encargada por la comisaria, Raula decidió recurrir a Proquest, una interfaz que ofrece un modo de búsqueda avanzado. Luego de explicarle someramente a Bruno Rossini lo que estaba por hacer, ella ingresó a la opción que le permitía las búsquedas complejas, combinando más elementos y aplicando diversidad de filtros.

—Esta base de datos contiene miles de millones de registros —dijo Raula, mientras se llevaba un nuevo chicle a la boca—, por lo tanto, es normal que cualquier búsqueda nos devuelva una gran cantidad de resultados. Pero no debemos desalentarnos, porque es posible acotar la búsqueda mediante filtros. Por ejemplo, el primero que se me ocurre es aislar a los miembros de la Bonaerense que compartieron destino con el sargento Moya. Veamos.

Unos segundos después, mientras un impaciente Rossini tamborileaba con sus dedos sobre el escritorio, la pantalla de la PC les mostró los tres centenares de colegas que habían trabajado con Moya.

—Bueno —dijo Raula—, de los cien mil efectivos de la Policía de la Provincia, solo 343 fueron compañeros o superiores del sargento Moya.

—Pero eso no significa que Moya los haya conocido —interrumpió Rossini desanimado— y menos aún que haya desarrollado un vínculo tan fuerte como para motivar un asesinato para vengarlo. Si en lugar de los datos de Moya ponés los míos, seguramente te dará una cifra similar, entre 300 y 400 efectivos con mi mismo destino profesional, pero de esos nunca traté ni al diez por ciento y lazos de camaradería solo tengo un puñado.

—Es cierto, pero yo tampoco dije lo contrario —se defendió Raula—. Ahora estoy poniendo otro filtro: policías con los que el sargento Moya haya compartido “operativos policiales”, es decir, situaciones que impliquen algún tipo de riesgo.

—¿Y a cuánto se redujo la lista de posibles sospechosos? —preguntó Rossini.

—Ciento trece individuos —respondió Raula, esperando en vano un gesto de aprobación.

Mientras tanto, como no podía quedarse esperando de brazos cruzados, Aberanda decidió llamar a Gastón French, el comisario de Asuntos Internos con quien mantenía una relación de camaradería y cooperación mutua.

—Anahí, qué gusto escucharte, espero que sea una llamada personal — bromeó el apuesto cincuentón.

—En principio, ando buscando información, pero si tenés buena data, podemos compartir un trago *after hour* —respondió ella, siguiéndole la corriente.

—Ante semejante premio, estoy dispuesto a remover cielo y tierra. ¿Qué necesitás?

—Estoy investigando el asesinato del pistolero chino que, a su vez, había matado al sargento Hugo Moya. Una de las hipótesis es que algún compañero de la Bonaerense haya querido vengarlo. En consecuencia, me gustaría saber si Moya estaba vinculado a alguno de esos grupitos radicalizados que proponen justicia por mano propia —explicó Aberanda.

—No recuerdo nada en particular, pero si me das un poco de tiempo, lo puedo averiguar.

—De acuerdo, espero tu llamado.

—Quedate tranquila. Más temprano que tarde tendrás noticias de este ferviente admirador.

—Chaucito —dijo ella, acostumbrada a las galanterías de su colega.

Gastón French vivía en Palermo Chico, una de las zonas residenciales más exclusivas de Buenos Aires, y pertenecía a una reconocida familia de terratenientes. Cuando se recibió de abogado, en contra de las recomendaciones familiares, rechazó la oportunidad de incorporarse a un prestigioso estudio jurídico y optó por la función pública. Ahora, a los cincuenta años de edad, ya llevaba una década como comisario de Asuntos Internos en la Policía Bonaerense. Pese al magro sueldo oficial, las fluidas rentas familiares le permitían seguir viviendo como un *bon vivant*. En una época en que casi nadie usaba corbatas, Gastón French seguía luciendo sus refinados modelos Hermès que, por cien dólares, compraba en los free shops. Siempre iba a trabajar impecablemente vestido, con trajes y zapatos de marca.

En lo estrictamente profesional, era un excelente funcionario, honesto y severo, acorde a la responsabilidad ética del cargo que desempeñaba. Durante su mandato, había instrumentado eficaces procedimientos para detectar faltas disciplinarias, comportamientos inadecuados, anomalías o irregularidades en las distintas áreas de la institución. En consecuencia, no le costó mucho trabajo responder a la pregunta de su colega Aberanda.

Esa misma tarde la llamó y le comunicó que en el legajo del difunto sargento no había referencias negativas dignas de mención. Un simple dato de color, pero estrictamente personal, era que Hugo Moya estaba en pareja con otro policía de la Bonaerense.

“¿Acaso estamos frente a una venganza pasional?”, se preguntó la comisaria Anahí Aberanda en cuanto cortó la comunicación telefónica con Gastón French, su colega de Asuntos Internos. “¿Y ahora cómo sigo? A falta de una investigación seria y rigurosa, lo único que tengo es un morboso prejuicio que, ante la muerte de un homosexual, me induce a imaginar una venganza pasional. ¿El simple hecho de ser pareja del sargento Hugo Moya alcanza para convertir al subcomisario Ariel Campillo en sospechoso?”

Capítulo VIII

Corrupción policial

Inmersa en un mar de dudas, Aberanda se acercó a la puerta de su despacho y llamó a Rossini y Raula Díaz. Una vez que todos se sentaron, la comisaria pidió disculpas por haber interrumpido el trabajo informático de los jóvenes y les preguntó cuánto habían avanzado.

—Partimos de una base de más de cien mil efectivos y la redujimos a una muestra de no más de cien —respondió Raula con evidente satisfacción.

—¿Cien sospechosos? —preguntó la comisaria, sin disimular su decepción—. No tenemos recursos para investigar a cien policías. Hay que seguir aplicando filtros para refinar la búsqueda, imaginar otras conexiones y reducir el resultado a no más de cuatro o cinco personas. Por empezar, como estamos buscando a un francotirador, de esos cien yo seleccionaría a los que se destacan en las prácticas de tiro con armas largas.

Mientras los desilusionados Raula y Rossini se miraban en silencio, la comisaria Aberanda se tomó su tiempo antes de explicarles que los había llamado para pedirles su opinión personal sobre una conclusión preliminar.

—En la Academia de Policía nos inculcaron que debemos buscar y sancionar a los culpables sin cuestionar la vida privada de las víctimas. Si bien esto tiene validez en todos los casos, es relevante cuando involucra a homosexuales.

Luego de que Raula y Rossini asintieran con un gesto, Aberanda continuó:

—Por otra parte, también es cierto que, pese al constante avance de las técnicas de investigación criminal, no pocos casos se han resuelto con ayuda de la intuición.

—Que se basa en la capacidad de observación —acotó Rossini.

—El olfato del sabueso —agregó Raula.

—¡Tal cual! Y es sobre la base de mi olfato que quiero saber si el subcomisario Ariel Campillo, pareja del sargento Hugo Moya, se encontraba en el edificio de los Tribunales de Morón el día que asesinaron a Yan Hui Ping.

—Enseguida le traemos los nombres de los presentes —respondió Rossini.

Poco después, con un listado en la mano, Rossini y Raula regresaron. Tras un rápido vistazo la agente confirmó:

—Sí, comisaria, ese día el subcomisario Campillo estaba a cargo de la custodia de Tribunales y por eso figura en nuestro listado de cien sospechosos, además es experto en el uso de armas largas.

—Entonces, tenemos que investigarlo. Voy a llamar de nuevo a Asuntos Internos.

En cuanto Rossini y la agente Díaz se retiraron de su despacho, Aberanda se levantó de su silla giratoria y se quedó un rato parada, pensando qué hacer. Luego, caminó hasta el *toilette* para refrescarse. Fue entonces cuando se miró en el espejo y se sorprendió al ver esa imagen pálida y ojerosa.

“Estoy trabajando contrarreloj en un caso muy jodido. Investigar a otros policías es un verdadero garrón que me produce una gran tensión física y mental, pero se supone que a esta altura del baile estoy preparada para manejarlo profesionalmente, sin tomarlo como algo personal”, pensó la comisaria, mientras con unas gotas de colirio intentaba aplacar la irritación de sus ojos. “Nunca voy a dejar de ser tozuda, pero no debo perder los estribos, ni con los pelotudos de la Policía Científica que están tardando siglos en concluir esa puta pericia balística, ni con las malditas versiones sensacionalistas, como las de esa pseudoperiodista de Jennifer, que inventan especulaciones sin fundamento. ¿De dónde sacará esa pendeja todos esos chismes imposibles de corroborar o desmentir? Si bien tengo que reconocer que avanzamos muy poco, no puedo permitir que esta decepción se convierta en bajón anímico, porque entonces nuestra investigación se irá al carajo y sería un verdadero fracaso, aunque no el primero, ni el último.”

Sumida en su debate interior, la comisaria Anahí Aberanda regresó a su despacho y se comunicó con Gastón French.

—¡Anahí! Dos llamados en un día... ¿nos reunimos para el *after hour* o para la cena? —bromeó el veterano galán.

—Tal vez... —dijo ella en tono sugerente—. Necesito más información.

—¿Sobre el sargento Moya?

—No. Sobre el subcomisario Campillo —respondió ella.

—¿Es sospechoso de algo?

—Sinceramente, no. Pero tampoco quiero descartar nada sin chequearlo antes. Ellos eran pareja y Campillo estaba en los Tribunales de Morón el día que mataron al asesino del sargento Moya. Además, por su experiencia con armas largas, pudo ser el francotirador.

—¿Venganza pasional? —arriesgó él.

—Eso es lo que quiero descartar. Pero necesito saber si Campillo está limpio.

—Ok. ¿Y cuándo nos vemos? —insistió el cincuentón.

—Depende de la calidad de la información que me mandes —respondió ella.

—Ya me ocupo. ¡Chau, preciosa!

—Chaucito —respondió halagada.

“Lo mejor de mi oficina es esta ventana”, pensó la comisaria Aberanda mientras contemplaba absorta las nubes rojizas, iluminadas por el sol del atardecer. El cielo, hasta recién azul puro, se tornaba arrebolado, con toques morados y márgenes grises.

De pronto, el típico *beep* de la computadora rompió el hechizo y la volvió a la realidad. Un correo electrónico acababa de llegar. Encendió la pantalla y se alegró al comprobar que se lo enviaba su colega de Asuntos Internos. De inmediato, comenzó a leerlo.

Para: Anahí Aberanda

De: Gastón French

En el legajo del subcomisario Ariel Campillo no figuran sanciones disciplinarias, pero estuvo mencionado en varias investigaciones. La más relevante era la llamada “Causa de los sobres” (considerada un símbolo de la lucha contra las mafias policiales), que demostró un mecanismo de recaudación ilegal liderado por un grupo de comisarios de La Plata, acusados de asociación ilícita. Un testigo protegido declaró ante el fiscal Marcelo Martini y reveló los secretos de esta organización tan corrupta como poderosa. El testigo aportó nombres, domicilios, fechas y otros elementos de prueba, que justificaron el allanamiento de la Jefatura Departamental La Plata de la Policía Bonaerense. Allí encontraron 36 sobres con coimas, que contenían un total de más de 150 000 pesos, fruto de la recaudación ilegal de cada una de las comisarías. Esta mafia policial gozaba de tal impunidad que dichos sobres ostentaban sin disimulo el rótulo de la seccional remitente y del destinatario. El primero en ser detenido fue un comisario mayor que se desempeñaba como jefe departamental y declaró que la operatoria de las coimas era preexistente a su gestión y que se remontaba a una década atrás. La confección textual decía: “En el año 2008, se implementó la modalidad de recaudación que se hace actualmente, el sistema de sobres, donde se indica de qué seccional proviene, y cuyo plazo de entrega es siempre el primer día de cada mes. Este sistema continuó con los siguientes jefes de la Departamental La Plata. La cantidad de dinero que tenía que entregar cada comisario dependía de la seccional que le tocara. Por ejemplo, el de la primera tenía que entregar más porque era mejor zona para recaudar. El monto de esos aportes lo determinaba el jefe de la Departamental. La recaudación ilegal la efectuaba cada comisaría pidiendo dinero a cambio de seguridad en comercios, supermercados chinos, boliches bailables (por el tema de los patovicas, cuando le pegaban a alguno y los cubrían) o pubs (para dejar trabajar a los travestis)”.

El jefe departamental detenido también explicó cómo desviaban el dinero de la seguridad en las canchas. Finalmente, afirmó que los sobres de la recaudación ilegal no lo tenían a él como último destinatario, sino que subían hasta su superior, el superintendente zonal y agregó: “No existe corrupción judicial y policial sin corrupción en el poder político, porque es el que designa o remueve a los funcionarios”.

Cuando la causa avanzó, fueron detenidos cinco jefes de comisarías de La Plata, uno de ellos era el superior inmediato del subcomisario Ariel Campillo. Si bien entre los sobres con coimas no se encontró ninguno a nombre de Campillo, al haberse desempeñado como segundo de uno de los comisarios detenidos, resultaba difícil creer que desconociera los oscuros secretos de su jefe. Pero este nunca pudo involucrar a su “mano derecha” porque, supuestamente, se suicidó en la cárcel antes de declarar.

Sin cargos en su contra, el subcomisario Ariel Campillo fue transferido a la DDI de Avellaneda donde, casualmente, estalló otro escándalo y su nuevo jefe, un comisario mayor, hoy está prófugo de la Justicia.

Este caso tomó estado público luego de un tiroteo entre policías en una estación de servicio cercana al Shopping Avellaneda. La Policía Federal intervino en el momento justo en que se pagaba una extorsión y dejó al desnudo una trama de corrupción que atraviesa a la Bonaerense. Todo comenzó cuando una mujer se presentó ante la Justicia para denunciar que la habían interceptado y secuestrado en un auto. Le exigían el pago de 200 mil pesos a cambio de no armarle una causa narco a ella y a su marido mientras le mostraban una bolsa con un polvo blanco. La pareja de la mujer, un dominicano que aún no tiene la residencia en el país, pagó 30 mil pesos para que la liberen. A cambio de la promesa de pago del monto restante, los hombres la dejaron ir. A partir de la denuncia, el fiscal del caso hizo marcar los 170 mil pesos que le exigían a la pareja y pidió que la Policía Federal supervisara la entrega. Cuando la mujer pagó, aparecieron los efectivos federales y detuvieron a un capitán de la

Bonaerense que había recibido el dinero, pero su socio, el comisario jefe del gabinete de Drogas de la DDI Avellaneda-Lanús, terminó muerto luego de intentar atropellar a los policías y tirotearse con ellos. Tras una investigación, la Justicia ordenó el arresto de otros cinco policías de esa DDI, entre los que no se encontraba el subcomisario Ariel Campillo, pese a que tenía un cargo jerárquico en esa dependencia.

Cariños,
Gastón

Al terminar de leer el informe de Gastón French, la comisaria Aberanda no logró entender cómo el subcomisario Campillo había logrado jugar con fuego sin quemarse.

Temiendo estar influenciada por un inconsciente prejuicio homofóbico, le pasó el informe a su asistente Rossini y le pidió que —con la reserva del caso— lo leyera tranquilo y volviera con sus comentarios.

Media hora después, mientras ingresaba a la oficina de su jefa mostrando el informe, Rossini exclamó:

—Este tipo tiene más vidas que un gato.

—¿Campillo? —preguntó Aberanda.

—Sí. Siempre cae parado —respondió el joven asistente.

—Es lo que me pareció. Gracias, Rossini, continúe con lo suyo. Yo voy a hablar con Asuntos Internos.

Cuando el comisario Gastón French recibió el llamado de su atractiva colega, argumentó que el tema que ella quería tratar era confidencial y prefería hablarlo personalmente. Recordando el refrán materno “al que quiere celeste, que le cueste”, Aberanda aceptó encontrarse con él, en Ayerza Resto, a las 21 h.

Capítulo IX

Pista pasional

Anahí Aberanda estacionó su auto en una elegante zona de Castelar y caminó por Carlos Casares hasta Ayerza Resto. Ya conocía ese sofisticado lugar y esperaba volver a disfrutar de la exquisita propuesta gastronómica. Al ingresar al salón principal, notó que atraía las miradas. “Tal vez mis pantalones son demasiados ajustados o el escote de mi blusa muestra más de lo prudente”, pensó la joven comisaria.

De un vistazo ubicó a Gastón French. Su colega había elegido una mesa lateral junto a una ventana y la miraba con indisimulada admiración. No era para menos. Siempre la había visto con uniforme y a cara lavada, pero ahora —además de lucir su silueta con sensual elegancia— los labios pintados y los ojos delineados realzaban su belleza natural. El veterano galán sintió que la mujer que tenía enfrente no era la misma con la que había compartido algunas reuniones de trabajo. Tenía los mismos rasgos, pero era distinta. Mucho más atractiva.

Por su parte, Gastón French vestía de *elegante sport*, con ropa de marcas reconocidas. Su cabello rubio entrecano y una muy prolija barba candado le daban un *look* más cercano al intelectual que al de comisario de Asuntos Internos.

Cuando Anahí se acercó para saludarlo con un beso en la mejilla, su colega sintió que nunca olvidaría aquel perfume. Era una de esas fragancias que se usan para que su aroma conquiste y atraiga.

—¿Te parece bien esta ubicación o preferís otra mesa? —comenzó Gastón, con forzada naturalidad.

—Está muy bien. Acá lo difícil es elegir qué comer. Todos los platos son originales y deliciosos —respondió ella.

—¿Qué te parece si revisamos la carta y nos tomamos un tiempo para decidir? —sugirió él, sin poder evitar una mirada al escote.

—Ok —dijo ella, simulando ignorar la atracción que había despertado.

Mientras los dos analizaban las refinadas opciones, se acercó la moza y les sugirió las especialidades del día: ternera braseada con salsa de vino tinto,

hierbas, puré de papas y chauchas, o una degustación del *spaghetтини* verde con hongos, crema, perejil y huevo frito. Finalmente, les recordó que el *sommelier* aún atesoraba unas pocas botellas del Chardonnay 2017, de Bodega Aleanna, premiado internacionalmente y a precio promocional.

Anahí y Gastón aceptaron el vino, pero decidieron seguir examinando las sofisticadas opciones.

Finalmente, acordaron compartir una entrada de langostinos con dips de palta y salsa morrón picantita. Como plato principal, ella pidió salmón con crema de almendras y chauchas, mientras que él eligió ravioles negros de salmón, con crema de limón, hierbas y alcaparras.

—Espero que no demoren mucho —dijo Anahí—. Hoy no almorcé, apenas tomé unos cafés con galletitas y ahora no quiero tentarme con este pan de pizza.

—Yo tampoco suelo almorzar formalmente, sino que me conformo con un sándwich, pero al salir de la oficina lo primero que hago es comer algo, por eso no voy a perderme este exquisito pan caliente —dijo él mientras comenzaba a masticar sin pudor.

En cuanto les trajeron la entrada para compartir, ambos se abocaron a devorarla con placer.

—Creo que esta salsa morrón picantita es afrodisíaca —dijo Gastón con una sonrisa traviesa y una nueva mirada al escote.

—No hay problema. Mi estrés neutraliza cualquier efecto indeseado —respondió ella, antes de llevarse un langostino a la boca—. Por lo tanto, soy inmune a los gualichos.

—¿Qué tipo de estrés? —preguntó él tras dejar de masticar.

—El eterno tironeo entre mi trabajo y mis hijos. Así que si algún casanova sueña con compartir mi tiempo, tendría que esforzarse mucho y hacerme sentir única y especial.

—Vos sos especial hasta en tu forma de hablar —dijo Gastón con su mejor sonrisa de conquistador irreverente, para evitar el tema de los hijos—. Tenés una tonada regional que no logro ubicar, ¿dónde naciste?

—En Mocoretá, Corrientes —respondió ella—. Pero al terminar la secundaria vine a estudiar Bioquímica en la UBA.

—¿Y cómo llegaste a comisaria? —insistió él, con preguntas personales.

—Cuando terminé la facultad, ingresé como pasante en el laboratorio forense de la Policía Científica. Con el tiempo, me aburrí del olor a formol y pedí el pase a la Brigada de Investigaciones, donde hice toda mi carrera —respondió Anahí.

—¿Sos la versión criolla de Jane Tennison en Prime Suspect? —bromeó él.

—Sí. Una versión morocha, más joven y menos narigona que Helen Mirren —aceptó ella con una sonrisa no genuina, ambigua como la Gioconda.

—Entonces la Bonaerense sería la versión sudaca de Policía Británica —agregó Gastón en el mismo tono de broma.

—¡Ojalá!, pero nuestro Conurbano es mucho más violento que la Londres mostrada en esa serie británica. Además, acá la Justicia tiene puertas giratorias y a los buenos policías nos embarga el sentimiento de frustración —se lamentó Anahí—. Hablando de frustración, ¿qué más me podés decir del subcomisario Campillo?

—¿Qué querés saber? —dijo él, incómodo por el giro de la conversación.

—¿No te parece extraño que este personaje conviva con la corrupción sin contaminarse?

—Tal vez.

—¿Cómo tal vez? —insistió ella.

—Es que a veces las cosas no son lo que parecen.

—A mí me parece que a Campillo lo protegen desde arriba —opinó ella.

—Tal vez —contestó con cara de nada.

—¡Tal vez, tal vez! ¿Es todo lo que vas a decir? De haberlo sabido, no me hubiera molestado en venir —dijo ella, desilusionada.

—Ok. Te voy a responder, pero con el compromiso de no repetir lo que vas a escuchar.

—¿Por qué?

—Porque podrías poner en riesgo la vida de algún colega —dijo Gastón, con gesto adusto.

—¡No entiendo! —exclamó Anahí, visiblemente molesta.

—Campillo es nuestro “topo”, infiltrado para investigar en el propio nido de las víboras —se sinceró el jefe de Asuntos internos.

—Bueno... —comenzó Aberanda, arqueando las cejas ante la sorpresa—. Pero yo no estoy investigando la corrupción, sino un posible crimen pasional, y Campillo estaba cerca de la escena del crimen cuando mataron al asesino de su pareja —argumentó para no ceder.

—Es cierto, pero en el momento del disparo, Campillo estaba reunido con el jefe de Asuntos Internos.

—¿Vos sos su coartada? —preguntó sorprendida la comisaria.

—Sí —reconoció Gastón, encogiéndose de hombros—. Yo estaba con él y puedo probártelo, pero solo a vos. Ante cualquier otro, lo voy a negar, para no boicotear la investigación ni poner a Campillo en peligro.

—¡Maldición! Esta pista se fue al carajo —exclamó furiosa Aberanda.

—¿Campillo era una pista firme? —preguntó Gastón French.

—Eso creía... o quise creer —reconoció Aberanda—. Ahora veo que me dejé llevar por el instinto y me aferré a una serie de indicios. Como Campillo era pareja de Moya tenía motivos para vengar su muerte. Además, al ser un policía cercano a funcionarios corruptos, justificaba investigarlo como sospechoso. Pero debo reconocer que yo no tenía una pista, sino solo un motivo para sospechar y, a falta de pruebas físicas, lo asumí como móvil del asesinato del sicario chino.

—Resolver casos policiales es como recorrer un laberinto sin mapa —dijo Gastón para reconfortarla, en un intento de recuperar el tono lúdico del encuentro.

Aberanda asintió vehementemente con la cabeza.

—Hay investigaciones más complicadas que otras y esta me parece de las peores —dijo descorazonada—. Fue un asesinato a distancia, en plena calle. Tengo que buscar un asesino sin tener sus huellas dactilares, ni pelos, ni sangre como nos enseñan en la academia. Tampoco marcas de pisadas o de neumáticos. Nuestros colegas de Científica no colaboran conmigo, aún no informaron el tipo de

bala utilizado por el asesino ni ningún otro dato que nos ayude a descubrir al culpable. Mis únicos elementos de análisis son los antecedentes de la víctima y mi temprana presencia en la escena del crimen.

Ante el derrumbe de la pista pasional-policial, Aberanda comprendió que en esa cena ya no obtendría ningún otro dato útil para la investigación del crimen de Yan Hui Ping. Decepcionada, con su cara transformada por una indisimulable expresión de contrariedad, siguió comiendo en silencio y trató de acortar la velada lo más posible, frustrando de cuajo las románticas expectativas de Gastón.

La tormenta empezó mientras Anahí Aberanda dormía. Un trueno y el inmediato golpe de la lluvia contra la ventana de su dormitorio la despertaron. Se sentía deprimida y había dormido mal. Desde la tibieza de su cama, con la mirada perdida en la oscuridad, estiró la mano, encendió por un instante la luz del velador y miró el despertador. Si bien todavía podía remolonear un rato más, su cabeza ya estaba en “modo trabajo”. Tras el fracaso de la pista policial, solo le quedaba la pista Fuerte Apache. Ansiosa, se incorporó, tomó su celular y envió un par de mensajes. A la agente Raula Díaz le pidió que pasara a buscarla con un patrullero, pero que no tocara timbre porque sus hijos aún estaban durmiendo. A su vez, al teniente Rossini le solicitó un informe sobre los enfrentamientos entre la mafia china y la banda de Fuerte Apache.

Luego de un lento viaje por calles anegadas, el patrullero la dejó en la puerta de la Departamental Morón. Mientras la agente Díaz estacionaba, la comisaria corrió unos metros bajo la lluvia y entró al edificio. Tal como esperaba, encontró sobre su escritorio el informe solicitado. Luego de leerlo detenidamente, llamó a Rossini.

—Sabemos que antes del atentado que estamos investigando la banda de Fuerte Apache ya había asesinado a otro detenido frente a los Tribunales de Morón y que, después de eso, Yan Hui Ping mató a dos miembros de esa banda: Toti Gaffi y Moncho Ruiz. Por lo tanto, no es descabellado pensar que el sicario

chino fue víctima de otro ajuste de cuentas por parte de sus enemigos de Fuerte Apache. ¿Está de acuerdo? —preguntó Aberanda.

—Sí, comisaria —respondió el asistente, parado frente al escritorio de su jefa—. Solo agregaría una diferencia entre los dos asesinatos frente a los Tribunales. En el primero dispararon de cerca, con un revólver. En cambio, ahora lo hicieron desde lejos y con un arma larga.

—Tiene razón, Rossini, y no es habitual que los de Fuerte Apache usen armas largas —dijo la comisaria, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Eso pensé —acotó él.

—¿Algo más? —preguntó ella, casi mecánicamente y sin demasiadas expectativas.

—Hace unos meses, Gaffi y Moncho Ruiz fueron vistos, varias veces, en una quinta de Parque Leloir —informó el joven asistente.

—¿Tenemos la dirección exacta?

—¡Sí! —respondió orgulloso Rossini.

—¿Qué le parece si vamos a echar un vistazo? —sugirió Aberanda.

—Siempre listo —dijo entusiasmado el voluntarioso asistente.

Capítulo X

Tiroteo en Leloir

Desde mucho tiempo atrás, los parques y jardines del recordado Haras Thays han ido dejando lugar a la moderna urbanización conocida como Parque Leloir. En ese paraíso verde, oculto entre la frondosa arboleda que le aseguraba privacidad y protección, estaba el chalet estilo californiano ocupado por la banda de Fuerte Apache y frecuentado por Toti Gaffi y Moncho Ruiz.

El patrullero —en el que viajaban la comisaria Aberanda y su asistente— abandonó el Acceso Oeste, avanzó por la calle Martín Fierro, dobló en Los Reseros y continuó por una sucesión de curvas indicadas en el GPS. Finalmente, estacionó bajo unos frondosos eucaliptus. De pronto, el bucólico silencio estalló, quebrado por el frenético tableteo de una pistola ametralladora. Cuando nuevos disparos atronaron el aire, Aberanda gritó: “¡Nos disparan!”, y los dos policías se parapetaron detrás del auto. Sin embargo, el terror a una emboscada pronto cedió al descubrir que no les disparaban a ellos. Era un enfrentamiento entre bandas enemigas que ni siquiera habían notado la llegada de los uniformados.

—¡Están tirando con Uzis y Ak 47! —aventuró Rossini mientras sentía la adrenalina que fluía por su sangre.

—¡Pida refuerzos! —ordenó la comisaria, quien ya había desenfundado su Bersa Thunder 9.

“No son armas de las fuerzas de seguridad”, pensó Aberanda. “Caímos en medio de un ajuste de cuentas. Con nuestras pistolas no podemos hacer nada y estos chalecos antibalas no resisten semejantes balazos.”

Con un estruendo infernal, cientos de balas destrozaban la fachada del elegante chalet. Revoque, escombros y polvo saltaban como si la construcción fuera de adobe. Los pájaros volaban espantados y los escasos vecinos abandonaban calles y jardines, cerrando puertas y ventanas. Acostada cuerpo a tierra, con la cabeza bien pegada al pasto y avanzando sobre sus codos, la comisaria Aberanda se acercó hasta un claro en el ligustro, por donde podía ver la propiedad atacada. Trató de agudizar los sentidos para comprender lo que estaba

sucediendo. A primera vista, parecían estar involucradas varias personas por bando. Desde una de las ventanas superiores, hacían fuego hacia la arboleda, donde —apostados detrás de los troncos— los atacantes, con ametralladoras y rifles de asalto, disparaban contra el edificio. Era un tiroteo largo e intenso. Centenares de balazos de grueso calibre fueron intercambiados entre uno y otro bando.

Las balas zumbaban, rebotaban y se incrustaban. Primero, un par de atacantes fueron abatidos y cayeron ensangrentados sobre el césped. Luego, cuando cesó el fuego desde las ventanas, dos encapuchados corrieron desde los árboles y entraron a la casa. Aberanda, inmóvil, respiraba el humo de la pólvora y sentía cómo un sudor frío bajaba desde la nuca y corría por el cuello hasta su espalda.

Fue entonces cuando llegaron los refuerzos policiales y rodearon el lugar. Era el Grupo de Operaciones Especiales (GOE) —pertrechado con sus fusiles de asalto M16— que, de inmediato, tomó posición. Por los altavoces, el oficial a cargo exigió la rendición. Luego de un rato de incertidumbre —sin capuchas, desarmados y con las manos en alto— salieron los dos pistoleros chinos que habían invadido el chalet. Pero en ese mismo momento, alguien disparó desde una de las ventanas superiores y mató a un agente del GOE. De inmediato, con los fusiles M16, sus compañeros respondieron el fuego enemigo hasta asegurarse de que ningún delincuente pudiera haber sobrevivido.

Cuando el acre olor a pólvora ya había reemplazado el perfume de los cuidados jardines, Aberanda se acercó al jefe del operativo y juntos ingresaron a la que había sido una hermosa mansión. En medio de vidrios rotos, paredes perforadas y muebles destruidos, sobre un enorme charco de sangre, estaba el cadáver de Paco, un joven miembro de la banda de Fuerte Apache. Su rostro añorado se había congelado en una mueca de miedo y dolor. Tenía un agujero en la frente, por la comisura de los labios corría un hilo de sangre y su pecho estaba destrozado por el impacto de otro balazo.

De regreso junto a su asistente, la comisaria argumentó que —razonando como ella— los chinos habrían descubierto que el muchacho que acababan de

matar era el asesino de Yan Hui Ping y habían decidido hacer justicia por mano propia, realimentando un sangriento espiral de violencia.

—Pero, aunque la banda de Fuerte Apache hubiera sido la responsable del asesinato del chino frente a Tribunales, ahora, con la muerte del último miembro de esa banda, ya nadie podrá confesar el crimen. No podremos probarlo y cerrar el caso —se lamentó Aberanda.

—Estamos como cuando vinimos de Italia, decía mi abuelo: “Con las manos vacías” —acotó Rossini, con un gesto de bronca y frustración.

—Pero no vamos a quedarnos con los brazos cruzados. Estos casos a medio resolver son una bomba de tiempo que puede explotarnos en la cara. Es más, me inclino a considerarlo como un presagio de futuras catástrofes. Ya decidí empezar de cero y mi única esperanza es no dejar en paz a los de Científica hasta que nos entreguen un informe balístico confiable. Algo que nos muestre la punta del ovillo —dijo la comisaria, mordiendo las palabras como decidida a todo, mientras, con su celular y antes de que llegara el fiscal, registraba sus propias imágenes de la sangrienta escena.

—Difícil que el chancho chifle —opinó el incrédulo asistente.

Esa misma tarde, simultáneamente con los canales sensacionalistas —pero antes que cualquier otro medio escrito— *Castelar Digital* publicó una nota sobre la muerte del supuesto Justiciero. Redactada con mano experta por Domecq, la nota contaba la breve y trágica historia de Paco, el joven pistolero de Fuerte Apache que murió durante el enfrentamiento con la mafia china, en Parque Leloir.

CASTELAR DIGITAL

El Justiciero de Morón

De acuerdo con fuentes judiciales, en un ajuste de cuentas, murió el tan buscado Justiciero. Paco —ese era su apodo— había nacido hace apenas diecisiete años, en la desgarradora pobreza del Conurbano, en un asentamiento carente de todos los servicios esenciales y donde los pobres engendran pobres. Un barrio donde nacen muchos chicos, pero pocos sobreviven. Un barrio donde la injusticia es el caldo de cultivo del odio social. Para Paco, la violencia era una tragedia heredada. De chico vio morir a su padre, acribillado frente a su casa. Tras ese asesinato, su madre formó pareja con un expolicía exonerado, que se encargaba de reclutar chicos para transformarlos en pistoleros. Los seleccionaba, los entrenaba y les proporcionaba armas, movilidad y refugio. También les proveía la droga que les hacía desprestigiar la vida propia y ajena. Más pronto que tarde, Paco y uno de sus hermanos fueron reclutados. Una vez que comenzó a delinquir, su vida ya no tuvo retorno.

Sin embargo, pudo haber tenido una segunda oportunidad, cuando solo tenía 14 años y fue detenido. En aquel momento, la Justicia probó su participación en un sangriento asalto a mano armada, pero en vez de enviarlo a un instituto de menores, lo devolvió a las calles. A partir de aquella cuestionable sentencia, en libertad por su condición de inimputable, Paco se transformó en uno de los más feroces delincuentes de Fuerte Apache. Dicen quienes lo conocieron que Paco no se sentía culpable por sus crímenes, porque consideraba que el verdadero responsable era el que lo contrataba como sicario.

Jorge Osvaldo Domecq

Nota de la Redacción:

Hace un par de años, en un tiroteo, Paco recibió un tiro en la mano y esta le quedó atrofiada. Si bien, con la otra mano, volvió a utilizar armas de puño, habría que preguntarse: ¿es posible disparar con precisión un fusil usando una sola mano y dar exactamente en un blanco ubicado a más de cien metros distancia? En caso contrario, Paco no podría haber matado a Yan Hui Ping frente a los Tribunales de Morón.

Al caer la noche, en la soledad de su habitación y aprovechando que sus hijos ya dormían, la comisaria Aberanda leyó la nota sobre la cruda infancia del Justiciero y se indignó con *Castelar Digital* por haber hecho pública la información contenida en el expediente policial. Además, le molestó que el periodismo se

llenara la boca denunciando las mismas fallas del sistema judicial contra el que ella venía luchando en silencio: la desprotección de los pibes que caen por primera vez. Pero, muy especialmente, la enfureció ver que esa publicación ponía en duda que el difunto Paco fuera el verdadero asesino de Yan Hui Ping. Considerando que esa era la gota que rebasaba su paciencia, Aberanda le mandó una dura crítica a Gabriel Colonna.

Capítulo XI

Cómics

En la esquina de Francia y Álvarez Jonte, en Castelar Norte, hay una placa recordatoria con este insólito mensaje: “Aquí yace el Zanjón Martínez: nos inundó durante medio siglo sin que ningún intendente hiciera nada para evitarlo”. A pocos metros de allí, en una casa casi escondida detrás de un inmenso jazmín, nació Ely Berger. En la década del 80, ese era un barrio tranquilo donde ella podía jugar en la vereda —sin temores— e intercambiar figuritas, caracoles, plumas y otros supuestos tesoros con sus vecinitas. Desde salita de tres hasta terminar el bachillerato, Ely concurrió al Colegio Inmaculada, para luego completar la carrera universitaria de Diseño Gráfico en la UM. Pero, en su adolescencia, no dedicaba todo su tiempo a la educación formal, también practicaba equitación, era guitarrista en una juvenil banda de rock y estudiaba pintura en el taller de Alicia Gobbi (ciudadana ilustre de Morón). Fue allí donde su vocación por el dibujo se canalizó hacia los cómics.

Entre sus compañeros, estaba Hernán Marino, hoy devenido en el famoso artista Budapest o, simplemente, Buda. La buena suerte le permitió a Ely participar en un acontecimiento histórico. Cuando el cineasta Fabio Zurita, guionista del cómic *¿Dónde está el Polaco?*, inició la ilustración de esta historieta, ella integró el grupo de jóvenes que colaboraron con los primeros bosquejos. Para esta joven fue una verdadera experiencia de vida, porque el guión narraba la historia del rol de los hinchas de fútbol en la época más oscura de la última dictadura militar. Como otros miles de compatriotas, un simpatizante de Deportivo Morón desapareció. Se trataba del Polaco, un hincha de toda la vida, que vivía en Castelar, cerca de la cancha del Gallo. Cuando se enteraron de que el muchacho había sido “chupado por la cana”, sus compañeros confeccionaron una enorme bandera con la leyenda “Aparición con vida del Polaco” y la mostraron en la cancha, partido tras partido. Finalmente, metieron tanta presión que el Polaco apareció. Estaba detenido —sin registrar— en la comisaría de Villa Ballester.

La capacidad artística y su espíritu emprendedor posibilitaron que Ely Berger se radicara largos años en Alemania, la tierra de su abuelo, marinero del acorazado Graf Spee, protagonista de la famosa Batalla del Río de la Plata. De regreso a nuestra ciudad, Ely tuvo la oportunidad de exponer sus obras en Kasa Taller, un espacio creado por su excompañero Buda, que en la calle Anatole France ofrece un living-taller, un garaje-galería y una terraza-escenario, en una casa intervenida casi totalmente por el arte. Entre los numerosos visitantes que tuvo su exposición, se encontraba Akos Tákács, un joven salteño, recientemente radicado en Castelar, que le ofreció contactarla con su hermana Klara, que escribía guiones de cómics y estaba buscando ilustrador.

La intermediación de Akos fue fructífera y dio origen a la creación del personaje Dr. X (el Justiciero), con guion de Klara Tákács y diseño de Ely Berger, cuya primera edición fue presentada en Argentina Comic Con.

Siempre atento a las novedades que pudieran interesar a sus lectores, Gabriel Colonna, titular de *Castelar Digital*, concurrió a la popular celebración de la cultura pop conocida como Argentina Comic Con, que se realizaba en el Centro Costa Salguero. Allí, entre *stands* de editoriales, estudios de cine y televisión, repletos de sorpresas en materia de cómics, series y películas, se topó con Ely Berger, vecina de Castelar, y descubrió que se trataba de una destacada dibujante y diseñadora profesional que había presentado sus trabajos en esa mega exposición, donde su héroe (Dr. X) debía competir con los archifamosos personajes de Marvel, desde Capitán América hasta Spiderman, pasando por Hulk, Iron Man y Thor, entre otros.

Comprometido con la difusión del arte local, Gabriel le propuso encontrarse en las oficinas de *Castelar Digital* para realizar una entrevista y le pidió que le enviara algunas imágenes para acompañar la publicación de la nota. Agradecida por la oportunidad, Ely le envió un archivo PDF con la versión completa del primer ejemplar de *Dr. X (el Justiciero)*.

Esa noche, en la tranquilidad de su departamento, Gabriel comenzó a leer ese relato con ilustraciones de enorme realismo. A medida que avanzaba en la lectura, fue percibiendo un leve *déjà-vu*. Si bien la historia transcurría en Salta, el

atentado contra un asesino frente a los tribunales de aquella ciudad tenía llamativas coincidencias con la muerte del sicario chino Yan Hui Ping.

El licenciado Gabriel Colonna era uno de esos jóvenes racionales que intentan controlar la serie de variables que los rodean y no dejar nada librado al azar. Para eliminar la incertidumbre, trataba de mantenerse informado y prever posibles acontecimientos que pudieran desestabilizar su vida. Dentro de ese esquema, las coincidencias siempre le resultaban sospechosas. Por eso, al leer el guion del cómic *Dr. X*, Gabriel recordó que Schiller afirmaba que “no existen las casualidades. Los meros accidentes emergen siempre de la fuente más profunda del destino”, y decidió enviarle una copia del archivo a Domecq.

Ensimismado frente a la pantalla de su PC, el veterano periodista disputaba una encarnizada partida de ajedrez por Internet contra un joven que residía en San Petersburgo. Muy probablemente, el ruso no imaginaba que estaba enfrentando a un viejo flaco y canoso, con entrecejo fruncido y una indisimulable miopía amparada tras los gruesos cristales de unos pesados anteojos de carey. Porque, más allá de su apariencia física, Domecq mantenía intacta su capacidad ajedrecística gracias a su férreo apego al sencillo dogma de que “cada movimiento traerá una serie de consecuencias inevitables”. Por lo tanto, el final del juego no sería fruto del azar, sino el resultado de leyes rigurosas. La partida con el jugador ruso se presentaba muy complicada, hasta que el veterano recordó que para ganar no necesitaba jugar muy bien, sino que bastaba con jugar mejor que su ocasional adversario. Entonces, optó por eliminar la hojarasca del tablero, al tiempo que acumulaba pequeñas ventajas. Con este sencillo plan, Domecq consiguió una supremacía considerable y el joven ruso abandonó.

Mientras guardaba la partida para su posterior análisis, Domecq detectó la entrada de un *e-mail* de Gabriel Colonna (Asunto: Yan Hui Ping ¿casualidad?). A pesar de que ya había pasado la medianoche, el título del mensaje era tan intrigante que no pudo postergar su lectura hasta la mañana siguiente. Entonces, sacó de la heladera la botella de *lemoncello*, se sirvió una copita y empezó a leer.

Al principio, Domecq pensó que el *e-mail* le había llegado por error, ya que los cómics eran cosas de jóvenes y no de septuagenarios como él. Pero cuando

llegó a la escena del asesinato frente a los tribunales de Salta (resaltada en amarillo fluorescente), decidió retomar la lectura desde el principio y tomar la debida nota.

Como la publicación de *Dr. X (el Justiciero)* era posterior al asesinato de Yan Hui Ping, el guionista de esa historieta podría haber utilizado información aparecida en los medios de comunicación. Por lo tanto, si pese a ello Gabriel se lo había reenviado, era porque había encontrado algo más.

Al finalizar la lectura, Domecq resumió las notas que había tomando:

(a) En la ciudad de Salta, un motochorro balea a una madre y su hija adolescente. La mujer muere y la chica sufre lesiones que la condenan a usar silla de ruedas de por vida.

(b) Tiempo después, el motochorro es detenido, pero todo indica que el juez le daría una condena mínima y excarcelable.

(c) El padre de la joven lisiada (Dr. X) es un científico de renombre entre los investigadores aeroespaciales y pionero en el desarrollo de drones.

(d) Movido por la sed de venganza, el Dr. X decide matar al asesino que destruyó su familia. El momento elegido es cuando el delincuente se presenta a declarar en los tribunales de Salta.

(e) Para consumar el atentado, el Dr. X recurre a un dron artillado, calibre 7.62.

(f) Finalmente, cuando el motochorro asesino desciende del patrullero para ingresar al edificio de Tribunales, un certero disparo le perfora la cabeza.

(g) Durante la investigación policial de este asesinato, nunca se sospechó de un dron.

Agotado y con los ojos irritados por tantas horas frente a la pantalla de la computadora, Domecq decidió acostarse, no sin antes dejar un recordatorio para el día siguiente: “Rifle calibre 7.62 disparado desde un dron. La bala había impactado entre los ojos de la víctima porque estaba mirando hacia la derecha”.

Capítulo XII

Calibre 7.62

A primera hora de la mañana, mientras cebaba unos mates con Piazzola como música de fondo, Domecq llamó a *Castelar Digital*.

—¡Hola, Gabriel!

—¡Hola! ¿Qué opinás de Dr. X? —preguntó sin dilaciones.

—Es interesante —reconoció Domecq—. La Policía busca a un francotirador, pero el disparo pudo haber salido de un dron. Tampoco se había mencionado la posibilidad de que el tiro en la frente viniera de un costado y la víctima estuviera mirando hacia ese lado. Pero el tema del calibre es todo un misterio, porque desconocemos el informe balístico del caso Yan Hui Ping.

—Yo también tengo muchas dudas y preguntas. Por eso quiero invitarte a la entrevista que acordé con Ely Berger, la ilustradora de ese cómic —dijo Gabriel.

—¿Cuándo sería? —preguntó Domecq.

—Hoy a las 16, en mi oficina.

—Bueno. Ahí estaré.

Esa misma tarde, en la sede de *Castelar Digital* en la calle San Pedro, acompañados por mates y bizcochos, Gabriel y Domecq se reunieron con Ely Berger. Era una joven atractiva que lucía una melenita rubio ceniza, con rígido flequillo. Tenía ojos grises, hermosos y extraños, hombros tatuados y un *piercing* en el labio inferior.

La charla deambuló por diversos aspectos del arte gráfico y el increíble *revival* de los cómics, hasta que Domecq —impaciente— entró en el tema que realmente le interesaba.

—Tus imágenes de *Dr. X (el Justiciero)* tienen un tremendo realismo. ¿Fue todo creación tuya o las escenas ya estaban pautadas por la guionista? —preguntó el periodista, al tiempo que le ofrecía un mate.

—Hasta el mínimo detalle estaba en el guión de Klara y en el material de respaldo que me envió. Yo aporté la estética y el diseño —respondió Ely.

—¿El dron y el calibre de la bala estaban en el guión? —preguntó Gabriel.

—Sí. También me los informó ella —respondió Ely, mientras se servía un bizcocho—. Yo no entiendo de drones ni tengo idea de qué es un calibre 7.62.

—¿La guionista te comentó si su relato estaba inspirado en un hecho real? —intervino Domecq.

—No tengo idea. Nunca hablamos personalmente. Nos contactó su hermano Akos y todo el intercambio de mensajes y de archivos fue por Internet —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Klara es hermana de Akos Táráks? —preguntó sorprendido Domecq.

—Sí. ¿Lo conoce? —dijo Ely, también sorprendida.

—Jugamos al ajedrez en el Club Philidor —respondió el veterano periodista, mientras cebaba otro mate.

Cuando la diseñadora —visiblemente incómoda— preguntó si todas esas consultas eran para el reportaje en *Castelar Digital*, Domecq comprendió que debía retirarse para que Gabriel pudiera hacer su trabajo.

Antes de salir, tras dejar el equipo de mate en manos de Gabriel y llevándose un bizcocho para el camino, el periodista preguntó:

—¿Le aviso a la comisaria Aberanda?

—Lo dejo por tu cuenta —respondió Gabriel—. Prefiero no meter la cabeza en la boca del lobo... o de la loba, en este caso.

A pesar de la advertencia, sin pensarlo dos veces, Domecq llamó a la comisaria.

—Hola, Anahí. Quisiera saber si ya está listo el informe balístico del caso Yan Hui Ping —preguntó directamente.

—Sí, pero está bajo secreto de sumario —respondió ella.

—Por favor, te voy a mencionar un calibre y solo te pido que me digas frío o caliente.

—OK —aceptó ella, con desgano.

—7.62 —dijo él.

—Caliente... pero... ¿cómo...? —la comisaria Aberanda no pudo terminar su pregunta porque Domecq ya había cortado la comunicación.

Horas después, en Tarzán, mientras saboreaba un plato de lentejas, Domecq recibió una llamada de Akos Tákács, quien lo invitaba a jugar una partida de ajedrez. “Otra casualidad”, pensó el veterano periodista, y aceptó la propuesta.

Ese mismo día, al anochecer, después del horario de atención de su comercio, Akos llegó al Club Philidor. Vestía íntegramente de negro y se había rapado el cabello en los laterales y en la nuca, pero arriba se lo había dejado un poco más largo, sin llegar a formar una cresta. Como faltaba bastante tiempo para la hora acordada, comenzó un compulsivo ritual y supuesta cábala para la buena suerte. Primero, tras observar la iluminación, eligió una mesa ubicada en un rincón, lejos de las perturbadoras distracciones del mostrador. Luego, probó varias sillas y optó por una bastante gastada, pero que le pareció limpia, firme y cómoda. A continuación, tras comprobar su exactitud, eligió un reloj. Finalmente, seleccionó un tablero y las piezas. Como en esta oportunidad le correspondía jugar con las blancas, el joven salteño —con minuciosa simetría— ubicó cada uno sus dieciséis trebejos, pero dejó deliberadamente desordenadas las piezas negras. Luego, con ansiedad, se sentó a esperar a su rival.

Cuando llegó Domecq, los rivales se estrecharon la mano y, sin preludios, en cuanto su veterano rival acomodó sus piezas, Akos, con blancas, comenzó la partida.

1. e4e5 2. Nf3Nc6 3. Bb5Nf6 4. O-ONe4. A esta altura del juego, Akos movía sus piezas con seguridad y llevaba la iniciativa, mientras que Domecq pensaba bastante antes de cada movida. 5. d4Nd6 6. Bc6dc6 7. de5Nf5 8. Qd8Kd8 9. h3Ke8 10. Nc3h5. Hasta aquí, los jugadores ni se hablaban ni se miraban. 11. Ne2 b6 12. Rd1Ba6. Parecía que Domecq perdía tiempo, pero, en realidad, estaba jugando con mucha precisión. 13. Nf4 El joven salteño meditó antes de decidirse por esta continuación, que correspondía al *match* que Carlsen y Anand jugaron en 2014. 13... Bb7! Pero el veterano demostró que también recordaba la partida por el título mundial y repitió la movida que había hecho

Anand. 14. e6Bd6. Nervioso, Akos se puso de pie y se le cayó el bastón. Domecq se lo quiso alcanzar, pero el joven rechazó la ayuda. Lo agarró y volvió a sentarse.

Luego de una profunda meditación, Akos no encontró otra cosa mejor que 15. ef7Kf7 16. Ng5Kf6. Al perder la iniciativa, el joven miró fijamente a Domecq, tratando de descifrar su cerebro. 17. Ne4Kf7 18. Ng5Kf6 19. Ne4Kf7 20. Ng5. Finalmente, acordaron tablas por repetición de movimientos. A pesar de jugar con las blancas, Akos no logró vencer a un veterano rival que demostró estar actualizado.

Por experiencia propia, Domecq sabía que el ajedrez es un duelo psicológico que —además voluntad de vencer, tenacidad y resistencia— requiere concentración y fortaleza mental. Por eso, no le extrañó que Akos hubiera tratado de incomodarlo y distraerlo durante la partida, por ejemplo, dejando caer ruidosamente su bastón contra el piso. Sin embargo, la pregunta que lo inquietaba era: “Si en un enfrentamiento amistoso recurre al juego sucio, ¿qué será capaz de hacer en una partida decisiva para algún torneo?”.

A pesar de la actitud de rival, Domecq le propuso analizar juntos la partida.
—Prefiero no hacerlo —fue la seca respuesta.

Para cambiar de tema, mientras guardaba las piezas en la gastada caja de madera, Domecq comentó:

—Leyendo *Dr. X*, descubrí que la guionista es tu hermana.

—Sí —respondió Akos mientras asentía con la cabeza.

—¿Y qué la indujo a crear el personaje de un justiciero? —insistió el periodista.

—No sé. Tal vez quiso llamar la atención sobre la inseguridad —dudó Akos.

—¿Y vos qué opinás? —preguntó Domecq.

—Que la mayoría de la gente está harta de la inseguridad y no ve con malos ojos la justicia por mano propia —respondió.

—Pero la justicia por mano propia no es justicia, es venganza. El tema de fondo es respetar o no la ley —argumentó Domecq.

—¿Le parece que el Estado está haciendo cumplir la ley? —retrucó el joven salteño.

—Si no lo estuviera haciendo, deberíamos presionar a los tres poderes del Estado para que se pongan las pilas.

—¿Y mientras tanto...? —preguntó Akos.

—Mientras tanto, petitionamos, protestamos, marchamos... —propuso Domecq.

—¡Y mientras tanto los criminales siguen matando gente o dejándola mutilada como a mí! —interrumpió Akos, con una firmeza inusual en él.

—Perdón... —balbuceó Domecq.

—Si lo hubieran linchado antes, este hijo de puta no me hubiera baleado la rodilla —explotó el joven subiendo su tono de voz—. ¡Nadie piensa en las víctimas!

Dolorido por lo que estaba sucediendo, Domecq no encontraba las palabras adecuadas. Se sentía un viejo pelotudo por discutir un tema tan delicado con una persona que apenas conocía. Era cierto que el muchacho había sido el primero en mencionar la justicia por mano propia, pero él había respondido en forma demasiado tajante —y quizás soberbia—, impropia de una persona de su edad y experiencia. Había metido la pata y no sabía cómo arreglarlo. Por su parte, en silencio, mirando al piso y transpirando horrores, Akos canalizaba su angustia secándose compulsivamente las manos con su pañuelo. De pronto, se puso de pie y —victimizándose, con el sordo golpeteo de su bastón— se marchó.

Pasado el desconcierto inicial, Domecq comenzó a preguntarse si con esa reacción exagerada Akos no había intentado manipularlo. En su larga experiencia ajedrecística, se había topado con personajes que tenían gran facilidad para simular estados emotivos. Fingidores natos, que recurrían a tretas psicológicas para obtener ventajas frente a sus adversarios. Tal vez, al victimizarse, el joven salteño estaba intentando ablandar a su aguerrido rival, para que la próxima vez jugara “a media máquina”.

Cuando ya estaba por aceptar este razonamiento, un sentimiento de culpa lo invadió. “¿Cómo puedo imaginar semejante manipulación por parte de este pobre pibe con una rodilla hecha polvo por un balazo? ¿Acaso acabo de sumarme a la triste moda de confundir víctimas con victimarios?”

Con Domecq perturbado, trastornado y sumergido en el desasosiego, Akos había logrado su secreto objetivo.

Capítulo XIII

La comisaria

Aquella noche, Domecq había dormido mal y aún sentía el desasosiego provocado por un par de sueños curiosos que —sin llegar a ser pesadillas— lo habían dejado perplejo e inquieto. Uno se desarrollaba en una penumbra gris y silenciosa, donde Akos lo atacaba a bastonazos y él intentaba defenderse usando un frágil tablero de ajedrez como escudo. En el otro, una serie de imágenes discontinuas le mostraban a Anahí Aberanda, quien lo recibía en un irreconocible despacho y comenzaba a desvestirse al compás de una inquietante danza erótica. Pero, cuando intentaba acercarse, el piso cedía y él caía en un foso repleto de serpientes.

Ya en la vigilia, sin encontrarle sentido a sus sueños, la vida real lo esperaba con otra casualidad. En su celular había una llamada perdida de Anahí, en la que pedía que la llamara. Sin hacerse ilusiones lascivas, supuso —y acertó— que se trataba de una llamada de índole profesional.

—Hola, Anahí, ¿me llamaste? —comenzó él, con una voz apenas melosa.

—Sí. El otro día cortaste tan pronto que me dejaste con una pregunta a medio hacer: ¿cómo averiguaste que la bala que mató a Yan Hui Ping era calibre 7.62?

—Lo leí en un cómic —respondió Domecq.

—¿Cuál cómic? —se sorprendió ella.

—Uno que también dice que, cuando recibió el balazo, el pistolero chino estaba mirando hacia la derecha.

—¡Pero la bala le dio en la frente! —exclamó ella, haciendo un gesto con su mano libre.

—De acuerdo, pero si había girado la cabeza hacia su derecha y la bala vino desde ese lado, bien pudo darle en la frente —explicó Domecq.

—¿El francotirador disparó desde el costado derecho? —preguntó Aberanda, haciendo un gesto de real interés.

En vez de responder, Domecq le hizo una inquietante pregunta:

—¿Y si en vez de un francotirador se utilizó un dron?

—¿Un dron? ¿Acaso ese cómic es de ciencia ficción? —dijo con voz burlona, como sin darle mucha importancia.

—Toda ficción puede tener algo de verdad —argumentó Domecq y, a continuación, preguntó—: ¿No detectaron nada raro en las cámaras de seguridad de la zona?

—Las pocas que funcionaban fueron revisadas en su momento, pero voy a chequearlas de nuevo —respondió la comisaria y, cambiando el tono, reconoció que le gustaría ver ese cómic.

—Ok. Ya te mando copia del archivo —accedió él, con una imperceptible sonrisa ganadora.

Mientras esperaba que le llegara el cómic enviado por Domecq, Aberanda ingresó en su PC y buscó el caso Yan Hui Ping. En cuanto lo encontró, revisó las pocas imágenes aportadas por las cámaras de seguridad. Para su sorpresa, un video de Yan Hui Ping frente a los Tribunales de Morón confirmaba que la víctima había girado la cabeza hacia la derecha, justo en el instante previo a recibir el balazo en su frente.

La comisaria estaba aún confundida por lo que acababa de ver, cuando llegó el *e-mail* de Domec. Abrió el archivo y comenzó a revisar minuciosamente el ejemplar de *Dr. X, el Justiciero*.

La revista estaba impresa en Salta, la guionista era Klara Tákács y las ilustraciones correspondían a Ely Berger, a quien *Castelar Digital* le había realizado una extensa entrevista.

“Si bien la guionista de *Dr. X* pudo enterarse del asesinato de Yan Hui Ping a través de los medios de comunicación, también incluyó datos ciertos, pero no divulgados, como el calibre de la bala y el casi imperceptible giro de cabeza de la víctima en el instante previo a su muerte. ¿Era una simple coincidencia entre ficción o realidad? ¿O había algo más? En este último caso —de ser verdad— sería algo de enorme importancia. Porque esos datos tan precisos solo los podría conocer el asesino... o alguien que los descubrió, pero decidió mantenerlos en

secreto. De ser así, al ocultar evidencias, se habría convertido en cómplice por encubrimiento.”

Aturdida por una vorágine de preguntas sin respuestas que revoloteaban en su cabeza, Aberanda llamó a su asistente, le contó las novedades y le pidió que buscara la forma de contactarse con Klara Tákács y Ely Berger.

Gracias a la eficiente gestión de Rossini, esa misma tarde, Ely Berger se presentó en el despacho de la comisaria Anahí Aberanda. Fue un encuentro breve ya que la ilustradora declaró que se había limitado a transformar en imágenes el minucioso relato de la guionista.

El sabor a poco que le había dejado esta reunión desapareció cuando Aberanda recibió una buena noticia: Klara Tákács estaba en Buenos Aires y había accedido a hablar con ella.

La guionista salteña resultó ser una chica morena, de cabello renegrado y ojos color azabache. Los anteojos de cristales redondos y armazón de metal muy liviano le daban un aspecto de intelectual que contrastaba con el rojo sensual de sus labios.

Para facilitar el diálogo, la comisaria dejó bien en claro que sus preguntas no tenían implicancias legales, ya que se trataba de un caso cerrado. No obstante, por responsabilidad profesional, no podía dejar de analizar los indicios que acababan de llegar a sus manos.

Según Klara, al personaje del Dr. X lo había creado años atrás y era un antihéroe que buscaba venganza para los miembros de su familia, víctimas de las balas de un motochorro. Con dichos relatos policiales, había participado sin éxito en varios concursos literarios. Pero pocos meses atrás, su hermano Akos la había contactado con una ilustradora y juntas decidieron comenzar a publicarlos en formato de historieta. En cuanto al supuesto atentado frente a los Tribunales de Salta, Klara reconoció que era una escena ficticia, pero basada en crónicas policiales publicadas en Internet y referidas a un suceso similar acaecido en Morón. La incorporación de hechos reales a un texto de ficción era una conocida técnica literaria utilizada para aportarle verosimilitud. Con respecto al recurso del

dron artillado con calibre 7.62, la joven sostuvo que ya lo había utilizado en relatos anteriores porque ese era el modus operandi del Dr. X, un pobre alfeñique incapaz de hacer daño con sus propias manos, pero con una capacidad intelectual capaz de desarrollar y manipular drones.

En relación con el hecho de que la víctima girara la cabeza antes de recibir el tiro fatal, la guionista dijo que ese era un requerimiento de la escena. Había imaginado que el dron sobrevolaba la calle, a contramano, encajonado entre las líneas de edificios, y si —antes de entrar a Tribunales— la víctima no giraba la cabeza, el disparo no le habría dado en la frente sino en la sien y la escena perdería dramatismo.

Cuando Klara Tákács se retiró, Aberanda miró a Rossini —quien había estado presente en la reunión— y le preguntó:

—¿Usted qué piensa?

—Creer o reventar —dijo Rossini—. La coincidencia entre ficción y realidad fue pura casualidad. La morocha me pareció sincera y nos dejó sin argumentos para abrir el caso.

—Así parece. Coincido en que no tenemos elementos suficientes como para presentarnos de nuevo ante el fiscal, pero sigo intuyendo que en la muerte de Yan Hui Ping hay cosas que no cierran: el arma homicida no apareció y el supuesto francotirador era un pibe de Fuerte Apache sin experiencia en armas largas y con una mano inutilizada —dijo ella.

—Sin embargo, los chinos no dudaron en culpar al pibe y “se lo llevaron puesto” en Parque Leloir —simplificó el asistente.

—Mire, Rossini, por su bien, le voy a sugerir dos cosas. La primera es que antes de opinar utilice su natural capacidad de percepción y comprensión. La segunda es que cuide el lenguaje. Un día se le va a escapar esa jerga ante alguno de mis superiores y voy a tener que sancionarlo —amenazó la comisaria Anahí Aberanda, molesta y ligeramente irritada.

—¡Perdón! Quise decir que los chinos no dudaron en matar al muchacho de Fuerte Apache.

—Entonces, ¿el criterio de los chinos es más confiable que el mío? —se quejó Anahí.

—¡No, comisaria! ¡Para nada! Es que hoy me estoy expresando como el c...

Capítulo XIV

Espiral de violencia

El ataque al chalet en Parque Leloir había tenido un alto costo para la tríada Fu Chin. Tres de sus hombres murieron en el tiroteo y otros dos fueron detenidos por el Grupo Halcón. Pero eso no era todo. La violencia había engendrado más violencia y aquel ajuste de cuentas no sería el último. La venganza ya se cocinaba a fuego lento.

El doctor Manuel Guzmán estaba muy lejos de ser un simple abogado. En realidad, liberar “presos de lujo” solo había sido el medio para llegar a convertirse en un poderoso empresario de la violencia, que contrataba los servicios de la banda de Fuerte Apache. Sus vínculos con gobernantes, jueces y fuerzas de seguridad le garantizaban impunidad ante la Ley. Sin embargo, nadie lo protegía de las reacciones que generaba su propio accionar. Por lo tanto, como sus enemigos chinos también gozaban de la protección oficial, ninguna autoridad tomaría partido en esta guerra entre bandas. El doctor Guzmán y Fu Chin deberían resolver su disputa sin ayuda, como en una mortal riña de gallos.

La mafia china solía saldar sus cuentas a sangre y fuego, en enfrentamientos donde las opciones eran matar o morir. En cambio, el sórdido Guzmán era frío y calculador. Prefería los silenciosos métodos de los servicios de inteligencia, para los que solía trabajar “arreglando problemas”. Además, ya no se trataba de una simple disputa de poder ya que los chinos habían destruido su propia casa en Parque Leloir. Pero lo más grave e imperdonable era que habían matado a alguien especial. El joven acribillado en su chalet era su efebo preferido. El soldadito del jefe. La luz de sus ojos. Su secreta pasión.

En consecuencia, la venganza personal y pasional exigía una respuesta tremenda y definitiva: matar a Zhao Fu Chin, líder de la tríada. Ya elegida la víctima, ahora había que seleccionar al victimario.

El doctor Guzmán tenía acceso a la élite de sicarios confiables y eficaces, tanto locales como internacionales. Asesinos profesionales entrenados para matar. Criminales que garantizaban trabajos limpios y sin huellas. Sin embargo,

todos tenían un talón de Aquiles: si él los conocía, también estarían fichados por los servicios de inteligencia. Y, a pesar de su buena relación con los espías estatales, en esta oportunidad el abogado prefería actuar a espaldas de sus “amigos”. En este operativo, el anonimato era requisito para el éxito. Necesitaba un asesino desconocido. Un hombre gris, con una vida tan monótona como desapercibida. Preferentemente, con poca familia y pocos amigos, todos convencidos de que se dedicaba a un trabajo común y corriente. Alguien difícil de identificar.

Guzmán sabía perfectamente que sus hombres de Fuerte Apache no habían matado a Yan Hui Ping. La mafia china se había equivocado al culparlos y, luego del tiroteo en Leloir, la Policía prefirió no seguir investigando. En realidad, a Yan lo había liquidado un misterioso justiciero, alguien que había logrado mantenerse en las sombras y que merecía ser contratado para llevar a cabo su venganza. Pero primero tenía que identificarlo, luego localizarlo y, finalmente, convencerlo u obligarlo.

Con paciencia y perseverancia, luego de varias semanas de intensa búsqueda, utilizando sus aceitados contactos y abundantes recursos, Guzmán — en forma secreta y extraoficial— logró identificar al asesino de los Tribunales de Morón. Su apellido era Tákács y vivía en la calle Arias, en Castelar.

La magnitud del esfuerzo necesario para descubrirlo hablaba muy bien de la capacidad de Tákács para mimetizarse en la sociedad, sin despertar sospechas. Un asesino invisible era una *rara avis* en el mundo del hampa y Guzmán estaba dispuesto a contratarlo.

La imponente camioneta Nissan Frontiel, negra y con vidrios polarizados, avanzó lentamente por la calle Arias y, al llegar al 3200, estacionó sobre la vereda. Parsimoniosamente, descendió un hombre de tez morena y pelo renegrado. Tenía cabeza redonda, cuello corto y espaldas anchas. Era retacón y vestía una camisa roja, saco *sport* beige con grandes cuadros marrones, *jeans* azules y llamativas botas texanas. Caminó hasta el local de computadoras, abrió la puerta, entró y cerró con el pasador interno. Cuando el dueño del local —un apacible joven íntegramente vestido de negro, con cabeza rapada excepto una incipiente

cresta— intentó manotear el teléfono, ya una pistola le presionaba la panza para hacerlo desistir.

—¿Tákács? —preguntó Guzmán.

—Sí... —balbuceó Akos con el corazón desbocado.

—Entonces sos el Justiciero que mató al sicario chino —lo acusó.

—¡No!... ¡Está equivocado, señor! —exclamó el joven.

—¡Callate y bajá la persiana! —ordenó Guzmán—. Tenemos que hablar a calzón quitado y, si te hacés el distraído, no vas a salir vivo. ¿Entendiste?

—Sí, señor... —respondió Akos con voz apenas audible, mientras con manos temblorosas bajaba la persiana.

Ya sin riesgo de ser vistos desde la calle, el abogado —a punta de pistola— hizo retroceder al muchacho hasta una desordenada habitación trasera que contrastaba con el prolijo local de atención al público. Había un montón de cajas mal apiladas alrededor de un improvisado taller de reparaciones, en lo que debía haber sido una cocina y comedor diario.

Una vez que Akos se sentó, Guzmán empujó la silla hasta apretarle el cuerpo contra la mesa.

—Ahora poné las manos sobre la tabla —ordenó, haciéndole seña con el arma, mientras abría la heladera en busca de algo para tomar.

Una vez que destapó una cerveza con los dientes y bebió un largo sorbo del pico, el abogado comenzó la extorsión.

—No me gusta que me mientan —dijo con tono amenazante.

—No miento. Le juro por la memoria de mis padres que yo no maté a nadie —dijo Akos juntando sus manos como para rezar.

—Decime: ¿el que disparó el balazo que te dejó rengo para el resto de tu puta vida no fue ese Yan Hui Ping? —preguntó Guzmán mientras que con la punta del arma señalaba la pierna lisiada.

—Sí... —reconoció Akos—. Pero yo no lo maté.

—¿Me estás tomando por boludo? —gritó Guzmán apuntando a la cabeza del joven salteño.

—¡Es verdad! Se lo juro por la Virgen del Milagro. ¡Nunca maté a nadie! A la hora en que mataron a ese chino yo estaba en el dentista. Puedo probárselo. Por favor, tiene que creerme —suplicó Akos.

Por un instante, Guzmán dudó y cambió su pregunta.

—¿Acá vive tu viejo o algún otro de apellido Tákács?

—No. Solo yo... y mi hermana. Nadie más. Nuestros padres fallecieron y no tenemos hermanos, primos ni tíos... Le juro que no conozco a ningún otro hombre con nuestro apellido.

—Entonces, sos vos. Mi fuente me pasó el dato de que el Justiciero de Morón se apellida Tákács y vive en Arias al 3200.

—Coincide con mis datos, pero yo no maté a nadie —insistió sollozando.

—¡Mis fuentes nunca se equivocan! —gritó Guzmán al tiempo le daba un culatazo en el cuello.

Mientras el muchacho se retorció de dolor, Guzmán volvió a amenazarlo:

—¡Ya me cansé de perder tiempo! Voy a llamar a mis hombres para que te torturen hasta que cantes. Son infalibles, tienen un amplio repertorio, desde arrancar uñas hasta el famoso submarino, pasando por la picana y otros métodos más novedosos. Aunque tal vez prefieran empezar violando a tu hermana.

En un intento para evitar lo que parecía inevitable, Akos —con un hilo de voz— preguntó:

—¡Espere!... ¿Usted trabaja para los chinos?

—No, pendejo. Soy enemigo de la tríada —respondió Guzmán.

—¿Y para qué busca al Justiciero? —insistió el joven.

—Para contratarlo —fue la sorprendente respuesta.

—¿Entonces....? —preguntó Akos al cabo de un momento.

—¿Ahora vas a reconocer que mataste al sicario chino? —dijo Guzmán amenazándolo de nuevo con su arma.

—¡No! Yo no fui... Pero podría contactarlo... Creo... —balbuceó derrotado.

—Necesito hablar cara a cara con él, pero si me mentís, sos boleta.

—Voy a pedirle que venga... ¿Le parece bien hoy... acá... a las 19? —propuso Akos.

—De acuerdo. Pero si intentás algo raro, mi gente te va a hacer moco y tu hermana va a terminar en un prostíbulo de Fuerte Apache.

A las 19 en punto, luego de que sus hombres le informaran que solo una mujer había ingresado al local de los Tákács, Guzmán golpeó la persiana del negocio, ya cerrado.

Akos abrió la pequeña puerta metálica y lo invitó a pasar. Sentada en una de las sillas del taller estaba Klara Tákács, a cara lavada y con su negra cabellera recogida.

—¿Y el Justiciero? —preguntó Guzmán.

—Nosotros dos podemos negociar en nombre del Justiciero y garantizamos con nuestras vidas lo que acordemos —dijo Klara con la parsimoniosa e inconfundible tonada del altiplano.

El doctor Guzmán, a quien ya nada podría sorprenderlo, respondió con naturalidad:

—Quiero que elimine a Zhao Fu Chin, el jefe de la tríada.

—¡Es una locura! —exclamó Akos.

—El Justiciero mató una sola vez, para vengar el balazo que Yan le dio a mi hermano —intervino Klara—. Pero no es un asesino. ¿Por qué habría de matar a otro chino?

—¡Porque se me da la gana! Y si el Justiciero no acepta y cumple, ustedes dos son boleta —fue la drástica respuesta del empresario de la violencia.

—Pero el Justiciero no es un sicario y no sabría cómo acercarse al líder de la mafia china —objetó Akos.

—¿La puntería fue casualidad o es realmente un tirador de élite? —preguntó el abogado mientras miraba a los hermanos alternativamente.

—Es un experto en tiro desde larga distancia —respondió Klara que se mostraba más dispuesta a hablar.

—Eso es lo único que necesito. Con mi gente prepararemos la escena para que el Justiciero solo tenga que apuntar, apretar el gatillo y acertar —dijo Guzmán, y luego preguntó—: ¿Hasta qué distancia son efectivos sus disparos?

—En Morón disparó desde unos 200 metros, pero también habría acertado desde 300 —respondió Klara.

—¡Perfecto! Quedamos en contacto —dijo el doctor Guzmán y, sin esperar respuesta, regresó a la camioneta negra donde lo esperaban sus custodios.

Capítulo XV

Sin salida

Para Klara y Akos Tákács, llegar a Buenos Aires, radicarse en Castelar, ejercer su profesión y disfrutar la increíble movida cultural de la zona había sido como tocar el cielo con las manos. De yapa, ambos podían practicar sus *hobbies* en el Club Philidor y en tiro al segno.

Pero el diablo metió la cola. Akos recibió el balazo y quedó lisiado de por vida. A partir de entonces, la angustia y frustración inicial se transformó en una incontrolable obsesión de venganza y los hermanos Tákács se juraron encontrar y matar al agresor.

Las primeras e interminables semanas pasaron sin grandes novedades, hasta que en un noticiero mostraron la detención de un pistolero chino. Se trataba de Yan Hui Ping, acusado de varios crímenes, la mayoría de ellos cometidos en la zona Oeste del Gran Buenos Aires. A partir de ese momento, los Tákács intentaron confirmar si Yan era el autor del disparo contra Akos. Cuando estuvieron seguros, comenzaron a planear su asesinato.

Una mañana lluviosa, frente a los Tribunales de Morón, uno de los hermanos Tákács, escondido en el cuarto piso de un abandonado edificio en construcción, esperó a su víctima. Cuando el patrullero se detuvo y apareció Yan Hui Ping, Tákács apretó el gatillo y —con precisión olímpica— le voló la cabeza.

A partir de ese trágico momento, los hermanos justicieros intentaron volver a la normalidad. No estaban orgullosos de lo que habían hecho, pero tampoco los agobiaba la culpa. Su principal preocupación era ser descubiertos. No tanto por la Policía, porque podían apelar a una hipotética justicia por mano propia. Lo que realmente los atemorizaba era que la mafia Fu Chin descubriera que ellos habían matado a uno de los miembros de su tríada.

Pero ahora todo se había ido al carajo. Guzmán los había descubierto y los estaba extorsionando. No querían volver a matar, pero sus vidas dependían de cometer un nuevo crimen. Como no eran sicarios, no creían poder cumplir el encargo. Por venganza, habían matado al hombre que les arruinó la vida, pero a

ese Zhao Fu Chin no lo conocían. Guzmán los había descubierto y los tenía entre la punta de la espada y la pared. No tenían opción, si no cumplían con el encargo, serían ejecutados por el maldito abogado y sus secuaces de Fuerte Apache.

—No creo que podamos hacerlo —dijo finalmente Akos, abrumado de bronca y frustración.

—¿Por qué no? —preguntó Klara.

—¡¿Qué...?! —exclamó Akos, sorprendido.

—Zhao Fu Chin es el jefe del chino que te baleó y seguramente fue el que ordenó el ataque —respondió Klara—. Este chino es tanto o más responsable que el otro que ya matamos. Por lo tanto, eliminarlo sería como completar nuestra venganza.

Después de un largo silencio, Akos intentó refutar a su hermana:

—Este es un trabajo para un asesino profesional. Alguien capaz de burlar a los custodios chinos y llegar hasta su jefe.

—Guzmán dijo que de eso se ocupaba él —insistió Klara—. Solo nos pidió apuntar, disparar y acertar.

—Pero...

—No hay peros, hermanito. Nuestra opción es matar o morir.

—Si lo hacemos, vamos a necesitar pasaportes falsos y... —dijo de repente Akos.

—¿Para qué? —lo interrumpió Klara—. Creo que viste muchas películas de James Bond. Por la Triple Frontera, los chorros entran y salen como Perico por su casa. Además, lo mejor es continuar con nuestra vida normal. No solo desde ahora hasta el día del atentado, sino también desde entonces hasta el fin de nuestros días. De lo contrario, será más fácil que nos descubran.

Pasaron unos cuantos días hasta que el doctor Guzmán reapareció sorpresivamente en el comercio de los hermanos Tákács.

—Ya hice mi parte, aunque tengo que reconocer que no fue nada fácil — comenzó el abogado—. Parece que no somos los únicos que tenemos en la mira a este chino de mierda, y el tipo se esconde como el mejor.

Ante el silencio de los dueños de casa, Guzmán continuó:

—Para que ustedes aprieten el gatillo, fue necesario diseñar un plan aparentemente perfecto. Tuve que laburar mucho, ordenar seguimientos y escuchas, estudiar sus costumbres, patrones de conducta, relaciones habituales, estacionamientos que usa y recorridos que repite. También coimear a los que nos podían dar datos precisos. Ahora ustedes deben pensar en su propia apariencia, seleccionar ropa y accesorios lo suficientemente buenos como para que nadie pueda reconocerlos. Si ustedes caen, serán la punta del hilo que los llevaría a mí y eso no puede pasar. ¿De acuerdo? —preguntó Guzmán en tono amenazante y los hermanos asintieron con un movimiento de cabeza—. Ya tengo elegido el día y el lugar —dijo el abogado, con gesto autoritario—. Será durante el Año Nuevo Chino, en la cancha de Los Matreros.

Las celebraciones del Año Nuevo Chino, también conocido como Festival de Primavera, comienzan el primer día del mes lunar y terminan con la Fiesta de las Linternas, el decimoquinto día. Es un período lleno de festejos, donde una muchedumbre disfruta de comidas típicas y fuegos artificiales.

Este año, en el marco del reciente convenio entre los gobiernos de ambos países, la comunidad china de nuestro país decidió realizar ese festejo en la zona Oeste del Conurbano Bonaerense. Entre los invitados especiales se destacaban el Intendente de Morón y el agregado cultural de la Embajada de China, el señor Zhao Fu Chin.

El predio elegido para este evento cultural único en su tipo fue la cancha de rugby de Los Matreros que lucía irreconocible, atiborrada con guirnaldas, lámparas de papel y otras decoraciones típicas de China. A media mañana, comenzaron las actividades temáticas, con la presentación del reconocido ballet de la Provincia de Zhejiang, que realizó diferentes interpretaciones artísticas tradicionales de esa región. Luego hizo su presentación el famoso Dragón, que ofreció su danza tradicional para augurar la buena fortuna para este año. En la pista central, el

espectáculo continuó con la Danza de los Leones, mientras que en distintos lugares del amplio campo de deportes había exhibiciones de artes marciales, muestras de antiguos instrumentos musicales, como también un desfile de vestidos tradicionales de las diferentes etnias. Finalmente, en el palco de honor, el intendente y el agregado cultural tuvieron oportunidad de degustar una amplia variedad de platos chinos.

Fue en ese preciso instante, sin que ningún sonido alertara al resto de la concurrencia, cuando Zhao Fu Chin recibió un balazo en la frente y murió en el acto. Mientras el médico de la delegación intentaba —en vano— reanimar al funcionario chino, los custodios del intendente lo retiraron rápidamente del lugar. Por su parte, el grueso del público presente —inmerso en los festejos— ni siquiera se enteró del magnicidio.

Alertada por el 911, con la celeridad que el caso exigía, la agente Raula Díaz condujo el patrullero que llevaba a la comisaria y a su asistente hasta la cancha de Los Matreros. En cuanto llegaron a la escena del crimen, mientras Díaz y Rossini acordonaban el palco y alejaban con firmeza a los curiosos, Aberanda se presentó ante los funcionarios chinos y pidió ver el cuerpo de la víctima.

Pese a su experiencia en situaciones similares, al descorrer el plástico que lo cubría, Aberanda se estremeció por el *déjà vu*. Otro chino con un balazo en la cabeza, presumiblemente disparado desde lejos. De inmediato, pidió hablar con los testigos. Junto al agregado cultural asesinado, había estado sentado el intendente de Morón. Si bien el alto funcionario se había retirado, uno de sus custodios había permanecido en el lugar, en espera de la llegada de la autoridad policial. Al custodio, típico milico retirado, le sobraban músculos y le faltaba empatía. Dado su hablar monosilábico, y a pesar de que la comisaria lo atosigó con una larga serie de preguntas, sus respuestas podrían resumirse en lo siguiente: el señor Zhao Fu Chin cayó fulminado, sin que nadie viera ni oyera nada.

Mientras los incansables Rossini y Díaz consultaban a otros testigos, la comisaria Aberanda temió lo peor: las similitudes con el atentado contra Yan Hui Ping —frente a los Tribunales de Morón— parecían indicar una nueva escalada de

violencia en la guerra entre la tríada china y la banda de Fuerte Apache.

Capítulo XVI

Otro atentado

“Una bala perdida”, argumentaba sin convicción el vocero municipal de Morón, ante un enjambre de periodistas incrédulos. Sin embargo, para las autoridades chinas, se trataba de un atentado político con implicancias internacionales.

Mientras esta discusión quedaba circunscripta a los burocráticos canales diplomáticos, la investigación policial se empantanaba por el enfrentamiento entre las policías Federal y Bonaerense, que por celos o intereses espurios, se obstaculizaban mutuamente, entorpeciendo la búsqueda de la verdad.

Pese a que el atentado había acaecido en su jurisdicción, la comisaria Aberanda fue marginada de la investigación. La connotación internacional del caso había sido el argumento que justificó la exclusiva intervención de funcionarios incondicionales al Gobierno nacional. Aunque la decisión fuera jurídicamente correcta, Aberanda consideraba que las probabilidades de que una bala perdida causara un magnicidio eran ínfimas, por lo tanto, era una pena no poder aportar sus significativos avances en otras causas vinculadas a esta.

Por su parte, a espaldas de la pesquisa oficial, la mafia china también buscaba al responsable de la muerte de su líder Zhao Fu Chin, quien —bajo la fachada de agregado cultural— había concurrido a la celebración del Año Nuevo Chino. Para no mostrar un vacío de poder, los miembros de Fu Chin, necesitaban concretar un rápido escarmiento, y el doctor Guzmán fue el chivo expiatorio. Tiempo atrás, sus sicarios de Fuerte Apache habían eliminado a miembros de la tríada y —en venganza— pistoleros chinos habían atacado la propia casa de Guzmán y matado a Paco, su joven amante. Por lo tanto, aunque no tenían pruebas, era lógico suponer que el atentado en el club Los Matreros era una *vendetta* del peligroso abogado.

Pocas semanas después, Guzmán regresó a Parque Leloir para controlar las obras de reparación de su chalet, severamente dañado por el tiroteo en el que murió su querido efebo. Una hora después, decidió abandonar la obra para ir a

almorzar al restaurant Gardenias. Subió a su camioneta negra con vidrios polarizados y encendió el contacto. En ese mismo instante, una tremenda explosión sacudió la tranquilidad del barrio, espantando pájaros, haciendo sonar alarmas y asustando al vecindario. Dado el poder de los explosivos utilizados, la onda expansiva que desintegró al auto y a su único ocupante también afectó a numerosas casas vecinas y arrasó sus jardines.

Alertados por una llamada al 911, dos patrulleros de la Bonaerense se hicieron presentes en el lugar. En uno de ellos llegó la comisaria Aberanda, acompañada por su asistente Rossini y otros dos peritos policiales. Un par de meses atrás, en ese mismo lugar, ella había sido testigo de un sangriento tiroteo entre bandas rivales que terminó con varios pistoleros muertos. Ahora tenía que investigar aquella terrible explosión. Por suerte, dado que el miedo había mantenido alejados a los posibles curiosos, la escena del crimen no estaba contaminada.

El atentado había sido inusualmente salvaje y las imágenes eran espeluznantes. La camioneta de Guzmán se había desintegrado y sus partes estaban esparcidas en decenas de metros a la redonda, regadas sobre el césped o incrustadas en árboles y casas.

—¡Seguro fueron los chinos! —aventuró Rossini.

—¿Cuál es el fundamento de esa sesuda conclusión? —ironizó la comisario.

—Guzmán tenía cuentas pendientes con la mafia china y...

—¡Pare, Rossini! —lo interrumpió Aberanda—. Guzmán tenía cuentas pendientes con medio mundo. Mejor, cierre el pico y póngase a trabajar. Quiero que usted y los peritos busquen restos humanos para cotejar con el ADN del abogado. Además, por el tamaño del cráter, parecería que usaron un explosivo plástico, tipo C4. Así que busquen evidencias que lo confirmen o no.

Aquella noche, después de la estresante jornada laboral, Anahí pudo darse el gusto de acostar a sus hijos y desearles dulces sueños. Luego, mientras preparaba la ducha, conversó con su madre sobre temas domésticos y,

fundamentalmente, sobre el exquisito aroma que llegaba desde la cocina, trayendo recuerdos de su infancia en Corrientes.

—Conseguí unas merluzas bien frescas y las preparé marinadas en limón en un chupín —respondió su madre, sin alardear pero contenta por el reconocimiento.

Luego de cenar, cuando su madre ya se había acostado, Anahí encendió la computadora y encontró el siguiente *e-mail* de Domecq:

De: Jorge Osvaldo Domecq
Para: Anahí Aberanda

Estimada Anahí:

En una nota publicada por *Castelar Digital*, yo puse en duda que Paco —el joven de Fuerte Apache, con una mano inutilizada— pudiera haber sido el francotirador que mató a Yan Hui Ping. Sin embargo, sobre la base de la venganza ejecutada por la mafia china contra Paco, el fiscal quiere cerrar el caso. Su insólito argumento sería: “Si la tríada mató a Paco, es porque era culpable de la muerte de Yan Hui Ping”.

Anahí, quiero anticiparle que, en una próxima nota, seguiré insistiendo con lo siguiente:

→Toti Gaffi mató a un comerciante protegido por Fu Chin.

→En represalia, mafiosos chinos balearon a Gaffi en Haedo.

→Luego, Yan Hui Ping remató a Gaffi en el hospital de Merlo.

→Posteriormente, Yan Hui Ping y Zhao Fu Chin son asesinados por un francotirador (Ping en Tribunales y Chingen en Los Matreros).

→Más tarde, la tríada Fu Chin —asumiendo que Paco era el francotirador— lo mata en el tiroteo de Parque Leloir.

→Finalmente, matan al doctor Guzmán mediante una bomba colocada en su camioneta, presumiblemente por la tríada.

De ser así, todavía habría un par de cabos sueltos.

El más reciente: ¿quién puso la bomba que mató a Guzmán? Pero tan grave como eso es que aún no se habría identificado al verdadero francotirador que desencadenó este espiral de violencia.

En el supuesto caso de que Yan Hui Ping y Zhao Fu Chin hayan sido asesinados por un francotirador de élite contratado por Guzmán, este se llevó el secreto a la tumba.

Bueno, Anahí, hasta aquí mis humildes conclusiones.

De ser posible (obviamente, *off the record*), me gustaría conocer su opinión al respecto.

Cariños,
Jorge

Pasaron los días y como la comisaria Aberanda no había contestado su *e-mail*, Domecq se contactó con *Castelar Digital* para acordar la forma de dar a conocer su hipótesis sobre el Justiciero. Fue entonces cuando Gabriel Colonna propuso recurrir al formato de una entrevista —con motivo de los primeros diez mil lectores de *Los crímenes de Castelar*— y luego derivar la charla a los últimos asesinatos que conmovieron el Oeste del Conurbano.

Castelar Digital

Entrevista al escritor Jorge Osvaldo Domecq

Castelar Digital: ¿Cómo definiría su escritura?

Jorge Osvaldo Domecq: Soy un lector que escribe. Cuando me jubilé y dejé el periodismo, pude dedicar más tiempo a la lectura. Pasaba los días leyendo, especialmente textos de Rodolfo Walsh, Osvaldo Soriano y Tomás Eloy Martínez, esos grandes escritores que reconocían al periodismo escrito como un género literario. Cierta noche, en esa zona ambigua entre el sueño y la vigilia, sentí que había llegado el momento de intentar el salto a la literatura desde el trampolín del periodismo. En aquel momento, yo estaba investigando a Satán —el asesino serial de Castelar— y disponía de los elementos para encarar una ficción periodística o una novela testimonio. Es decir, entretener realidad y ficción. Relatar experiencias que excedían los límites de mi propia vida, pero cuyas raíces estaban en la realidad.

C. D.: ¿Qué siente al escribir?

J. O. D.: Escribir me genera sorpresa, ansiedad y placer. Sorpresa por la imprevista irrupción de imágenes mentales con escenas que me piden ser contadas. Ansiedad por encontrar la forma de plasmar adecuadamente esas imágenes en palabras. Finalmente, el placer de poder compartir una historia que solo existió en mi imaginación.

C. D.: ¿Por qué eligió el género policial?

J. O. D.: De joven tuve la suerte de toparme con *Los crímenes de la calle Morgue* y otros textos de Edgar Allan Poe. Desde entonces, quedé atrapado por este género, que es como un juego de inteligencia, con un enigma o misterio que debe ser resuelto. Después de Poe, caí en las garras de Conan Doyle y su intelectual Sherlock Holmes. Más tarde, descubrí al rudo Philip Marlowe creado por Raymond Chandler. También me enriquecieron escritores más cercanos, como Felisberto Hernández, Quiroga, Onetti, Borges, Bioy Casares, Cortázar y Piglia, entre otros. Como escritor, disfruto proponiendo pistas falsas, que aporten el suspenso y la tensión propios del género y mantengan el interés del lector.

C. D.: ¿Es cierto que atentaron contra su vida?

J. O. D.: Sí. Más de una vez.

C. D.: ¿Cómo fue?

J. O. D.: Primero quemaron mi auto, luego atentaron contra la editorial donde presentaba mi novela, más tarde incendiaron mi casa y, finalmente, balearon otro domicilio en el que yo me había refugiado.

C. D.: ¿Esos atentados estuvieron relacionados con su novela *Los crímenes de Castelar*?

J. O. D.: Así es. Aquellos crímenes habían sido cometidos por Joaquín Olites y Ema Sanger. Después que el primero murió y la segunda fue encarcelada, el caso se cerró. Sin embargo, el autor intelectual —el que había manipulado sus mentes hasta convertirlos en asesinos— seguía libre. Cuando yo lo denuncié en mi libro, Gonzalo Gómez Rioja —ese era el verdadero nombre de “Satán”— intentó matarme, pero el exsargento Bustos, de la Policía Bonaerense, me salvó la vida.

C. D.: Volviendo a la actualidad, ¿le preocupa que sus textos sobre “el Justiciero” puedan generar una reacción contra usted como en el caso de “Satán”?

J. O. D.: No. Creo que el apodo “Justiciero” era la fachada que escondía a un par de sicarios, pero ambos habrían muerto en enfrentamientos con otros pistoleros. Así es que, supuestamente, puedo dormir tranquilo.

Una vez publicada en *Castelar Digital*, esta nota tuvo numerosos lectores. Los primeros en felicitar a Domecq fueron sus amigos Bustos y Caron, ya definitivamente instalados en el bucólico Lago Puelo.

La entrevista también fue leída por los hermanos Klara y AkosTákács, los verdaderos francotiradores, que habían asesinado a Yan Hui Ping por venganza, y a Zhao Fu Chin, por obligación.

Capítulo XVII

Maldito ajedrez

Con la desaparición del siniestro doctor Guzmán, quien los había obligado a matar al agregado cultural de China, los hermanos Tákács esperaban liberarse del horror y la culpa que los agobiaba. Pero al leer las declaraciones de Domecq —en *Castelar Digital*— tomaron conocimiento de que este sabueso vocacional podía llegar a descubrir sus crímenes y alterar irremediablemente el resto de sus vidas.

Además, durante su partida de ajedrez con Akos, Domecq se había interesado por el cómic del Justiciero, en el que Klara había mezclado, imprudentemente, datos falsos (drones) con datos reales (calibre 7.67). Entonces, para saber si el veterano periodista había comenzado a tirar de esa punta de hilo dejada suelta por su hermana, Akos lo invitó a enfrentarse en una nueva partida.

Cuando Akos llegó al Club Philidor, Domecq —que ya estaba sentado frente al tablero— le estrechó la mano y esperó a que se sentara y acomodara sus piezas. Luego, sin desearle buena suerte, el veterano realizó la primera movida con piezas blancas y puso el reloj en marcha.

En respuesta al avance inicial del peón rey blanco, las negras optaron por la defensa siciliana, variante clásica. La partida se desarrolló normalmente hasta que Akos dejó caer su bastón y distrajo a Domecq. Molesto por semejante descortesía, el viejo lo miró fijo y notó que el rostro de su rival se había transformado, con los labios apretados, la frente visiblemente transpirada y una mirada descontrolada, con el desasosiego propio de un fanático o de un adicto. Luego de esa pérdida de tiempo, Domecq miró el reloj con atención, frunció el ceño y retomó la partida. Tras hacer su noveno movimiento, el joven volvió a interrumpir el pensamiento de Domecq:

—¿Terminó de leer el cómic con guión de mi hermana?

—Sí —respondió el viejo y comió una pieza con su alfil.

Akos movió y volvió a preguntar:

—¿Sigue opinando que el que mata en defensa propia es un asesino?

—Ajá —respondió Domecq con evidente mal humor.

Luego de hacer su movida y activar el reloj, el joven insistió en tono desafiante:

—¿Cuál es el castigo que usted le daría al Justiciero?

—Prefiero no hablar mientras juego al ajedrez —dijo Domecq y contraatacó con el peón torre.

Akos lanzó su ataque, acompañado por otra sonora y deliberada caída de su bastón. “Rengo de mierda”, pensó Domecq e hizo una movida dudosa. El joven salteño siguió avanzando. Movi6 un pe6n e hizo girar su silla, cuyo chirrido exasper6 a Domecq. Mascullando bronca y apremiado por el tiempo, el veterano retrocedi6 su caballo en otra dudosa jugada. Akos captur6 un alfil y comenz6 a paladear el triunfo.

Como gato entre la leña, un peoncito blanco hizo retroceder a la poderosa reina negra, en un desesperado ataque de Domecq. Pero el joven, al estilo kamikaze, sacrific6 la torre negra contra las defensas enemigas. El viejo hizo la 6nica movida posible para su rey blanco, pero su rival sigui6 atacando, moviendo las piezas en actitud insolente. Primero avanz6 con la otra torre y despu6s dio jaque con el caballo. Ya era hora de abandonar, pero Domecq sigui6 peleando. Nuevo jaque de Akos, con su dama y el rey blanco debi6 seguir huyendo. Otro jaque con la torre negra y, ante el mate inminente, el veterano se rindi6.

Como en una cancha de f6tbol, el joven se par6, salt6, agit6 el bast6n y cant6 festejando el triunfo, mientras que —puteando bajito— el viejo se retir6 del Club Philidor.

A la mañana siguiente, Domecq despert6 empapado en sudor. Había padecido una desconcertante pesadilla en la que Akos —con su r6stico bast6n— lo golpeaba cada vez que intentaba tocar una pieza de ajedrez. No se consideraba un mal perdedor. Aceptaba las derrotas como una posibilidad existente en cualquier partida. Sin embargo, estaba furioso por el juego sucio. Ese pendejo lo había estado molestando deliberadamente, hasta desconcentrarlo, hacerle perder

tiempo y cometer errores. No quería victimizarse, pero se sentía estafado. No le había ganado en buena ley. Por suerte, su vida no giraba alrededor del ajedrez, así que decidió levantarse y tratar de pensar en otra cosa.

Primero puso unos tangos de Piazzola y luego se dirigió a la cocina para calentar agua. Cuando estuvo a la temperatura adecuada, comenzó a volcar el agua caliente en la calabaza. El fino chorrito fue mojando la parte seca de la yerba, incorporándola poco a poco, para prolongar el sabor parejo de la mateada. Luego de varios amargos, optó por darse una ducha. Finalmente, decidió salir y caminar hasta Tarzán, el bodegón de los bohemios nostálgicos.

Como esa noche se iba a jugar la final entre Boca y River, en las mesas predominaban las charlas de fútbol. Por lo tanto, Domecq prefirió sentarse en una de las banquetas del mostrador y tomarse ahí su tradicional cafecito.

—¿Está escribiendo sobre el atentado en Los Matreros? —preguntó el dueño del local.

—No. Todavía no tengo información suficiente —respondió Domecq.

—Tenemos un dato —dijo el dueño, bajando la voz.

—¿Confiable? —preguntó el periodista arqueando las cejas.

—Victorino, el cocinero, fue testigo.

—Hubo muchos testigos, desde policías a vecinos —dijo Domecq como restándole importancia al chimento.

—Pero él vio el disparo —afirmó el dueño con firmeza.

—¿Cuál disparo?! —exclamó sorprendido.

—Mejor vamos a la cocina. Victorino está solo y se lo va a contar de primera mano —sugirió.

A pesar de tratarse de un bodegón, la limpieza de la cocina sorprendió gratamente al periodista. Los techos ahumados contrastaban con los cuarteados pero aún blancos azulejos. Sartenes —negras por fuera, pero relucientes por dentro— colgaban sobre una mesada repleta de cacerolas y utensilios. Ollas enormes humeaban al calor de las hornallas. Sobre una gruesa y antigua mesada de madera, el cocinero picaba verduras. Se trataba de un veterano con cuarenta años de experiencia culinaria, delgado, de facciones agradables, sonrisa cordial y

ojos acuosos escondidos tras gastados lentes. Tenía gorro, camisa y delantal prolijamente blancos. Como se trataba de una charla entre conocidos, el dueño fue directamente el grano y le pidió que volviera a contar lo que había visto.

Con justificado apuro, porque estaba cocinando, Victorino contó que aquel lunes —su día de franco— subió a la terraza de su casa dispuesto a presenciar el festival chino. Que desde dicha terraza se puede ver la cancha de Matreros y también el contrafrente del edificio de departamentos que está en la esquina de Larralde y Grant. Que vio cómo desde una de las ventanas de los pisos más altos de ese edificio salía un fogonazo. Que inmediatamente se produjo el desbande en Matreros por la muerte del diplomático chino. Que cuando volvió a mirar la ventana, ya estaban bajando la persiana. Que está seguro de que el fogonazo provenía de un fusil. Que la persona que disparó estaba vestida de negro y con una capucha del mismo color. Que llamó al 911 y contó todo esto. Que le tomaron nota de su teléfono, pero nunca lo contactaron. Que la ventana en cuestión era la tercera empezando desde arriba y a la derecha del edificio. Que sin mencionar lo anterior, averiguó con el portero de ese edificio que aquella ventana correspondía al 7º K. Que ese departamento estaba vacío y ofrecido en alquiler. Que el mencionado portero viene todos los miércoles a la noche a Tarzán para bailar tango. Que si a Domecq le interesaba hablar con ese hombre, podía presentarlos. Finalmente, dijo que tenía que finalizar la charla porque, si se le pasaba la comida, el dueño lo echaría de una patada a la calle.

Anonadado por la catarata de datos, Domecq regresó al salón y se sentó a una mesa aislada. Tanta información necesitaba tiempo para ser procesada. Además, el aroma a pollo al ajillo que había percibido en la cocina era irresistible. Llamó al mozo y pidió la especialidad de Victorino.

Casi dos horas después, pipón y algo alegre por el litro de vino de la casa, Domecq llegó a una conclusión. Era miércoles de tango y el portero del edificio de Larralde y Grant vendría a bailar a Tarzán. Él haría lo mismo e intentaría hablarle.

Si bien lo suyo no era el baile, como cualquier porteño setentón, él no le hacía asco a la milonga. A lo sumo, tendría las tabas un poco oxidadas, pero no

tanto como para pasar vergüenza frente a la variopinta concurrencia de aquella tanguería barrial y *cuasimillennial*.

Capítulo XVIII

Milonga en Tarzán

Para ir a bailar a Tarzán, uno de los problemas más serios de Domecq era la ropa y, muy especialmente, los zapatos. Desde el incendio de su casa, donde perdió todo, había ido comprando algunas prendas informales y calzado deportivo. Pero aún carecía de un saco y zapatos. Entonces, recordó que su amigo Bustos, antes de radicarse en Lago Puelo, le había dejado un par de mocasines que ya no usaba.

El primer intento fue preocupante: no pudo calzárselos. Pero la gente de su edad sabía solucionar ese problema. Con papel de diario, un taco de madera y un martillo comenzó a golpear el interior de los mocasines, para estirar el cuero. Si bien le llevó más tiempo que el imaginado, lo fue forzando, más y más, hasta lograrlo. A continuación, comenzó a buscar medias negras, pero lo más livianas posibles para no complicar de nuevo el problema del calzado. Por suerte, se trataba de una simple milonga vecinal y los concurrentes solían ser bastante informales con su vestimenta. En consecuencia, su carencia de saco —en una noche cálida— podría pasar desapercibida. Luego, eligió la camisa blanca de manga larga que le pareció adecuada para cualquier ocasión. El tema pantalones le trajo otra complicación. No quería ir de *jean*, pero el único pantalón de vestir —también cedido por Bustos— apenas le cerraba en la cintura. Como no había opciones, optó por utilizar un cinturón bien ancho, que disimulara el inconveniente. Eso sí, debería rezar para que la presión de la panza no le bajara el cierre de la bragueta.

Aquella noche, como todos los miércoles, Tarzán había cambiado su fisonomía diurna. Las luces eran otras, la música era puro tango y la gente, en vez de comer, bailaba. Cuando entró Domecq, una decena de parejas ya giraban al ritmo del dos por cuatro. Tras averiguar que el portero de la calle Grant aún no había llegado, optó por sentarse a escuchar y mirar. Fue entonces cuando Milonguita, la profesora de tango, descubrió que se trataba de un novato y, por cortesía, lo sacó a bailar. La primera reacción de Domecq fue pensar en sus

incómodos mocasines, pero en cuanto abrazó la cintura de la joven, el veterano se dejó llevar por la cadencia de aquellas sensuales caderas, expertas en cortes y quebradas. Tres minutos después, al terminar aquel tangazo, ella volvió con sus alumnos y él se acodó en el mostrador.

Entusiasmado, Domecq seguía mirando firuletes cuando un minón de película ingresó al local. Era una morocha de sinuosas curvas y piernas perfectas, enfundada en un ajustado vestido negro, sin mangas y con un escote profundo. Calzaba estilizados zapatos de baile, cuyos tacos eran más altos que lo acostumbrado. Llevaba el cabello recogido y achatado —como con gel— sostenido por un prolijo rodete. Pero lo más impactante era su mirada. Gracias a un perfecto maquillaje, las pestañas renegridas resaltaban aquellos ojos color miel. Si bien Domecq no frecuentaba ese ambiente, tuvo la sensación de que aquella belleza le resultaba conocida. De pronto, descubrió el pequeño tatuaje sobre el hombro izquierdo y gritó para sus adentros: “¡Anahí!”.

Una vez que sus hormonas se tranquilizaron, el periodista se acercó a la morocha y la saludó. La joven comisaria Aberanda se sorprendió, pero lo reconoció en el acto. Con la informalidad propia del lugar, mientras conversaban sobre tangos y milongas, él la invitó a tomar un trago en la barra. Si bien era correntina y chamamecera, Anahí reconoció que amaba el tango y disfrutaba de aquellas veladas en Tarzán. Fue entonces que Domecq la invitó a bailar.

La pequeña orquesta en vivo tocaba *Por una cabeza*. Él le ofreció su mano izquierda y Anahí apoyó la suya. Domecq le abrazó la cintura y ella se dejó atraer. Él comenzó a guiarla y ella lo acompañó. Ambos disfrutaron aquella danza sensual y, por unos minutos, compartieron un placer que excedía la relación existente entre ellos. En aquellas veladas tangueras, con la proximidad de los cuerpos y la magia de la música, muchas veces nacían amores. Pero no en este caso.

Cuando la orquesta dejó de tocar, mientras se alejaba suavemente, Aberanda mencionó que había pensado en él. Pero por razones de trabajo. Domecq le respondió que era una sincronicidad, porque él había venido a Tarzán

siguiendo una pista, que ahora quería compartir con ella. Viendo una mesa que acababa de quedar libre, la pareja tomó asiento.

A riesgo de que ella volviera a considerarlo un fabulador, el novelista repitió el relato del cocinero. Finalmente, agregó que el portero del misterioso edificio de la calle Grant podía estar por llegar a la milonga. Pero Aberanda prefirió escuchar la versión original, de boca del propio Victorino. El cocinero, que a esa hora de la noche ya estaba terminando de acomodar los cacharros, no tuvo inconvenientes en repetir su historia y responder a las preguntas de la comisaria. En ese momento, ingresó a la cocina el dueño de Tarzán acompañado por Raúl, el portero en cuestión. Aberanda escuchó con atención al recién llegado y luego le preguntó si el edificio tenía cámaras de seguridad. Raúl respondió afirmativamente, pero aclaró que él no tenía acceso, ya que estaban bajo la responsabilidad del administrador del consorcio. Tras agradecer a todos, la comisaria volvió a su mesa y le envió un WhatsApp al fiscal del caso, anticipándole la solicitud de una orden judicial, para acceder a los videos de aquellas cámaras de seguridad.

Cuando Domecq la invitó a bailar otro tango, Anahí respondió que prefería volver a su casa para procesar esta nueva información sobre el atentado contra el diplomático chino. El veterano periodista pensó que estaba ante una obsesiva laboral, pero igual se ofreció a acompañarla, compartiendo un taxi, pero ella lo rechazó con una leve sonrisa.

Mientras manejaba de regreso, Anahí pensó en sus hijos, que estaban de vacaciones con el padre, y en su madre, que había viajado a Mocoetá. Luego de estacionar en la cochera del edificio, entró a su departamento y, sin agacharse, se liberó de los zapatos de baile. El frío de los cerámicos contra la planta de sus pies le pareció la sensación más gratificante de aquella noche de tango y milonga. Tenía hambre, había tomado unas copas, pero con el estómago vacío. Se dirigió a la cocina y abrió la heladera. Una luz fría iluminó los estantes desabastecidos. Lo único comestible era un paquete de salchichas. Las puso a calentar en un jarro con agua y aprovechó para darse una ducha rápida. Cuando salió del baño, las salchichas estaban listas y las llevó a la mesa. Abrió una botella de cerveza y

encendió la *notebook*. Por suerte, el legajo que buscaba estaba digitalizado y pudo acceder a los informes periciales. Un buen rato después, cuando ya le costaba mantener los ojos abiertos, detectó una frase que podía esconder información relevante: el cuerpo del agregado cultural de China presentaba un orificio de bala compatible con el calibre 7.62. “Por eso me marginaron de la investigación”, pensó la comisaria. “¡Están encubriendo un atentado!”.

Las instrucciones de las autoridades nacionales habían sido claras: “Lo sucedido en Mataderos es competencia de la Policía Federal”. Por lo tanto, la comisaria Aberanda, como el resto de la Bonaerense, quedaba excluida de ese caso y su prioridad seguía siendo el esclarecimiento de la explosión que, en Parque Leloir, mató al doctor Guzmán. Pero esta investigación estaba demorada por la lenta pericia de los explosivos utilizados y era un tema cuyo seguimiento ella había derivado a su asistente Rossini. Ante la posibilidad de quedarse con los brazos cruzados, prefirió dejarse llevar por el canto de las sirenas que le aconsejaban profundizar la pista “Venturino”, el cocinero de Tarzán que juraba haber visto a un francotirador frente a la cancha de Los Mataderos.

Capítulo XIX

Cámaras de seguridad

Bruno Rossini —un muchacho de origen humilde, que había logrado egresar de la escuela de suboficiales de la Policía Bonaerense— era alto, delgado pero musculoso. De cabello lacio y oscuro, piel curtida, ojos atentos y sonrisa franca. También era amable, honesto y trabajador, atributos que convencieron a la comisaria Aberanda para designarlo su asistente. Con el tiempo, también demostró habilidad informática y buen juicio para sortear las frecuentes trabas burocráticas.

Impulsado por una sana ambición de progreso personal, Rossini ponía todo su esfuerzo en aprovechar las oportunidades para dar un salto de calidad en su carrera policial. Por eso, se arriesgó a pedirle a su jefa que le delegara el seguimiento del caso del atentado que terminó con la vida del siniestro Guzmán. El día de la explosión, junto a la comisaria Aberanda, Rossini había sido el primer policía en llegar al lugar del crimen, en Parque Leloir, y dar un vistazo antes de que se contaminara la escena. Pero cuando tuvo acceso al posterior dossier del caso, descubrió llamativas desprolijidades. Los restos de la camioneta negra, desintegrada por la onda expansiva, en vez de ser preservados hasta el juicio, habían sido descartados en un depósito de chatarra, en flagrante violación al Código Procesal Penal. Tampoco se habían conservado objetos y prendas personales de Guzmán. “¿Cómo vamos a investigar este crimen si se destruyeron las pruebas?”, se preguntó Rossini y, como mal pensado que era, concluyó: “Sin las pruebas originales, se puede armar un caso falso que permita culpar, detener, procesar y condenar a cualquier perejil o chivo expiatorio”.

En el cuestionado expediente del caso, constaba que en las cercanías del atentado se había encontrado una mochila con varios objetos que, según la Brigada de Explosivos, podrían haber servido para construir la bomba utilizada en el crimen. Además, se ponía énfasis en que esa mochila era de origen chino. A partir de esta vaga pista se inició una búsqueda en las llamadas telefónicas entre los miembros de la tríada china, que estaban librando una guerra mafiosa contra

Guzmán y su banda de Fuerte Apache. Si bien no encontraron elementos para una incriminación clara y directa, las escuchas permitieron identificar a un presunto sospechoso: un inmigrante chino indocumentado.

Harto de los procedimientos irregulares, Rossini redactó un duro mensaje para Aberanda, quien se tomó su tiempo para analizarlo. Cuando ella aún no había decidido qué hacer con ese revulsivo informe, la Policía Federal —durante un dudoso enfrentamiento— abatió al chino acusado de haber puesto la bomba en el auto del doctor Guzmán.

A pesar de las protestas de Rossini, Aberanda decidió cajonear sus críticas y dejar que el caso se cerrara sin más escándalos. Pero el joven Rossini era cabeza dura y, por su cuenta, siguió reuniendo información del caso Guzmán. Consciente de que todo lo que descubriera no tendría validez judicial ni sería bien visto por sus superiores, decidió compartir su información con Domecq, quien seguramente encontraría la forma de publicarlo.

Como en otras oportunidades, *Castelar Digital* fue el medio que permitió divulgar la trama de falsedades y encubrimientos detrás del atentado con explosivos en Parque Leloir, que había denunciado Rossini y cuyo resumen era el siguiente:

El caso del Dr. Guzmán

Para nuestros lectores que vienen siguiendo el caso de referencia, les compartimos nuestras conclusiones.

La escena de la explosión del auto no fue preservada y se destruyeron pruebas.

Nunca pudo probarse que la mochila con explosivos hubiera estado en la escena del crimen.

La etiqueta *Made in China* en la mochila no tenía la relevancia que le asignaron. De las escuchas telefónicas con conversaciones en un dialecto chino solo llegó al juzgado una dudosa traducción.

La Policía Científica no logró probar que el sospechoso chino hubiera disparado su arma en el mortal enfrentamiento con la Policía Federal.

No se aportaron imágenes de cámaras de seguridad.

Los testigos de ese tiroteo eran todos policías y hubo contradicciones en sus declaraciones.

De no haber muerto en el tiroteo, el inmigrante chino no hubiera podido ser condenado dada la falta de pruebas.

Con un condenado *post mortem*, el caso se cerró sin confesiones, sin pruebas suficientes y sin investigar pistas alternativas.

¿Será justicia?

Cuando la comisaria Aberanda leyó el artículo en *Castelar Digital*, de inmediato intuyó la participación de Rossini, pero como las críticas apuntaban a las fuerzas federales, prefirió no darse por enterada. Por otra parte, si bien su asistente se había mandado solo con la filtración de datos a *Castelar Digital* sobre el caso Guzmán, ella, a su vez, se había cortado sola al solicitar las grabaciones de las cámaras de seguridad del caso del francotirador de Matreros. En realidad, hubiera preferido evitar también la intervención del fiscal, pero la legislación vigente establece que las imágenes captadas por cámaras de videovigilancia deben ser solicitadas mediante una orden judicial.

Finalmente, una vez que el fiscal Gualterio Curinao le envió el oficio judicial, la comisaria —acompañada por Rossini— se presentó en el edificio de Grant y Larralde para revisar las grabaciones correspondientes al día en que le dispararon al agregado cultural chino. Durante largas y tediosas horas, el portero estuvo identificando a las personas que entraban o salían y no eran ni propietarios ni inquilinos. Finalmente, les llamó la atención el ingreso de un desconocido portando un estuche de violín y caminando ayudado por un bastón. Dado que llevaba una capucha calzada hasta la nariz, no se podía distinguir su cara. El sujeto abrió la puerta del edificio con su propia llave, llamó al ascensor y subió hasta el 7º piso. Como solo había cámaras en el *hall* de entrada, no podía saberse a cuál departamento había ingresado. Pero lo más importante era que había estado un par de horas en el edificio y se había retirado apenas minutos después del atentado. El portero aclaró que nunca antes había visto a ese anciano o lisiado. Por su parte, Rossini —siempre tan suelto de lengua— arriesgó que el estuche de violín podía llevar oculta un arma larga, como en las películas. Lo único cierto era que en el piso séptimo estaba la sospechosa ventana denunciada por el cocinero de Tarzán.

Con la copia del video en su poder, los policías regresaron a la Departamental de Morón, donde la comisaria les pidió a sus técnicos que ampliaran aquellas imágenes y mejoraran la definición. Pese a los esfuerzos de los profesionales, los resultados no aportaron precisiones. Imposible identificar a aquel desconocido que había estado siempre mirando hacia abajo y cubierto por

una capucha. Si bien Rossini desconfiaba del estuche de violín y del supuesto bastón, en realidad, lo único sospechoso era su acceso al séptimo piso justo en el horario del atentado. Pero, tal vez, solo se tratara de un músico que realmente caminaba ayudado por un bastón. Lamentablemente, aquella pista no parecía aportar demasiado.

Esa tarde, Anahí Aberanda recibió un WhatsApp de Jorge Domecq: “¿Algo interesante en los videos?”, preguntaba. “Solo un violinista con bastón”, respondió ella. En el momento de enviar ese mensaje, la comisaria tuvo un *déjà vu*. “¿Acaso no había detectado a un sospechoso con violín y capucha frente a los Tribunales de Morón el día que asesinaron a Yan Hui Ping?”, se preguntó y desató un debate en su interior, entre la lógica de su formación profesional y la intuición que no quería descartar esa corazonada. Ella sabía que, en muchos casos, la intuición — como una ráfaga de luz mental— ayuda a separar la hojarasca que oculta al sendero buscado. Fue entonces cuando recordó las palabras de un viejo profesor: “En las investigaciones policiales, las hipótesis surgen de los indicios, vestigios, muestras, huellas, y de la intuición creativa del investigador experto”.

Capítulo XX

Tiro al segno

Desde que su amigo Bustos se había radicado en la Patagonia, Domecq había perdido a su eterno rival de ajedrez. Por eso, a falta de una alternativa mejor, decidió ir a presenciar un torneo en el Club Philidor. No se había inscripto porque Akos ya lo había hecho y no quería enfrentarse nuevamente con ese pendejo maleducado. Luego de darle un vistazo a las distintas partidas y saludar a algunos competidores conocidos, Domecq escuchó el ruido inconfundible del bastón de Akos golpeando contra el suelo.

“Lo está haciendo de nuevo. Le gusta molestar con ese bastón que me recuerda al encapuchado de la calle Grant”, pensó el veterano.

Entonces, se acercó a esa mesa y se puso frente al salteño, intentando ser visto. En ese momento, el joven estaba ensimismado en un complicado análisis. De pura mala leche, Domecq lo interrumpió con un saludo. Akos lo miró con sorpresa y bronca, al tiempo que le devolvía el saludo moviendo apenas la cabeza.

Varios minutos después, el viejo periodista y escritor volvió a interrumpirlo:

—¿Usted toca el violín? —preguntó.

—¡Nooo! —respondió el jugador, enojado, mientras se llevaba un dedo a los labios, pidiendo silencio.

Disfrutando de su infantil maldad, Domecq se arrimó al mostrador y pidió un Fernet.

Al rato, furioso por haber perdido su partida, Akos se le acercó.

—¿Qué le pasa, viejo? ¿Demasiado Fernet o es el Alzheimer? —dijo en tono agresivo.

—No entiendo —respondió Domecq, haciéndose el idiota.

—¿Desde cuándo distrae a los jugadores? —insistió mirándolo fijamente.

—Disculpe. Pensé que no le molestaba. Como el otro día usted me conversó durante toda la partida... —respondió con una inexpresiva cara de nada.

El salteño acusó el impacto, pero no respondió, simplemente pidió una cerveza helada.

Mientras saboreaba su Fernet dando pequeños sorbos, Domecq se reacomodó en el taburete e hizo una pausa cargada de suspenso.

—¿Entonces no toca el violín? —insistió esperando ver una reacción.

—¡No! ¿Por qué? —respondió el joven, fastidiado.

—Me pareció verlo por la calle Arias —mintió el viejo.

—No soy el único rengo de Castelar —retrucó Akos, apretando con bronca su vaso, al punto de hacer empalidecer sus nudillos.

—Era alguien con capucha que entraba a su negocio —insistió Domecq con su mentira.

—Tal vez era mi hermana que volvía de tiro al segno —respondió de mala gana.

—¿Con un estuche de violín? —dijo sorprendido.

—No es un violín. Es un estuche portacarabina —respondió el joven salteño con un suspiro de hartazgo.

—¿Así que ella practica tiro? —siguió preguntando Domecq, sin prisa, pero sin pausa.

—Sí. Desde chica —dijo mientras sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre el mostrador.

—¿Y tiene buena puntería? —insistió, pensando en el francotirador.

—Bastante.

—¿A qué distancia del blanco suele practicar?

—Cincuenta metros.

—¿Nada más?! —exclamó Domecq, desilusionado.

—¿Le parece cerca? —dijo el salteño subiendo el tono.

—Estoy escribiendo una novela y necesito que un personaje haga blanco a más de 250 metros —respondió para despistar.

—Entonces, debería ser un francotirador de élite. Militar o de las fuerzas especiales de seguridad —explicó Akos, satisfecho por el giro de la conversación.

—Gracias por el dato —dijo el escritor, al tiempo que se retiraba satisfecho por la información obtenida y dejaba a Akos pensando sobre la extraña conversación que acababan de tener.

“¿Sospechará algo? Por las dudas, le voy a pedir a Klara que elimine todas las evidencias que tenemos en casa”, pensó Akos Tákács, mientras miraba como ese viejo molesto intentaba encender su pipa.

La tarde siguiente, parado en la vereda del bar Tarzán, Domecq observaba la demolición de la histórica estación Castelar que —casi 100 años después de ser inaugurada con bombos y platillos— caía bajo los picos y palas del supuesto progreso.

“Los burócratas no respetaron ni el mural de Florencia Delucch”, se lamentó el veterano periodista. “Tampoco conservaron los techos con molduras de hierro, ni los carteles enlozados con la leyenda *Entrada Boletería*. Para mejorar lo viejo, no hacía falta destruirlo. Redujeron a escombros la historia de Castelar sin consultar a los vecinos”, siguió mascullando.

Mientras tanto, cojeando y ayudado por su bastón, Akos Tákács bajaba del tren y comenzaba a sortear los escombros esparcidos por el suelo. Al llegar a la calle Los Incas, se sobresaltó al ver acercarse un patrullero. El vehículo paró justo delante de él, se abrió la puerta trasera y bajó una mujer policía. Sin mirarlo, la oficial cruzó la calle, saludó a Domecq y juntos ingresaron a Tarzán.

La inesperada escena confirmaba los temores del joven salteño: Domecq sospechaba de él y ahora lo estaba denunciando. Inmediatamente, subió a un taxi y se dirigió a su casa. Al llegar, ya había tomado una decisión: convencer a su hermana de matar al maldito soplón.

Una vez en el interior del bar, la comisaria eligió una mesa junto a la ventana, ambos tomaron asiento y pidieron café.

—Seré breve —dijo Domecq—. ¿Es cierto que en las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio de la calle Grant detectaron a un sospechoso con violín y bastón?

—Sí —dijo ella, lacónicamente.

—Bueno, yo descubrí a un rengo que camina apoyándose en un bastón y que vive con una hermana que lleva un estuche que parece de violín, pero esconde un arma larga —dijo él, de un tirón.

—¿Está seguro? ¿Quiénes son? ¿Dónde viven? —preguntó la comisaria, súbitamente interesada en lo que decía el novelista.

—Son unos mellizos salteños, treintañeros, de apellido Tákács, que tienen un taller de informática en la calle Arias, en Castelar —respondió Domecq.

—¿Qué más puede decirme? —insistió la comisaria, ansiosa por descubrir si ese hilo conductor era realmente una pista.

—Él se llama Akos, es de mediana estatura y macizo. De tez clara y cabello castaño oscuro, rapado en los costados. Tiene una mirada extraña. Viste de negro. Juega al ajedrez en Philidor. Es mal perdedor, un resentido con carácter jodido. Renguea porque en un asalto recibió un balazo en la rodilla.

—¿Y la hermana? —preguntó impaciente.

—Ella se llama Klara, es diseñadora gráfica de cómics y su *hobby* es el tiro al blanco —comenzó Domecq y luego emitió su opinión—: El rengo con bastón pudo haber utilizado el arma de su hermana.

—Voy a necesitar que mañana temprano venga a mi despacho a ver los videos de vigilancia e intentar un reconocimiento —dijo tratando de disimular su ansiedad. Estaba molesta porque ya había interrogado informalmente a Klara Tákács y no había detectado indicios como para sospechar de ella.

—Ok. A primera ahora iré.

La comisaria Aberanda agradeció la información recibida y se retiró del bar. Subió al patrullero que la esperaba y dejó que su cabeza procesara libremente todo tipo de especulaciones respecto al misterioso Justiciero.

Por su parte, Domecq permaneció en Tarzán. Ya había caído el sol y el aroma que venía de la cocina era tentador. Pidió el plato del día con vino de la casa y se dispuso a cenar. Finalmente, cuando salió de Tarzán, ya era noche cerrada. A pesar de la inseguridad reinante, decidió caminar las diez cuadras que lo separaban de su casa. Al llegar a Italia y Larralde, comenzó a buscar en sus bolsillos la llave del portón de rejas. No imaginaba que estaba en la mira de la

carabina de los Tákács. De pronto, dos estridentes sonidos quebraron el silencio de la noche: un enérgico silbato se antepuso al disparo de un arma de fuego. Mientras Domecq se desplomaba por el impacto y un vigilador privado corría en su ayuda, una sombra encapuchada desaparecía de la escena. El oportuno silbato del agente de seguridad había alertado al periodista, quien —milagrosamente— al intentar darse vuelta, posibilitó que su hombro se interpusiera en la trayectoria de la bala destinada a su pecho. En pocos segundos, aparecieron vecinos solidarios que le proporcionaron los primeros auxilios y llamaron a la ambulancia. El veterano se aferraba a la vida, pero —sin fuerzas— su cuerpo no le obedecía.

Finalmente, ya a salvo en la guardia del hospital, Domecq envió un dramático mensaje a Aberanda:

—Me balearon. Estoy en el Posadas.

Aquella tarde, luego del café en Tarzán, la comisaria le había pedido al chofer que la llevara directamente hasta su casa. En el trayecto, la invadieron nuevamente las dudas sobre la confiabilidad de Domecq. Muchas veces había estado convencida de que era un fabulador, pero —también muchas veces— el veterano periodista había descubierto pistas importantes.

Ya en su departamento, Anahí se había alegrado al recordar que, al día siguiente, se reencontraría con sus hijos, que regresaban luego de pasar unos días de vacaciones con el padre. Pero estos gratos pensamientos fueron interrumpidos por el mensaje de Domecq desde el hospital.

De inmediato, Aberanda se comunicó con la comisaría y ordenó que cuatro agentes con chaleco antibalas fueran en un patrullero hasta la casa de los hermanos Tákács y los detuvieran preventivamente. Por su parte, ella pasaría por el Posadas para mostrarle a Domecq las imágenes de las cámaras de seguridad del edificio de la calle Grant.

Era medianoche y una luz mortecina, suspendida precariamente del techo, apenas iluminaba la sala del hospital donde estaba internado Domecq. En cuanto llegó, ignorando la prescripción médica, Aberanda interrogó al paciente y su instinto policial dio frutos. Pese a estar bajo los efectos de fuertes calmantes, el

novelista miope se animó a afirmar que el encapuchado filmado el día del atentado contra el agregado cultural chino era Akos. De inmediato, la comisaria llamó a sus agentes para alertarlos de la peligrosidad del individuo que debían capturar. Lamentablemente, recibió malas noticias: cuando los policías llegaron a la casa de Arias y Santa Rosa, Akos y su hermana ya habían abandonado el lugar. Al enterarse de este fracaso, la frustrada comisaria no reaccionó precisamente como una dama:

—¡Me cago en Satanás! —exclamó furiosa.

Capítulo XXI

Cacería humana

En cuanto se enteró de la fuga del salteño, la comisaria Anahí Aberanda ordenó notificar a todos los organismos de seguridad que Akos Tákács estaba acusado de ser el francotirador que había asesinado a Zhao Fu Chin, cuando este funcionario chino participaba de un acto en Matreros. A partir de ese instante, comenzó una cacería humana. El Estado movilizó a cientos de agentes de las distintas fuerzas para dar con el prófugo. En principio, la búsqueda —por tierra y aire— se concentró en Castelar y sus alrededores. La colaboración de la prensa fue fundamental para difundir la imagen de Akos Tákács.

Los teléfonos oficiales comenzaron a saturarse de denuncias. Pero no todas eran confiables. El rengó semirrapado parecía estar en varios lugares al mismo tiempo. Mientras alguien denunciaba haberlo visto en el Aeroparque Jorge Newbery, otros lo habrían descubierto en la terminal de ómnibus de Retiro o en el puerto de San Fernando. Por supuesto, no faltó el que lo ubicó de regreso en su Salta natal. Además, alguien decía haberle vendido un auto para lisiados, mientras que otra persona lo habría identificado montando una moto de alta gama. La más original fue la denuncia de que Akos huía a caballo, como los hermanos Schoklender. Lo cierto fue que, durante las primeras semanas, pese a la cantidad de efectivos involucrados en aquella búsqueda nacional, el prófugo no había sido capturado.

Una vez que le dieron el alta, Domecq se retiró del hospital y continuó guardando reposo en su casa. Sin embargo, no se desvinculó del caso. Akos había intentado matarlo y su captura era algo personal.

Obsesionado, recurrió una y otra vez a sus viejos contactos periodísticos y a los espías profesionales, compañeros de su amigo Bustos. Tras varios días de infructuosos llamados, finalmente consiguió un dato. El prófugo podría haber sido visto en el mayor aguantadero del país: la tristemente famosa villa 1.11.14.

En ese precario asentamiento del Bajo Flores, existe una zona liberada, controlada por organizaciones criminales de origen extranjero dedicadas al

narcotráfico. En el extenso territorio bajo su control, tienen algunas “cocinas” que producen clorhidrato de cocaína, utilizando pasta base traída por “mulas” desde Bolivia y Perú. Pero las más numerosas son las “cocinas de estiramiento”, cuyo descarte es el paco. Los jefes de esta organización son mercenarios que militaron en las filas de Sendero Luminoso, con cuyas tácticas de balas y miedo neutralizan a las fuerzas de seguridad e intimidan a la población. Es un lugar donde los homicidios a sangre fría se cometen a plena luz del día y donde las víctimas son acribilladas a la vista de testigos. Esa es la barriada que Akos había elegido para ocultarse, y allí debería ir a buscarlo el viejo periodista.

Un zapatero, dedicado a rescatar chicos de la droga y conocido como “el Loco” González, era el contacto de Domecq en aquella villa. Su humilde vivienda, donde vivía desde cuarenta años atrás, mostraba varios disparos de bala en la pared y en la puerta de metal. Consultado, el dueño de casa dijo que esos balazos eran mensajes mafiosos de bandas narcos, molestas por su activismo contra el consumo de estupefacientes por parte de menores. En esa misma casa — mientras durara su búsqueda— se alojaría el periodista y escritor, con su verdadero nombre y con la excusa de documentar su próxima novela.

Una mañana, bajo amenazantes nubes negras, el viento se arremolinaba en las callejuelas de la villa. El salteño no daba señales de vida y Domecq sentía que los días pasaban sin pena ni gloria. No obstante, desaliñado, con el cabello gris revuelto y su descuidada barba bien crecida, continuaba su terca búsqueda. Caminaba con las manos en los bolsillos y la cabeza baja, observando todo a través de los gruesos cristales de sus anteojos. De pronto, descubrió a un hombre vestido íntegramente de negro, avanzando ayudado por un bastón. Pese a la gorra negra, calzada hasta las orejas, Domecq reconoció a Akos Tákács. Mientras su pulso se aceleraba, el veterano periodista comenzó la persecución. Como estaba desarmado y no llevaba teléfono celular, todo dependía de la fortuita aparición de algún policía o gendarme a quien poder señalarle el prófugo.

El salteño estaba alerta y, en cuanto identificó a Domecq, intentó despistarlo. Se trataba de una cacería de final impredecible. El perseguido era joven y —a pesar de su renguera— se movía con rapidez. El perseguidor era un

hombre mayor, no acostumbrado al ejercicio ni a las caminatas. El primero elegía las callecitas internas y en peor estado. El segundo lo seguía y trataba de no perderlo de vista. Ninguno iba a darse por vencido. El tiempo pasaba, el calor y la fatiga se acumulaban. Ya no caminaban como al principio: ambos arrastraban los pies y Domecq comenzaba a sentir el peso de los años.

Luego, para evitar la presencia policial, el joven salteño se arriesgó a ingresar en el territorio controlado por los narcotraficantes peruanos. De pronto, cuando Domecq estaba a punto de perderlo, Akos fue interceptado por hombres armados. Cuando lo increparon, les propuso un trato: eliminar a su perseguidor a cambio de dinero. Los sicarios aceptaron y la situación se invirtió. Ahora era Domecq el que huía. Ante el inminente peligro, el viejo sacó fuerzas de flaqueza y corrió hacia un laberinto de pasillos estrechos, entre miserables casillas de chapa y madera. Sin darse cuenta, se internó en la zona dominada por los narcos paraguayos.

Sin perseguidores a la vista, el silencio alentaba la ilusión de sentirse a salvo, hasta que un grito lo devolvió a la realidad. Ante la voz de alto, Domecq levantó los brazos y avisó que lo perseguían los peruanos. De inmediato, los guardias activaron la alarma y en los techos aparecieron siluetas armadas. En cuanto los peruanos cruzaron la imaginaria frontera, recibieron una lluvia de plomo, pero se parapetaron detrás de un auto abandonado y respondieron al ataque. El tiroteo fue feroz. Las ráfagas de proyectiles perforaron chapas, estallaron vidrios y se incrustaron en las paredes. Los vecinos, acostumbrados, se recluyeron en sus viviendas. Aterrado por la andanada de balas y el tableteo de las ametralladoras, Domecq se escondió en el recoveco de un muro, se persignó y cubrió su cabeza con brazos y manos para protegerse de la lluvia de tierra, revoque y astillas.

Cuando volvió el silencio, envueltos en un humo acre con olor a pólvora, varios cuerpos yacían acribillados sobre las precarias calles de la villa 1.11.14. En un inmenso charco de sangre, con un balazo en la frente, estaba Akos Tákács, el supuesto doble asesino de Morón. “Parece que la vida no quiere desprenderse de mí”, pensó Domecq. Exhausto pero a salvo, el viejo sabía que debería alegrarse,

pero no podía festejar la muerte de un joven. Entonces, se interrogó y exclamó: “¿Quién soy yo para juzgarlo?!”.

Oportuna como siempre, reapareció la cálida voz de Leonor. “¡Felicitaciones, mi héroe! Gracias a vos, hay un asesino menos en las calles.” Domecq intentó responder, pero un nudo en la garganta le impidió expresar su satisfacción y su orgullo. En silencio, se acercó para abrazarla y compartir con ella ese instante de gloria, pero unos gritos estridentes destruyeron el maravilloso hechizo. Eran los gendarmes, pertrechados hasta los dientes, que ocuparon posiciones y se hicieron cargo de la situación.

Sentado en la vereda y apoyado contra una maltrecha pared, Domecq tosía carraspeando y bebía agua del pico de una botella que alguien le alcanzó. Mientras recuperaba las energías perdidas por el esfuerzo, el miedo y el estrés, le pidió prestado el celular a uno de los mirones que se habían acercado a curiosear y le envió un par de mensajes al teniente Rossini.

El primero fue lacónico: “Akos Tákács está muerto”. El segundo contenía un pedido imposible: “Me gustaría ver la cara de tu jefa cuando le cuentes que le gané de mano”.

Pasaron las semanas y Domecq comenzó a escribir su versión novelada de *El Justiciero de Castelar*, fue entonces cuando —al buscar las fechas de los atentados atribuidos a este vengador anónimo— descubrió que el día que mataron a Yan Hui Ping y a esa misma hora, Akos estaba en el Club Philidor jugando al ajedrez con él. “¡No lo puedo creer! ¡Estaba conmigo! Entonces..., Akos no cometió el primer asesinato”.

Sorprendido por la evidencia, Domecq tardó en comprender que no había un solo Justiciero, sino dos. Su primera reacción fue informar al teniente Rossini, pero luego, con un resabio de picardía infantil, decidió notificar directamente a la comisaria Aberanda. Saboreando la travesura, envió el siguiente mensaje: “Una ayudita para mis amigos. Frente a los Tribunales de Morón no actuó un justiciero sino una justiciera: Klara Tákács, experta en torneos con arma larga en tiro al segno”.

Furiosa por el mensaje de Domecq, la comisaria se desahogó dándole una patada al cesto para papeles de su despacho. “Viejo payaso, ¿quién te creés que sos?! ¡Ya te voy a parar el carro!”, masculló indignada. No era para menos, un golpe de suerte había permitido que el veterano periodista le volviera a ganar de mano —al descubrir el hilo conductor entre los hermanos Tákács—, pero ese viejo inimputable había osado mojarle la oreja a una comisaria, enrostrándole su supuesto éxito mediante un WhatsApp burlón.

Al recibir copia del mismo mensaje, el joven Rossini se dirigió al despacho de su jefa, para sugerirle que le agradeciera a Domecq su oportuna intervención, ya que les había evitado el papelón de cerrar el caso culpando a Akos por un segundo crimen que no había cometido. Sin embargo, al ver a la comisaria pateando el tacho de papeles, abortó de inmediato su peregrina idea. “Esta mina está pirada, mejor me rajo”, pensó Rossini.

Capítulo XXII

Frente a frente

Una vez que obtuvo la orden judicial, acompañada por Rossini y la agente Raula Díaz, Aberanda llegó a la casa de la calle Arias, donde trabajaban y vivían los Tákács. Al confirmar que lamentablemente Klara no estaba allí, violentaron la entrada y dedicaron varias horas a la búsqueda de evidencias. Revolviendo estantes y cajones, los policías encontraron un *pendrive* con un *sticker* que decía “GUZMÁN”. De inmediato, la comisaria le pidió a Rossini que le mostrara su contenido usando alguna de las computadoras disponibles en ese comercio.

Lo que vieron los policías bonaerenses los dejó anonadados. Los hermanos habían logrado grabar la reunión en la que el doctor Guzmán amenazaba con matarlos si no asesinaban a Zhao Fu Chin. En esa misma grabación, el abogado se comprometía a garantizarles un refugio, hasta que pudieran salir del país con pasaportes falsos. De inmediato, Aberanda pidió el apoyo de otros dos patrulleros, se puso el chaleco antibalas que llevaba en el baúl y partió hacia el temible Fuerte Apache, donde se reunía la banda del abogado asesinado.

Esa misma noche, gris y con un viento húmedo que presagiaba lluvia, cuando Domecq estaba por entrar a su casa, Klara Tákács apuntó, disparó y —al verlo desplomarse— huyó. Corrió hasta su casa, pero al llegar a Arias al 3900, descubrió que la Policía había allanado el lugar. Sin opciones, luego de deambular un rato, decidió ir a Fuerte Apache en busca del refugio que en su momento le había ofrecido el doctor Guzmán.

Una vez que bajó del colectivo, Klara quedó inmersa en el humo ácido y el hedor nauseabundo de los basurales que rodean la villa. Con recelo, pero a paso firme, empuñando la pistola en el bolsillo de su campera, se internó en ese gigantesco aguantadero, símbolo de la inseguridad bonaerense. Bordeó un cementerio de autos desarmados y quemados y esquivó un enjambre de precarias casillas, apiñadas unas contra otras, en un mísero entretejido de maderas gastadas y chapas oxidadas. Cuando llegó al corazón del complejo de torres de hormigón, erizadas de rejas, frente al resquebrajado monoblock 19, Klara fue

interceptada por dos narcosoldaditos, más cercanos a la niñez que a la adolescencia. Uno de ellos, rapado, flaco, ojeroso, con la cara carcomida por los granos y una mano sobre el revólver que tenía en la cintura, miró con desconfianza a esa morocha de flequillo raro, vestida íntegramente de negro, que calzaba toscos borceguíes.

—¿Qué onda? —preguntó con voz aflautada.

—Busco al encargado del monoblock —respondió la joven salteña.

—¿De parte de quién? —intervino el otro chico, moreno, gordito, con una fea cicatriz en un cachete y con la misma tonada norteña que Klara.

—Me manda el doctor Guzmán.

—El tordo ya fue —intervino el rubio.

—Ya sé. Pero antes de que lo mataran, me contrató para un trabajo a cambio de guardarme acá. Yo ya cumplí mi parte y vengo a ver al encargado.

De pronto, se escuchó una sirena policial y se vislumbraron las luces de varios patrulleros que avanzaban levantando la mugre acumulada en las calles. Sin saber qué pasaba, por instinto, Klara huyó. Con todas sus fuerzas, corrió hacia un caótico entramado de callejuelas y pasillos. Mientras los patrulleros rodeaban el monoblock, alguien avisó a la comisaria Aberanda hacia dónde había huido la sospechosa.

Acompañada por Rossini y la agente Raula Díaz, Aberanda inició la persecución de la supuesta Justiciera. Los tres policías bonaerenses se esforzaron por alcanzarla, pero —por ser una mujer muy joven y en buen estado atlético— logró mantener la distancia entre ellos. De pronto, Karla desapareció en unas callecitas internas, oscuras y sinuosas que, al bifurcarse, obligaron a los policías a separarse. En un golpe de suerte, Aberanda volvió a ver a Klara, a lo lejos, y, tenazmente, trató de no perderla de vista. Su pecho subía y bajaba, agitado. Se supone que una policía debe estar bien entrenada y no puede darse por vencida. Al ver la luz de un patrullero al final de una calle, la prófuga dobló por un pasillo, aún más angosto, sin gente, solo perros hambrientos sin fuerza para ladrar. Aberanda la siguió.

El tiempo pasaba y el cansancio se acumulaba. Las dos corrían con borceguíes y sentían el esfuerzo. Ya no tenían el ritmo del principio y debían regular sus energías. Aberanda se incentivaba pensando en que perseguía a una asesina y redoblaba su carrera. Al ver que la mujer policía se le acercaba, Klara sacó su arma y disparó. Aberanda atinó a tirarse cuerpo a tierra. Desenfundó y repelió la agresión. El ruido del tiroteo era ensordecedor y el olor rancio de los basurales se impregnó de pólvora. Nadie se asomó a ver la terrible escena, tan patética como familiar. Klara era buena tiradora y la comisaria decidió protegerse detrás de una montaña de escombros. Las balas destrozaron los frentes de las humildes viviendas. Pedazos de chapas, astillas de maderas y vidrios volaban como si las fachadas fueran de utilería.

El tiroteo fue intenso, pero breve porque Klara se quedó sin balas. Para alejarse de su seguidora, intentó saltar un zanjón de inmundicias, pero tropezó, se torció un tobillo y cayó. Aberanda se abalanzó sobre ella tratando de inmovilizarla y ambas se revolcaron en el agua estancada y la mugre acumulada. Con un gruñido de rabia, Klara la recibió con un codazo y recuperó la iniciativa. Se arrojó hacia adelante y su rival no pudo evitar el cabezazo en el estómago. Vacilando como ebrias, ambas se levantaron y, en un rápido contragolpe, Aberanda le dio un puñetazo en la nariz y un patadón con el borceguí en los riñones que la dejó sin aire.

Media grogui, la salteña se tambaleó, parecía que iba a caer, pero logró responder con una patada alta y certera. Pese al dolor abrumador, la mujer policía insistió con otro terrible derechazo en la cara y la hizo retroceder. Klara, con la nariz reventada por los golpes recibidos, insistió con las patadas hasta que logró voltear a Aberanda, quien —antes de caer— le dio un brutal puñetazo en los ovarios. Respirando con dificultad, a punto de desmayarse, ambas trastabillaron, cayeron, rodaron, se revolcaron, se arrodillaron y trataron de levantarse. Ya de pie, manteniendo el equilibrio por instinto, se patearon mutuamente, pero sin fuerza, coordinación, ni eficacia, hasta que Aberanda le calzó una patada fulminante en el hígado. Klara se derrumbó y la comisaria intentó recobrar el aliento, sin notar que, durante la pelea, se le había caído el arma reglamentaria.

Desde el suelo, Klara agarró la pistola y apuntó a Aberanda, al tiempo que gritó:

—¡Se acabó!

El estruendo del disparo estremeció el precario silencio. Cuando Aberanda esperaba lo peor, descubrió que la agente Raula Díaz le había salvado la vida al matar a Klara, justo antes de que pudiera dispararle. Embarrada, dolorida, sangrando por la nariz y con las manos hinchadas de tanto pegar, la comisaria intentó levantarse con la ayuda de Raula. A su lado, la asesina de Yan Hui Ping yacía con un balazo en el pecho y el rostro congelado en una mueca de dolor.

Al terminar el tiroteo, como si hubieran pateado un hormiguero, una turba de chicos y adolescentes aparecieron y miraron de forma amenazante a las dos mujeres policías. Pero antes de que la amenaza pudiera transformarse en agresión, comenzaron a llegar los otros policías. Después de empujar a los curiosos, acordonaron la zona y cubrieron el cadáver de Klara Tákács, la Justiciera de Castelar.

Una semana después del tiroteo, mientras se sacaba los zapatos de pasear, la comisaria Anahí Aberanda se dijo: “Sarna con gusto no pica”. Estaba agotada, pero no a causa de su trabajo policial, sino por la inagotable energía de sus pequeños hijos, con quienes había disfrutado aquel domingo a más no poder. Habían comenzado con la flamante versión de *Toy Story 4*, que sus críos gozaron abrazados a gigantescos baldes de pochoclo. Luego, reclamaron las infaltables cajitas felices, con doble porción de papas fritas regadas con ketchup. Todo eso matizado con anécdotas escolares y bromas sobre la nueva pareja del padre ausente.

Una vez que los chicos se acostaron y tras una larga ducha, Anahí — apenas cubierta por un *déshabillé*— destapó una cerveza helada y encendió la computadora. El primer *e-mail* era del inefable Domecq.

De: Jorge Osvaldo Domecq
Para: Anahí Aberanda
Asunto: Reivindicación

Estimada Anahí:

Me permito abusar de su paciencia, en un intento de reivindicar mis aportes a varias investigaciones policiales.

Ya en una nota publicada por *Castelar Digital*, puse en duda que Paco pudiera haber sido el francotirador que mató a Yan Hui Ping. Luego, logré desenmascarar a los mellizos Tákács, los verdaderos francotiradores: Klara mató Yan Hui Ping y Akos hizo lo propio con el agregado cultural de China, que también era el jefe de la triada Fu Chin. Ahora, aunque ya es tarde, quedó demostrada mi hipótesis de que el pobre Paco era inocente y fue asesinado por los chinos en represalia a un crimen que no cometió.

No obstante, como una atención personal hacia usted, he decidido no divulgar esta decisiva colaboración que presté a su investigación.

Prefiero dejar que la opinión pública siga creyendo que fue todo mérito suyo y de su equipo. Se lo merecen.

Finalmente, como este va a ser el tema de mi próxima novela, quisiera conversar con usted, para enriquecer mi relato con información *in side* que solo usted me podría aportar.

A tal efecto, me gustaría invitarla a una cena, en la que podríamos hablar de este y otros temas.

Cariños,
Jorge

Al ver que Domecq había utilizado la palabra “cariños”, Anahí hizo un gesto obsceno con su dedo medio y masculló una respuesta: “Ni en pedo me enredaría con un viejo gagá, engreído y fanfarrón como vos”.

SEGUNDA PARTE

Capítulo XXIII

Experto en explosivos

El comisario Juan Manuel Romero fue un héroe de la Policía Bonaerense, cuyos hijos, Diego y Ariel, siguieron sus pasos y se graduaron con honores en la Escuela de Suboficiales Don Enrique O' Gorman. Aquel día radiante, cuando los hermanos juraron “servir a la sociedad, salvaguardando vidas y bienes, respetando los derechos constitucionales a la libertad, la igualdad y la justicia”, no imaginaron lo que les depararía el destino. Posiblemente, tampoco tomaron debida nota del mensaje de su padre: “Lo más importante de este trabajo es volver a casa —sano y salvo— al final de cada día”.

Con el tiempo, los hermanos Romero progresaron en sus correspondientes destinos: Diego, en el Grupo de Operaciones Especiales y Ariel, en la Brigada de Explosivos. Ambos eran buenos policías, que se esforzaban por cumplir con su deber sin caer en la violencia y la corrupción que los rodeaba. Los dos se habían destacado en su lucha contra la delincuencia, las mafias y el tráfico de drogas.

Pero ahora, la sucesión de muertes de policías en enfrentamientos se había convertido en una noticia tan común como de poco peso. Pocas veces en su historia, la Policía Bonaerense perdió tantos efectivos como en este año. Un triste récord en el que el sargento Diego Romero era solo uno más en la fría estadística.

Una lluviosa y triste mañana, en el cementerio de Morón, las autoridades bonaerenses rindieron homenaje al sargento Diego Romero, caído en un tiroteo en Parque Leloir. Su hermano Ariel —con uniforme de gala— en un intento por mitigarles el dolor, abrazó a su madre, su joven cuñada y sus pequeños sobrinos, que habían perdido al padre.

En medio de la infausta escena, con sepultureros, palas, pozo y ataúd, masticando su bronca infinita, el teniente Ariel Romero juró vengar a su hermano y comenzó a planificar su venganza.

Diego había muerto de un balazo, cuando —con el Grupo de Operaciones Especiales— concurrió a reprimir el ataque de la tríada china a un chalet de Parque Leloir, propiedad del nefasto doctor Guzmán. Según el informe oficial, el asesino del sargento Diego Romero habría sido un joven pistolero de Fuerte Apache, apodado Paco.

Sin embargo, dentro del chalet —junto al cadáver de Paco— se encontraron dos fusiles ametralladoras recién utilizados. Si bien muchos pensaron que Paco había usado ambas armas, el teniente Ariel Romero sospechaba que el doctor Guzmán podría haber disparado desde su chalet, para luego desaparecer sin ser visto por la policía. Por lo tanto, podría haber sido el autor del disparo que mató a su hermano.

En realidad, todos los caminos de la venganza llevaban a Guzmán. Ya fuera porque él, por sí mismo, mató a Diego, o porque Paco, su soldadito preferido, disparó la bala asesina.

A partir de entonces, aprovechando cada momento libre, Ariel comenzó a espiar al doctor Guzmán y a registrar minuciosamente sus costumbres y movimientos. El problema más serio era que el abogado solía desplazarse acompañado por guardaespaldas. La única excepción eran sus salidas románticas con la sensual esposa de un acaudalado empresario. Esas citas tenían lugar en Parque Leloir. Ella llegaba en su Porsche plateado, cenaban en El Parador del Bosque y luego continuaban la velada en la casa de él. Pero, después del tiroteo que destruyó parte del chalet, la pareja tuvo que recurrir a un hotel alojamiento, ubicado en el Acceso Oeste. Convencido de que esta era la faceta vulnerable de Guzmán, Ariel bosquejó un plan que fue perfeccionando con el correr de los días.

Como se consideraba incapaz de balear “cara a cara” a alguien indefenso, el teniente Ariel Romero decidió aprovechar su experiencia en la manipulación, armado y activación de explosivos para concretar su venganza. Durante su duro entrenamiento, había aprendido a identificar los diferentes tipos de explosivos, sus

manejos, sus aplicaciones, sus características, sus cuidados y tenía conciencia sobre las ventajas, desventajas y peligros de cada uno. Conocer a fondo esas propiedades era un requisito básico para el buen diseño de la voladura que pensaba realizar y para elegir el explosivo más adecuado.

Como miembro de la Brigada de Explosivos, también conocía la vasta gama de materiales disponibles en el mercado local, ya fuera para uso comercial en la ingeniería civil o bien en las fuerzas de seguridad y unidades militares.

Los explosivos de uso militar —si bien eran más difíciles de comprar sin dejar sospechas y rastros que pudieran delatarlo— eran los que mejor se adaptaban a sus planes. Luego de evaluar el TNT (trinitotouelo), el RDX (ciclonita) y la nitroglicerina, Ariel optó por el compuesto B4, una poderosa mezcla de RDX y TNT, usado por su propia brigada, y del que bastaría obtener una pequeña cantidad para hacer volar en pedazos al hijo de puta de Guzmán.

Una vez elegido el compuesto B4, ahora tenía que robarlo del almacén de la brigada donde se desempeñaba.

El teniente Ariel Romero era un treintañero corpulento que medía un metro ochenta y pesaba más de cien kilos. Si bien era respetuoso y formal, su cuerpo musculoso, su recia mandíbula, los ojos pequeños y penetrantes, el corte de pelo “tipo marine” y los tatuajes en el cuello, lo pintaban como un tipo rudo. Era soltero y dedicaba mucho tiempo libre a entrenar y a nadar en un club de Castelar. Por las noches, cuando no mataba el tiempo con Fortnite, se abocaba con fervor a buscar citas en Tinder.

Luego de evaluar y descartar otras alternativas que implicaban más riesgos de ser descubierto, Ariel decidió que el mejor momento para robar los elementos que necesitaba era durante la reunión de entrenamiento para policías bonaerenses. Se trataba del Curso Básico de Explosivos que anualmente imparte la Brigada y que comienza con clases teóricas sobre las diferentes técnicas de manipulación de material y finaliza con prácticas de voladuras en el terreno. Teniendo en cuenta los abundantes explosivos que se utilizaban durante cada curso, la pequeña cantidad que necesitaba sustraer Ariel podría pasar desapercibida. Además, en caso de que se detectara el faltante, dada su

trayectoria y foja de servicios, nadie sospecharía del confiable teniente Ariel Romero.

Como nunca había robado, Ariel esperaba sentir algo como un sentimiento de culpa, pero el odio irrefrenable que le exigía vengar a su hermano lo inducía a razonar como un psicópata y a aceptar que “el fin justifica los medios”. Por eso, no dudó en robar los explosivos. Tampoco dudó cuando tuvo que comprar los detonantes en una armería de Castelar, preparar la bomba y planificar el atentado que acabaría con la vida del odiado abogado.

Era una noche tormentosa y en el estacionamiento del Hotel La Femme ya caían las primeras gotas de lluvia. Mientras fumaba un cigarrillo, Ariel Romero se tranquilizó al pensar que en ese antro de lujuria todos estarían lo suficientemente ocupados como para no perder tiempo mirando por las ventanas. Vestido íntegramente de negro y con la cabeza cubierta por un pasamontaña, se deslizó hasta la camioneta del doctor Guzmán, se tiró al piso y sujetó meticulosamente la carga explosiva al tanque de nafta. Pero, cuando iba a conectar el detonador para activarla a distancia, los faros de un auto que ingresaba al hotel iluminaron la playa de estacionamiento. Sorprendido, Ariel solo atinó a deslizarse debajo de la camioneta. Luego de estacionar, la pareja de recién llegados corrió bajo una lluvia hasta la puerta de entrada y todo volvió a quedar oscuro y silencioso. Recién entonces, Ariel Romero terminó su tarea criminal y regresó al auto. Encendió otro cigarrillo y esperó pacientemente a que la pareja concluyera su encuentro amoroso.

La lluvia era cada vez más intensa y el viento sur había hecho descender la temperatura. El primero en salir del hotel alojamiento fue el Porsche plateado de la mujer, que se dirigió hacia la Ciudad de Buenos Aires. Luego, la siguió la camioneta Land Rover negra del abogado, quien en la primera esquina dobló para regresar a Parque Leloir. A distancia prudencial, el teniente Ariel Romero siguió a la camioneta.

“Unos minutos más y esto se acaba. Habré vengado al pobre Diego y mi vida volverá a la normalidad”, pensó Ariel. Cuando el doctor Guzmán estacionó en el parque de su hermoso chalet —aún en reparaciones después del ataque de la

mafia china—, Ariel Romero apretó el control remoto y una tremenda explosión sacudió la tranquilidad del barrio. Dado el poder de los explosivos utilizados, la onda expansiva que desintegró al auto y despedazó a su único ocupante también afectó a numerosas casas vecinas y arrasó sus jardines. Los pájaros se espantaron y los vecinos se aterrorizaron. Envuelto en un olor acre y penetrante, y sin esperar a que se disipara el humo y el polvo, con un cigarrillo apagado en la comisura de sus labios, el novel justiciero desapareció de la escena del atentado.

Alertados por una llamada al 911, dos patrulleros de la Bonaerense se hicieron presentes en el lugar. En uno de ellos llegó la comisaria Anahí Aberanda, acompañada por su asistente Rossini y otros dos peritos policiales. Un par de meses atrás, en ese mismo lugar, ella había sido testigo de un sangriento tiroteo entre bandas rivales, que terminó con varios muertos. Ahora tenía que investigar aquella terrible explosión. Por suerte, dado que el miedo había mantenido alejados a los posibles curiosos, la escena del crimen parecía no estar contaminada.

Las imágenes eran espeluznantes. La camioneta del doctor Guzmán se había desintegrado y sus partes estaban esparcidas en decenas de metros a la redonda.

—¡Seguro fueron los chinos! —aventuró Rossini.

—¿Tiene algún fundamento esa conclusión? —ironizó la comisaria.

—Guzmán tenía cuentas pendientes con la mafia china y...

—¡Pare, Rossini! —lo interrumpió Aberanda, con firmeza—. Guzmán tenía cuentas pendientes con medio mundo. Mejor, cierre el pico y póngase a trabajar. Quiero que usted y los peritos busquen restos humanos para cotejar con el ADN del abogado. Además, por el tamaño del cráter, parecería que usaron un explosivo plástico. Así que busquen evidencias que lo confirmen o no.

Capítulo XXIV

Conferencia de prensa

Aquella mañana, cuando los zorzales festejaban los primeros rayos de sol, Anahí desayunaba en soledad, porque sus hijos habían ido a pasar el día con su padre. Entonces, recordó el atraso en el pago de la cuota alimentaria y le envió un mensaje a su abogado para exigirle mayor firmeza en los reclamos a su ex.

Antes de terminar el desayuno, un mensaje inesperado la puso de mal humor. El superintendente de Investigaciones —comisario general Perrone— le informaba que, ante la presión periodística, debió acceder a una conferencia de prensa sobre el atentado al doctor Guzmán. Dicha conferencia se realizaría ese mismo día, a las 10 de la mañana, y ella estaría a cargo.

“¡Está en pedo! Me avisa con apenas dos horas de anticipación, sabiendo que necesito más tiempo para preparar mis respuestas a las posibles preguntas... ¿Acaso quiere que me devoren las fieras?”, masculló furiosa la comisaria. De inmediato, se comunicó con la agente Raula Díaz y le ordenó que pasara a buscarla lo antes posible. A continuación, llamó a su asistente Rossini y le encargó una misión casi imposible: organizar la logística de la rueda de prensa y tenerla lista para las 10 en punto.

Contrarreloj, Anahí se duchó, se puso el desangelado uniforme que ocultaba su impecable silueta, se peinó prolijamente el rodete y comenzó a maquillarse. Habitualmente, concurría a trabajar a cara lavada, porque su natural belleza se lo permitía; sin embargo, ese día decidió pintarse los labios y darle un rubor a sus mejillas. Por último, antes de salir, cuando ya la agente Díaz estaba esperándola en el patrullero, Anahí se perfumó con un toque de esa fragancia de rosas que le transmitía energía y seguridad. A pesar del apuro, había logrado un *look* sobrio y ejecutivo, pero también inquietante.

En el trayecto desde el estacionamiento hasta su despacho, la comisaria sintió una inquietud inexplicable. Era una mezcla de bronca y temor a lo que podría suceder. Se sentía como una equilibrista obligada a trabajar sin red.

Sin embargo, ya en el edificio policial, se sorprendió con la única satisfacción de esa mañana: Rossini había hecho el milagro de disimular la obligada improvisación. En el exiguo plazo de un par de horas, el joven asistente no solo había convocado y confirmado la presencia de los medios de comunicación zonales, sino que además les había anticipado que la comisaria Anahí Aberanda haría una breve exposición sobre el atentado con bomba acaecido en Parque Leloir y luego los periodistas presentes podrían hacer las preguntas que consideraran convenientes. La rueda de prensa tendría lugar en el salón Celeste y Blanco, ubicado en el primer piso de la Departamental Morón, y los periodistas, fotógrafos y camarógrafos debían acreditarse media hora antes.

En el centro del mencionado salón, Rossini había dispuesto poner unas pocas filas de seis sillas cada una, dejando los pasillos libres y mucho espacio alrededor para que pudieran ubicarse las cámaras de los canales de televisión y los fotógrafos de la prensa gráfica y digital. Por suerte, todo el edificio contaba con servicio de WiFi. En cambio, no había equipo de amplificación de sonido y Aberanda debería esforzar su voz para poder ser escuchada por todos los presentes. Tampoco había tarima y ella no era de alta estatura. Además, la propuesta de Rossini para contratar, por lo menos, un servicio de café no logró superar las burocráticas barreras presupuestarias.

Casi con puntualidad británica, apenas pasadas las 10 de la mañana, la comisaria ingresó al salón Celeste y Blanco, donde la esperaban apenas unas quince personas, muy pocas comparadas con las que se habían hecho presentes cuando asesinaron al fiscal.

Por la cantidad de *flashes* y las miradas de los hombres, Anahí comprobó que su maquillaje no había pasado desapercibido. Luego de agradecer la presencia de los medios, hizo un breve resumen de los avances logrados en la investigación. Pero la principal noticia era que el caso Guzmán debía pasar al fuero federal y, a partir de ese momento, la Bonaerense cedería las actuaciones a la Policía Federal.

La primera en intervenir fue la corresponsal de *Clarín Zonal*, una de las pocas mujeres presentes, quien —luego de levantar la mano— formuló la siguiente pregunta:

—¡Buen día, comisaria! Soy Jennifer Cruz, de *Clarín*. Teniendo en cuenta que el domicilio de la víctima y el lugar donde se cometió el delito corresponden a la Provincia de Buenos Aires, ¿por qué el caso Guzmán pasa al fuero federal?

—Porque el atentado con explosivos está tipificado como terrorismo —respondió Aberanda con una verdad a medias, ya que la razón de fondo era la vinculación de este caso con el asesinato del agregado cultural de China.

—¿Está confirmado que la víctima era el doctor Guzmán? —preguntó el periodista de *Crónica TV*.

—Así es —confirmó ella.

—¿Hay alguna pista firme? —preguntó el reportero de *La Voz del Oeste*.

—No —respondió ella.

—¿Cuál es la principal hipótesis que se maneja con respecto al móvil del asesinato? —preguntó Domecq de *Castelar Digital*.

—Esa respuesta debe solicitarla a la Policía Federal —dijo la comisaria Aberanda.

—¡Pero hasta hace unos minutos el caso era responsabilidad de ustedes! —insistió enfáticamente Domecq.

—Toda la investigación está bajo secreto del sumario —respondió Aberanda con firmeza y, cambiando de tema, agregó—: Siguiendo pregunta.

—¿Qué explosivo se utilizó en la voladura del auto? —preguntó el reportero de *La Voz del Oeste*.

—Nuestro laboratorio acaba de enviar sus resultados para ser chequeados con los análisis que hará la Policía Federal.

—¿Era un artefacto casero o profesional? —insistió el reportero.

—No era una bomba casera.

—Si no era una bomba casera, ¿podría haberse utilizado un explosivo plástico? —preguntó Jennifer, de *Clarín*.

—Es posible —fue la escueta respuesta.

—¿Hay alguna relación entre este atentado con bombas y los francotiradores de Morón? —insistió Jennifer.

—No... —dudó la comisaria y agregó—: No que yo sepa.

—¿Están investigando la pista china? —preguntó Domecq.

—No que yo sepa —volvió a responder Aberanda, sin mucha convicción.

—¿Tiene algo útil para informar y justificar esta rueda de prensa? —intervino agresivamente el movilero de C5N.

—¡Por supuesto! —replicó Aberanda, visiblemente irritada—. Se los invitó para, tal como acabo de hacer, informarles de primera mano que la causa pasaba al fuero federal. En cuanto al resto de la investigación, esto es todo lo que podemos informar, por el momento.

Para acallar el murmullo de desaprobación, el teniente Rossini se dirigió a los presentes con una sonrisa forzada y tono firme:

—Si no hay más preguntas, damos por terminada la conferencia de prensa. Cualquier información adicional deben recabarla al área de Relaciones Públicas de la Policía Federal.

Mientras el representante de C5N se quejaba por la falta de respuestas, Aberanda agradeció la asistencia y se retiró del salón, huyendo de ese enjambre de reporteros, fotógrafos y cámaras de televisión.

La comisaria estaba furiosa, era una profesional reservada, que evitaba la exposición mediática y hablaba solo lo imprescindible, pero esa absurda rueda de prensa la había dejado en ridículo. Sus superiores no le habían informado ni los objetivos de la conferencia, ni el mensaje que debía transmitir, ni las pautas para responder, ni los temas que debía evitar. La notificación del traspaso de la causa al fuero federal podía haber sido informada mediante una gacetilla de prensa, sin necesidad de convocar a los periodistas. ¿A quién beneficiaba semejante papelón? La comisaria Aberanda se sentía como un mísero peón en un ajedrez político cuyas reglas desconocía. En momentos como este, Aberanda prefería no haber sido promovida a comisaria y seguir siendo una simple inspectora, concentrada en resolver crímenes, pero alejada de estos juegos de poder que aborrecía y para los que no la habían preparado en la escuela de policía.

Caminando rápido y sin mirar a nadie, la comisaria llegó a su despacho, cerró la puerta de un portazo y se dejó caer en su sillón. Un buen rato después, el teniente Rossini se atrevió de golpear suavemente la puerta y solo entró cuando ella lo autorizó:

—¿Le traigo un café? —propuso él.

—No. Lo único que quiero es que alguien me despierte y me diga que todo fue una pesadilla —dijo ella.

—Lo siento..., pero yo... —balbuceó el sorprendido asistente.

—Está bien, Rossini. Le voy a cambiar la pregunta... ¿qué carajo pasó?

—No lo sé. La conferencia de prensa no tenía sentido, pero el tipo de *C5N* es un desubicado.

—Pero Domecq también preguntó con mala leche —insistió ella.

—Creo que Domecq es un fundamentalista y busca la verdad hasta debajo de las piedras —argumentó el asistente.

—Según las leyes de Murphy, si algo puede salir mal, saldrá mal. Entonces, si esta conferencia iba a salir mal, ¿por qué me ordenaron hacerla? —preguntó la comisaria.

—Quizás alguien quería perjudicarla —arriesgó Rossini.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Tal vez alguien se siente incómodo con el protagonismo que tuvo usted en los últimos tiempos —concluyó el fiel asistente.

En ese momento, la comisaria Aberanda comprendió que la conversación estaba entrando en un terreno de indiscreciones que no podía compartir con un subordinado.

—Está bien, Rossini. Paremos acá —dijo ella—. Cambié de idea. Tráigame un café, pero un café de verdad. Por favor, pídalo a la confitería de la esquina, mi estómago hoy no está para “jugo de paraguas”.

Mientras esperaba el café, Aberanda miró por la ventana y distinguió unos nubarrones que presagiaban tormenta. “Se supone que como comisaria debo conocer el contexto y las circunstancias que me rodean y, sin embargo, estoy

como turco en la neblina. ¿Quién carajo me tiene en la mira?”, se preguntó, sin encontrar respuestas.

Capítulo XXV

Obediencia debida

Molesta por la decisión judicial que le quitó la investigación del atentado en Parque Leloir, y antes de transferir el caso Guzmán al fuero federal, la comisaria Anahí Aberanda decidió darle un vistazo al expediente. Fue entonces cuando descubrió entre sus notas —resaltada con flúor rojo— la siguiente frase: “Revisar los antecedentes del teniente Ariel Romero, miembro de la Brigada de Explosivos”. Dichos antecedentes estaban en un sobre enviado por Asuntos Internos que ella aún no había abierto. Con curiosidad policíaca, Aberanda abrió el sobre y leyó el legajo del teniente Ariel Romero, hermano del sargento Diego Romero, muerto en un tiroteo con la banda del doctor Guzmán en Parque Leloir. Según el informe de Asuntos Internos, los antecedentes del teniente Ariel Romero eran impecables y no justificaban la sospecha de que hubiera intentado vengar a su hermano colocando explosivos en el auto de Guzmán. Convencida de que se trataba de otra pista inconducente, cerró sus investigaciones sobre este caso.

Esa misma tarde, cuando comenzaba a disfrutar la tranquilidad de su rutina diaria, la comisaria Aberanda recibió una inesperada orden: debía presentarse de inmediato ante la máxima autoridad de su área, el superintendente de Investigaciones, comisario general Lucio Perrone.

Con justificada inquietud, tras una breve mirada de control en el espejo que tenía en el cajón de su escritorio, Anahí Aberanda subió al ascensor, llegó al despacho del superintendente y se presentó ante la secretaria. Luego de cierta demora, la hicieron pasar.

El comisario general Lucio Perrone —un sesentón obeso y calvo— la recibió con una frase intimidante:

—¿Qué demonios le pasa, comisaria?

—¿A qué se refiere, señor? —reaccionó Aberanda, sorprendida y rígida en posición de firme.

—¿Cómo se le ocurre ensuciar a sus colegas? —la interpeló con su tosco vozarrón de militar retirado.

—Disculpe, señor, pero no entiendo —dijo ella, respetuosamente.

—¡El que no entiende soy yo! ¿Cómo se permitió investigar a intachables miembros de nuestra fuerza?

—¿Usted se refiere a...?

—Me refiero al subcomisario Ariel Campillo y al teniente Ariel Romero —la interrumpió el superintendente.

—Solo pedí los antecedentes a Asuntos Internos —dijo en voz muy suave.

—¡Usted no tiene autoridad para ese tipo de investigaciones! —espetó él alzando la voz.

—Como Yan Hui Ping asesinó al sargento Hugo Goya, pensé que su pareja, el subcomisario Ariel Campillo, tendría un móvil para vengarse —argumentó Aberanda—. Y con respecto al teniente Ariel Romero, imaginé que podría haber intentado vengar a su hermano, el sargento Diego Romero, asesinado por el clan Guzmán. Pero luego de ver ambos legajos, me convencí de que no tenía elementos para sospechar y ni siquiera me contacté con ellos.

—Mire, comisaria —continuó Perrone en tono amenazador—, como policía y como mujer, usted debe saber la importancia de las apariencias. No solo hay que ser honesto, sino también parecerlo, porque la percepción es tan importante como la realidad. Cuando Asuntos Internos analiza un legajo y lo remite a Investigaciones Criminales, todo el mundo piensa “algo habrá hecho”, y a partir de ese momento, el policía investigado se convierte en un leproso al que todos esquivan.

—Pero yo, simplemente... —intentó argumentar la comisaria Aberanda.

—¡Basta! —ordenó el superintendente—. Usted metió la pata hasta el caracú, así que de ahora en más no puede pedir nada a Asuntos Internos sin expresa aprobación mía. ¿Está claro?

—Está claro, señor. Pero...

—¡Pero nada! Retírese y agradezca que la sacó barata —ordenó en tono amenazador.

Con un indisimulable gesto de bronca, Aberanda dio media vuelta y salió de

la oficina. Otra vez, su carrera se topaba contra el maldito *esprit de corps*, esa exagerada solidaridad policial que prevalecía sobre la ética y la justicia.

La comisaria se sentía víctima de una cabronada injusta y fuera de lugar porque criticaban su trabajo en un caso ya cerrado y en otro del que ya había sido apartada. Pero luego intuyó que, tal vez, no se trataba de un reproche sobre su actuación pasada, sino de una advertencia para condicionar su accionar futuro. De ahora en más, la obediencia debida tenía que prevalecer sobre cualquier principio ético o moral. Recién entonces le cayó la ficha y pudo atar cabos. La orden de enfrentar una improvisada rueda de prensa sin ninguna instrucción de su superior había sido para desprestigiarla y condicionarla. El papelón forzado y las críticas del superintendente Perrone estaban concatenados con el único fin de cortarle las alas y volverla sumisa.

Pero ¿por qué? ¿Qué había hecho ella para generar tal reacción? Evidentemente, se trataba de algo que Perrone consideraba grave. En ese momento, Aberanda extrañó a su jefe anterior, el comisario general Riccio, quien se había jubilado unos meses antes. El superintendente Riccio siempre la había respetado y no solo no se entrometía en sus investigaciones, sino que la animaba paternalmente cuando necesitaba aliento. En cambio, ahora se sentía como una hoja en la tormenta, zarandeada por una fuerza irracional.

Después de un día terrible, en el que su jefe la había cagado a pedos, Aberanda quería que la tragara la tierra. Se retiró temprano de la oficina, llegó a su departamento y se tiró en la cama. Cuando despertó, ya había anochecido y tenía hambre. Como no tenía nada para comer, la única opción era salir a cenar. Entonces, se le antojó gratificarse con los voluptuosos *malfatti* con salsa de brócolis que ofrece ese rincón de la bohemia nostálgica de Castelar conocido como Tarzán.

Sin horarios ni apuros, Anahí se dio un baño lento y relajante, se lavó el cabello bajo la ducha y luego —con inusual paciencia— se lo peinó lacio y libre de *frizz*. Al momento del maquillaje, optó por arquearse las pestañas renegridas que resaltaban los ojos color miel, pintarse los labios con un rojo oscuro y darle un rubor a sus mejillas. Por último, recurrió al infaltable toque de la fragancia de

rosas, plena de frescura y energía. Como en su *placard* no había demasiada variedad, Anahí eligió una blusa blanca cuyos botones podía ir desabrochando según las circunstancias y un pantalón negro ajustado. Antes de salir, se puso sobre los hombros una campera de cuero negro, por si más tarde refrescaba.

Esa noche no había baile en Tarzán y Milonguita, la profesora de tango, cenaba sola. En cuanto la comisaria Aberanda entró al restaurante, la profesora la reconoció, se puso de pie y —con un gesto cordial— la invitó a su mesa. A partir de ese momento —mientras disfrutaban la buena comida y bebida de ese bodegón con aura mística—, las dos mujeres charlaron de bueyes perdidos. Ante una pregunta de Anahí, la profesora contó que se había vinculado con el tango por casualidad. Cuando trabajaba decorando interiores, una amiga le propuso concurrir a una clase y ella aceptó.

—Fui y, si bien primero sentí que eso no era para mí, poco a poco, comencé a disfrutarlo —reconoció la joven profesora—. Después de un tiempo, visité una milonga, pero no bailé, me quedé mirando. La concurrencia estaba compuesta por gente mayor que parecía celebrar un ritual de gestos y miradas, desde la forma de sentarse en círculo alrededor de la pista hasta la ropa: señoras de medias negras, pollera y pintadas como en la época de oro del tango. Tiempo después, conocí Tarzán, al que concurría gente de todas las edades, de 16 a 80 años, y ahí me animé a bailar. Reconozco que, al principio, yo era de madera, muy dura, pero con el tiempo y mucha práctica y mucho ensayo, me volví habitué y en vez de ir a tomar una cerveza a un bar me venía a la milonga.

Pasaron cinco años y muchas noches de tango hasta que Milonguita tuvo la oportunidad de poder enseñar lo que sabía.

—Hubo veces en que no tuve alumnos —reconoció humildemente la profesora—. Pero, poco a poco, se fue sumando gente y ahora saturamos Tarzán con clases a *la gorra*, donde compartimos **nuestra** pasión por bailar el tango.

Después, fue Anahí la que contó su historia:

—Nací en Mocoretá, Corrientes, y una vez que terminé la secundaria, me mudé a Buenos Aires para estudiar Bioquímica. Después, tuve la suerte de ingresar como pasante en el laboratorio forense, pero me cansé de diseccionar

cadáveres y pedí el pase a la Brigada de Investigaciones. Otra decisión importante fue casarme con un chanta, un charlatán mentiroso con el que tuve dos hijos. Cuando nos divorciamos, un juez decidió que los chicos quedaran con el padre, pero, gracias a Dios, el fallo fue revertido. Hoy los chicos viven conmigo y con mi mamá, que me ayuda a cuidarlos —resumió Aberanda, con gesto adusto al mencionar a su ex y una tierna sonrisa al hablar de sus hijos.

—¡Te felicito! Debés estar orgullosa de tu carrera —dijo sinceramente Milonguita, mientras servía vino en las dos copas.

—Lo estaba, pero ya no —se lamentó Aberanda, con una mueca de frustración.

—¿Qué pasó?

—Me están serruchando el piso, pero lo peor es que no sé por qué —dijo gesticulando con una mano mientras con la otra acercaba el vaso de vino a su boca.

—Seguramente se va a solucionar —opinó con optimismo Milonguita.

—¡Dios te oiga! Porque estoy viviendo un infierno —concluyó la comisaria Aberanda, a quien la sola mención de su trabajo bastaba para arruinarle los exquisitos *malfatti*.

Capítulo XXVI

Tráfico de armas en Castelar

El miércoles 26 de junio, cuando un informante le avisó que se estaba realizando un allanamiento en una armería de la avenida Rosas, se dirigió de inmediato a ese rincón de Castelar.

Al llegar, lo sorprendió la magnitud del operativo que incluía a efectivos de Gendarmería junto a personal de la AFI, la Aduana y la AFIP. Convencido de que se había topado con una historia que merecía ser contada, comenzó a hablar con los involucrados, desde miembros de las fuerzas de seguridad y funcionarios públicos, hasta damnificados y vecinos del barrio.

Un par de horas después, llamó a Gabriel Colonna y le propuso publicar en *Castelar Digital* un artículo periodístico sobre el allanamiento de una armería de la zona, involucrada en un inmenso contrabando de armas por la Triple Frontera, con ramificaciones en Estados Unidos y España. En cuanto Gabriel le dio su consentimiento, comenzó a redactar la nota.

Tráfico de armas en Castelar (1ª nota)

El allanamiento de una armería ubicada en la avenida Juan Manuel de Rosas fue el desenlace de una exitosa investigación internacional por tráfico de armas.

Bajo un total hermetismo, las fuerzas de seguridad llegaron a Castelar en dos camionetas de Gendarmería, mientras que funcionarios de la AFIP y de la Aduana hacían lo propio en una combi del Ministerio de Seguridad.

El cabecilla de la banda, un hombre de 50 años de edad, con antecedentes penales en Estados Unidos, al ver a los gendarmes, intentó esconderse en el búnker de su casa, un sótano adjunto a su cochera con una gruesa puerta metálica, pero fue detenido.

Con el correr de las horas, se pudo conocer que el allanamiento era parte de múltiples procedimientos que se realizaron en Capital Federal, Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Río Negro y Santiago del Estero, como así también en España y Estados Unidos.

Según detallaron fuentes del expediente, solo en nuestro país hubo 17 personas detenidas y se secuestraron más de 2.500 armas, explosivos, granadas y un cañón antiaéreo. Las armas eran ingresadas al país en encomiendas desde España y en un buque de bandera portuguesa llamado Palak. Se sospecha que el material bélico de alto poder era enviado a grupos armados narco de Brasil como el Comando Vermelho.

La participación del Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos (conocido como Homeland Security) permite suponer que habrá más sorpresas en esta investigación.

Jorge Osvaldo Domecq

Tráfico de armas en Castelar (2ª nota)

En el caso que estamos analizando, la agencia norteamericana Homeland Security incautó más de 100 armas de alto calibre que tenían como destino Argentina. A partir de esta información, entre ambos países se coordinó una entrega controlada, en la que las armas fueron reemplazadas por maderas. A medida que los envíos llegaban a sus destinos, se allanaron cuatro depósitos en la ciudad de Buenos Aires, uno en la localidad bonaerense de Haedo, uno en Río Cuarto (Córdoba) y los demás en la ciudad de Mendoza. En los operativos participaron la Agencia Federal de Inteligencia (AFI), Gendarmería Nacional y la Aduana, y se detuvieron a seis personas involucradas en el contrabando.

En una triangulación meticulosamente pensada, las armas, que llegaban en partes, eran ensambladas en la Argentina antes de seguir camino hacia Paraguay y Brasil. Este fenómeno difícil de rastrear —armas ensambladas de varias partes— se conoce en la jerga como “fusiles Frankenstein”. Una vez que las armas estaban terminadas, eran ocultas y enviadas a Brasil a través de una empresa de transportes de pasajeros de origen paraguayo, con la connivencia de un grupo de choferes. En Paraguay, las armas eran trasladadas por vía terrestre hasta Brasil.

La ministra de Seguridad de la Nación informó que este exitoso operativo permitió la detención de 17 personas y el secuestro de más de 2.500 armas, como fusiles de asalto tipo Colt M4 y fusiles Kalashnikov AK47, escopetas, una ametralladora PAN con numeración limada, granadas, minas antipersonales, trotil en escamas, toneladas de pólvora y explosivos plásticos.

Cuando un periodista le pidió que confirmara o desmintiera la versión de que habría miembros de las fuerzas de seguridad implicados en esta causa, la ministra solo respondió con un lacónico “sin comentarios”. Como ustedes imaginarán, a partir de ese momento, mis colegas y yo comenzamos a investigar esa pista no desmentida.

Luego de múltiples e infructuosas consultas, un expleado de la armería allanada en Castelar me informó que uno de los dueños del local era un suboficial del Ejército Argentino vinculado al abogado Guzmán, quien fue líder de la mafia de Fuerte Apache y murió en un atentado con explosivos puestos en su auto. Como este caso está siendo investigado por el fuero federal, me permití enviarles copia de esta valiosa información. Espero que hagan algo útil con esta.

Jorge Osvaldo Domecq

Aquella mañana, al ingresar al edificio de la Departamental Morón, el teniente Rossini vio que Anahí Aberanda ya estaba en su despacho y decidió hablarle sin demoras.

—Buen día, comisaria. ¿Leyó las notas de Domecq en *Castelar Digital*? —dijo el joven.

—No. ¿De qué tratan? —preguntó ella, frunciendo el ceño en claro gesto de preocupación.

—Explican el megaoperativo por el tráfico de armas e involucran al doctor Guzmán.

—¿Al finado Guzmán? —se sorprendió la comisaria.

—¡Exacto! —respondió él.

—¿Y qué dice? —preguntó ella, realmente interesada

—Que envió esa información al fuero federal que hoy tiene la causa.

—Domecq hizo lo correcto, pero me gustaría saber qué descubrió —dijo la comisaria—. Lástima que nuestra relación no está como para pedirle favores.

—Si le parece, lo llamo y averiguo —se ofreció el joven.

—¿Con qué excusa? —preguntó ella, indecisa.

—Con la verdad. Era nuestro caso y, aunque ya no nos corresponda investigarlo, seguimos interesados en saber qué pasó —dijo Rossini.

—Tiene razón. Manéjelo a su criterio y manténgame informada —decidió la comisaria, que respetaba y valoraba el punto de vista de su asistente.

Mientras Rossini intentaba comunicarse con Domecq, la comisaria aprovechó para leer las dos notas publicadas por *Castelar Digital* sobre el tráfico de armas. En realidad, Domecq repetía lo ya publicado en otros medios y la única novedad que aportaba era la supuesta vinculación de Guzmán y un suboficial del Ejército argentino con la armería allanada en Castelar.

El regreso de Rossini interrumpió la lectura de Aberanda:

—Comisaria, Domecq prefiere hablar personalmente y sugiere encontrarnos a tomar un café en Crocantino. ¿Puedo ir? —preguntó el asistente.

—Por supuesto... y lleve plata, porque me parece que Domecq es un viejo tacaño —bromeó ella.

El tiempo pasó, llegó el mediodía y Anahí tuvo hambre. Pese a que no era bueno para su silueta, encargó tres empanadas a Tío Antonio. Justo cuando estaba en medio de su almuerzo, regresó Rossini y le resumió su charla con el periodista.

—Según Domecq, la armería de avenida Rosas abastecía, entre muchas otras, a la banda del doctor Guzmán. Pero hubo un cortocircuito y esa relación terminó mal, muy mal. Al punto que algún malpensado puede imaginar que a Guzmán lo silenciaron con una bomba armada con los explosivos que vende esa misma armería —concluyó Rossini.

—¿A usted le parece una versión creíble? —preguntó la comisaria.

—Creo que es muy difícil conseguir explosivos plásticos como los que mataron a Guzmán y esa armería de Castelar es uno de los pocos lugares que los vende ilegalmente.

—Pero ¿cuál sería el móvil? —insistió la comisaria.

—Esa es la pregunta crucial que Domecq no pudo o no quiso contestar —dijo el asistente.

—¿Y a usted no se le ocurre una respuesta verosímil?

—En realidad, no es una ocurrencia mía, sino un chimento que escuché —comenzó el teniente—. Apparently, Guzmán intermediaba en la venta de armas argentinas a una banda narco de Brasil. Pero pasó algo raro y las armas no llegaron al que había pagado la compra, sino a otro grupo enemigo.

—¡Guau! —exclamó la comisaria—. De ser cierta, esa traición se paga con la vida.

—¿Quiere que siga averiguando? —propuso Rossini.

—El superintendente Perrone me prohibió meter la nariz en este caso, pero a usted, que yo sepa, nadie le prohibió nada.

El joven teniente —impulsivo y ambicioso— hizo el gesto de cerrar la boca con un cierre relámpago y se retiró del despacho de la comisaria.

Una vez que quedó sola, Anahí Aberanda se sirvió el resto de café que había preparado en su casa y repasó la reciente conversación con Rossini. Con respecto al móvil del asesinato del doctor Guzmán, el joven teniente había dicho que Domecq no pudo o no quiso contestar esa pregunta. En realidad, no querer o no poder no eran sinónimos, sino que representaban situaciones bien distintas. Si no pudo contestar, podría ser que no conociera la respuesta, pero si en realidad no quiso, significaba que Domecq sabía la respuesta, pero no quiso compartirla con Rossini. De ser válida esta última opción, era muy importante averiguar qué era lo que Domecq sabía pero no quería divulgar.

Para evitar un posible desplante, la comisaria Aberanda descartó la posibilidad de llamar por teléfono a Domecq. Por lo tanto, sus opciones eran un WhatsApp o un *e-mail*. Finalmente optó por el *e-mail*, porque le pareció menos personal que el WhatsApp.

Luego de elegir cuidadosamente cada palabra, le envió el siguiente mensaje:

Hola, Domecq, leí su artículo sobre el tráfico de armas y quisiera que me ampliara su comentario sobre el rol del doctor Guzmán en esa megacausa.
Saludos, Anahí.

La respuesta no se hizo esperar, pero tenía sabor a poco:

*Hola, Anahí, ya le conté a su asistente todo lo que sabía, por lo tanto, le sugiero que hable con él.
Saludos, Jorge Domecq.*

Evidentemente, Domecq no quería hablar del tema, y como el caso había pasado al fuero federal, la comisaria Aberanda no tenía autoridad para exigirle una respuesta. Pero, como buena cabeza dura, ella no se iba a dar por vencida tan fácilmente.

Capítulo XXVII

La venganza

Pese a que había sido apartada del caso, la comisaria Aberanda seguía empeñada en descubrir las vinculaciones entre el siniestro Guzmán y la megabanda de traficantes de armas. Además, si un aficionado como Domecq había logrado “destapar esa olla”, no había razones para que una investigadora profesional como ella no pudiera descubrir ese oscuro vínculo. Entonces, decidió ingresar a su computadora y releer minuciosamente el expediente de la causa, como paso previo a un contacto con las mismas personas que Domecq había entrevistado para *Castelar Digital*.

Un par de días después, sin uniforme policial, Anahí Aberanda ingresaba al bar del Club Argentino de Castelar y se sentaba a la mesa donde la esperaba un hombre calvo, con barba candado. Aparentaba unos sesenta años y con voz ronca, como de fumador, preguntó:

—¿Aberanda?

—¡Sí! Y usted debe ser Joaquín —dijo ella, mientras se sentaba.

El hombre se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

Con suma prudencia, la comisaria fue recabando la información que atesoraba este ex empleado de la armería de la avenida Rosas, en Castelar.

Así, pudo confirmar que el doctor Guzmán y otros miembros de la mafia de Fuerte Apache eran importantes compradores de armas de guerra, tanto para sus propias actividades delictivas como para revender a otras bandas, locales o del exterior. Sin embargo, un dato marginal pasó a tener gran relevancia para Aberanda. Según su confidente, meses atrás, alguien había invocado el nombre de Guzmán para comprar explosivos y detonadores. Pero cuando el empleado de la armería se lo comentó, Guzmán no solo negó conocerlo, sino que exigió que le diera el nombre del misterioso personaje, quien resultó ser un miembro de la Brigada de Explosivos: teniente Ariel Romero.

Al escuchar ese nombre, la comisaria Anahí Aberanda se alegró por la confirmación esperada. Ariel Romero era el hermano mellizo de un policía

asesinado por Guzmán y podría haber intentado vengar la muerte de su hermano. Por esa razón, había pedido su legajo a Asuntos Internos sin imaginar que esa actitud irritaría al superintendente de Seguridad, comisario general Perrone, un ferviente defensor del *esprit de corps*, esa enfermiza solidaridad entre colegas. La comisaria Aberanda aún recordaba la frase con la que Lucio Perrone le había ilustrado la orden de cancelar la investigación del teniente Ariel Romero: “Entre bueyes no hay cornadas”.

De regreso a su despacho, la comisaria llamó a Rossini y le pidió a la agente Raula Díaz que no le pasara llamadas. Ya a solas con su asistente, Aberanda le resumió lo que le había contado Joaquín Benítez, el ex empleado de la armería.

—Ya sabíamos que Guzmán había matado a uno de los mellizos Romero, pero ahora descubrimos que Guzmán y el otro mellizo estaban involucrados en el tráfico de armas a través de la armería de Castelar. Pero no sabemos qué rol jugaba cada uno. ¿Eran cómplices o meros clientes de ese meganegocio ilegal? —preguntó la comisaria—. Estas son las respuestas que vamos a buscar, pero, como estamos fuera de la causa, debemos manejarnos con extrema prudencia y sin involucrar a nadie más. De lo contrario, el superintendente Perrone se dará el gusto de echarnos a patadas en el culo —concluyó sin eufemismos.

Las primeras respuestas indicaban que en la armería de la avenida Rosas nunca habían visto a Guzmán y Romero juntos. Además, mientras que Guzmán era un comprador frecuente y por grandes montos, Romero solo había hecho una compra y de poco valor.

Para concentrar la búsqueda, la comisaria le pidió a Rossini que buscara la factura o comprobante de la compra de Ariel Romero en la armería de Castelar. Quería saber qué había comprado y cuándo.

Esa tarde, Rossini ingresó al despacho de su jefa haciendo el gesto del ancho de espadas.

—¿Qué le pasa, teniente, está practicando para un torneo de truco? —preguntó la sorprendida comisaria.

—¿Cuántos días de licencia me daría si le demuestro que Romero compró explosivos justo unos días antes de que volaran el auto de Guzmán? —respondió exultante el joven.

—Habría que confirmar si esos materiales coinciden con los restos descubiertos en la escena de la explosión —comentó ella.

—¡Ya lo confirmé, comisaria! —respondió Rossini—. Ariel Romero está hasta las manos.

—Mire, Rossini, no basta con poner caracoles en una olla. Lo importante es que no se escapen mientras los están cocinando vivos.

—¡Qué asco, jefa! Prefiero un choripán —se sinceró el joven asistente.

—Era una metáfora, Rossini. Una metáfora tan inútil como tirarle margaritas a los chanchos —agregó ella, evitando una risa hiriente.

—No entiendo... ¿Qué me quiere decir, comisaria? —dijo Rossini arqueando las cejas.

—¡Ver para creer! Era una frase de mi abuela que se aplica a este momento. Usted mencionó supuestas evidencias, pero hasta ahora son solo palabras. Necesito pruebas. Pruebas sólidas como para presentar al fiscal y convencer al superintendente Perrone. ¿Ahora entendió o tengo que repetirlo? —dijo la comisaria, que ya estaba perdiendo la paciencia.

Rossini bajó la cabeza y, en voz baja, comenzó a describir minuciosamente aquellos indicios que consideraba evidencias contra Romero. Fue recién entonces cuando, a pesar de sus dudas, la comisaria tuvo que reconocer que su joven asistente había conseguido algunas pruebas contundentes.

Según los registros de la armería, unos pocos días antes del asesinato del doctor Guzmán, el policía bonaerense Ariel Romero había comprado unos detonadores de explosivos a distancia, de la marca Enaex, compuestos de una cápsula de aluminio con una carga de pentrita y nitruro de plomo en su interior. Este dato era de suma importancia, porque en la escena del crimen de Guzmán —entre los hierros retorcidos y calcinados de su auto—, la Policía Científica había encontrado restos de una cápsula de aluminio con la inscripción Enaex, idénticos a los detonadores comprados por Ariel Romero.

En consecuencia, las sospechas sobre el mellizo no se basaban solo en la existencia de *un motivo* —vengar el asesinato de su hermano—, sino también en el *medio utilizado*: un detonador comprado por Romero, sospechosamente coincidente con el encontrado en la escena del crimen. Para cerrar el círculo acusatorio, solo faltaba probar que Ariel Romero había tenido *la oportunidad* de poner la bomba en el auto de la víctima. Para eso era necesario ubicarlo en la escena del crimen y seguramente las cámaras de Parque Leloir habrían registrado alguna escena comprometedora.

Convencida de la contundencia de la pruebas aportadas por Rossini, la comisaria Aberanda enfrentaba el dilema de cómo avanzar en un terreno expresamente vedado por el superintendente Perrone. Una vez más, fue su lúcido asistente quien le propuso una mentira ingeniosa: para no reconocer que había desobedecido al superintendente, Aberanda le diría al fiscal que las pruebas de los detonadores las había solicitado cuando ella todavía estaba a cargo de la investigación y que recién ahora le habían llegado los resultados.

Al día siguiente, a partir del momento en que Aberanda presentó este contundente informe a la fiscalía, se dispararon una serie de reacciones en cadena:

→ El fiscal de la causa accedió al pedido de la comisaria Aberanda, incorporó las evidencias que ella presentó y pidió otras medidas de prueba contra Ariel Romero.

→ Furioso porque Aberanda había desobedecido sus órdenes, el superintendente Perrone decidió castigarla mediante su traslado a una ignota comisaría de Médanos, un pequeño pueblo bonaerense con menos de cinco mil habitantes.

→ Ariel Romero, al enterarse de que lo tenían en la mira, decidió jugarse el todo por el todo, eliminando a sus acusadores: Aberanda y Rossini.

El teniente Bruno Rossini era un muchacho de origen humilde que había

egresado con honores de la escuela de policía. Cuando la comisaria Aberanda descubrió a este joven respetuoso, amable, honesto y trabajador, lo designó su asistente. Con el tiempo, por su versatilidad, imaginación y buen juicio para sortear las frecuentes trabas burocráticas, fue promovido a teniente. Vivía en un monoambiente alquilado y se movilizaba en una moto de mediana cilindrada que estaba pagando en interminables cuotas. Como en su departamento no tenía espacio para guardarla, Rossini dejaba su moto encadenada a un grueso jacarandá, frente a su domicilio.

Aquella noche estaba solo y, como no tenía ganas de cocinar, pidió *delivery* a la rotisería JL, sacó una botella de vino ya empezada y buscó en Netflix un nuevo capítulo de *Wallander*. De pronto, la casa vibró por una explosión y algunos vidrios se hicieron añicos. Aturdido por el ruido, se asomó a la ventana y descubrió que su moto ardía, devorada por las llamas y envuelta en humo negro. De inmediato, agarró su arma reglamentaria y salió a la calle. Mientras los perros ladraban y la alarma de un auto sonaba sin cesar, un vecino intentaba en vano apagar el incendio con el matafuegos del auto, otro manguereaba el chamuscado jacarandá para que no se quemara y una tercera le informó que ya había llamado al 911. Cuando llegaron los bomberos, solo quedaban restos humeantes de metales retorcidos.

Capítulo XXVIII

Noche de pesadillas

Cuando el patrullero que conducía a Raula Díaz junto a otros dos agentes llegó a la escena de la explosión, los bomberos ya casi terminaban su tarea. Mientras sus colegas acordonaban la amplia zona regada por restos de la moto, Raula se acercó a Bruno Rossini, lo estrechó en un sincero abrazo y —sin preámbulos— le comunicó el mensaje anónimo que había llegado al 911: “Rossini, esto recién empieza”. Todavía aturdido por la explosión y ahora crispado por la amenaza, el teniente Rossini se sentía en el peor de los mundos. Fue Raula quien le sugirió que hablara con la comisaria Aberanda. Si bien ya no era más su jefa —porque ahora estaba purgando un injusto castigo en la remota localidad de Médanos—, siempre podía aportarle una opinión esclarecedora.

Sin prestar atención a que ya había pasado la medianoche, Rossini llamó a Aberanda, quien no pudo disimular la alegría y la emoción que le producía esa llamada. Convencida de que Rossini estaba interesado en saber cómo sobrevivía en este doloroso exilio interior, Anahí Aberanda le contó —con lujo de detalles— la desgarradora separación de sus hijos, que se extendería, como mínimo, hasta la finalización del corriente ciclo escolar. Aunque los chicos seguían viviendo con su abuela, la forzada ausencia de Anahí le había devuelto un inesperado protagonismo al chanta de su exesposo.

Recién después de desahogarse hasta las lágrimas, Anahí le preguntó a Rossini cómo estaba. Entonces, recibió otro inesperado baldazo de agua fría. No podía creer que su asistente hubiera sido el blanco de un ataque con bombas. Si bien no tenía el menor indicio, su intuición y la metodología utilizada le hacían sospechar de Ariel Romero, el mellizo acusado de haber puesto el explosivo asesino en el auto del doctor Guzmán. Todo era tan sorpresivo y tan reciente que Aberanda le propuso meditarlo con calma y llamarlo la mañana siguiente. Pero, inquieta por el riesgo que corría Rossini, insistió en que se mudara inmediatamente, al menos por unos días, porque estaba en la mira de alguien muy peligroso y que sabía dónde vivía.

Sin atender la recomendación de Aberanda, Rossini se despidió de Raula Díaz y regresó a su departamento. Como la comida se había enfriado y él había perdido el apetito, decidió levantar la mesa y ordenar la cocina, mientras se tomaba un par de vasos de vino.

En plena madrugada, Bruno Rossini se despertó con una contractura en el pecho tan fuerte que creyó que se moría. Estaba paralizado y se sentía incapaz de dominar la angustia y el miedo. Sumido en la oscuridad, pensó que tal vez no estaba preparado para una profesión tan cruel y exigente como la de policía, tan distinta a su anterior vida en el campo, arriando vacas en sus queridos caballos criollos. Sin noción del tiempo, fue recuperando el control de sí mismo hasta que decidió llamar a Emergencias. Al rato, una doctora y un enfermero, ambos jóvenes y con acento venezolano, se hicieron presentes y lo atendieron con cordial profesionalismo. Mientras le controlaba presión arterial, ella le hizo las preguntas de rigor.

—¿Tienes idea de qué pudo desencadenar este ataque de pánico?

—¿Pánico? —dijo Bruno en tono avergonzado—. Creía que los policías no padecíamos esas cosas.

—¿Acaso no son tan humanos como el resto de los mortales? —preguntó ella, con una leve sonrisa y tonada caribeña.

—Quiero decir que nos preparamos para enfrentar situaciones de mucha tensión —aclaró él.

—No creo que el programa de estudios te prepare para recibir una bomba en la puerta de tu casa —dijo la doctora.

—¿Quién te mencionó la bomba? —preguntó Rossini.

—Ya lo habían informado al 911 y me lo confirmó el agente de consigna. Aunque me hubiera bastado con mirar cómo quedó tu calle.

—Acá no son comunes los atentados contra policías —dijo Rossini.

—¿Vives solo? —preguntó la joven doctora, cambiando de tema y mirándolo a los ojos.

—Sí —reconoció Rossini, esbozando apenas una sonrisa.

—¿Y no tienes nadie con quien hablar de las cosas que te preocupan?

—No —dijo él con cierta incomodidad.

—¿Estás haciendo terapia? —insistió ella con naturalidad, como si fueran preguntas de rutina.

—No. Nunca lo consideré necesario —respondió él ya molesto.

—Tal vez este sea el momento —sugirió impasible la doctora venezolana.

—Creo que, en este momento, los 40 millones de argentinos necesitamos terapia —ironizó Rossini.

—Yo hablo de tu caso concreto —dijo la médica con tono firme—. El ataque de pánico fue un llamado de atención, un aviso de tu cuerpo porque algo no está bien. Solo tú tienes la respuesta, pero alguien debe ayudarte con las preguntas adecuadas.

—¿Vos sos terapeuta? —preguntó Rossini para molestarla.

—No. Pero seguramente tu obra social podrá recomendarte alguno —respondió ella—. Tengo pacientes que atender. Si vuelves a sentirte mal, no dudes en llamar a Emergencias. Buenas noches.

Bruno Rossini le dio las gracias y estrechó la mano de la médica y el enfermero, quienes se retiraron sin hacer más comentarios.

“¿Estoy en el mundo del revés?”, se preguntó Rossini. “¿Qué sentido tiene seguir siendo policía si ahora los criminales nos persiguen a nosotros?”, se cuestionó, desilusionado. “Todo parece tan irreal como una ficción, pero la bomba en mi moto y la amenaza de que esto recién comienza son reales y me obligan a tomar recaudos y replantear mi vida.”

A la mañana siguiente, camino a la comisaría, el teniente Rossini recibió un WhatsApp de Aberanda: “Sugiero buscar coincidencias entre los restos de las bombas utilizadas en su moto y en el auto de Guzmán. Intuyo que ambos casos podrían estar relacionados”.

Sin demoras, Rossini se dirigió al laboratorio de la Policía Científica Bonaerense y transmitió el pedido de la comisaria Aberanda. Para su sorpresa, le informaron que, por orden del superintendente Perrone —con el argumento de que

el caso correspondía al fuero federal—, todas las evidencias estaban bajo custodia de la Policía Federal y los agentes bonaerenses no tenían acceso.

En cuanto pudo, Rossini se comunicó con Aberanda y le dio la mala noticia.

—Desde este exilio de mierda, no puedo intervenir directamente en esa causa, pero algo se me va a ocurrir —respondió la comisaria—. Sigamos en contacto.

Por esas jugarretas del destino, al trasladar a Aberanda a la ignota comisaría de Médanos, el superintendente Perrone, en vez de castigarla, le había salvado la vida, alejándola de las garras de Ariel Romero. En cambio, el destino se había ensañado con Bruno Rossini, quien —por descarte, en ausencia de Aberanda— pasó a ser la víctima elegida para la venganza.

El joven Rossini estaba harto de las arbitrariedades de “los de arriba”, que manipulaban investigaciones según sus conveniencias y marginaban a los buenos profesionales que todavía respetaban los principios éticos y morales. Esa “mano negra” había desterrado a la comisaria Anahí Aberanda cuando —al vislumbrar el poder secreto detrás de los escándalos policiales— quiso investigar quién o quiénes protegían al teniente Romero.

Para intentar apartar esos pensamientos, Rossini se juró resolver el atentado contra su vida, con la ayuda de sus superiores o sin esta.

“¿Qué puedo hacer?”, se preguntó meditabundo.

Fue entonces cuando recordó las crónicas sobre el atentado contra Guzmán, que Domecq había publicado en *Castelar Digital*, y decidió llamarlo.

Cuando sonó su celular, el veterano periodista estaba tomando un café en Tarzán.

—¡Hola, Domecq! Habla Bruno Rossini.

—¿Es cierto que le pusieron una bomba? —preguntó el periodista, omitiendo el saludo.

—¡Sí! Por eso quiero hablar con usted —respondió el joven teniente.

—Estoy en Tarzán. ¿Por qué no se hace una escapada, compartimos un café y hablamos? —propuso Domecq.

—¡Ok! En media hora estaré ahí.

—Lo espero.

Poco antes de la hora acordada, un patrullero, conducido por la agente Raula Díaz, estacionó frente a Tarzán y, unos segundos después, una vez que descendiera el teniente Rossini, regresó a la Departamental Morón.

Bruno Rossini, enfundado en su arrugado uniforme de la Bonaerense, parecía regresar de un campo de batalla. Estaba demacrado, ojeroso y miraba a su alrededor buscando posibles amenazas.

—No pude dormir —dijo el joven, con voz apagada.

—Tómese mi café y, mientras le pido otro bien cargado, cuénteme todo lo que pasó, sin omitir detalles —propuso Domecq.

—Anoche, como de costumbre, dejé mi moto estacionada frente al alojamiento que alquilo en Álvarez Jonte y las vías. En prevención a los robos, tal como hago siempre, la dejé encadenada a un árbol —comenzó Rossini—. A eso de las once de la noche, una explosión sacudió la casa y rompió vidrios. Más aturdido que perro en cancha de bochas, miré por la ventana y vi a mi moto envuelta en llamas y humo. Cuando salí a la calle, los vecinos intentaban apagar el fuego. Alguien llamó al 911 y pronto llegaron los bomberos. A partir de ese momento, no puedo pensar en otra cosa que no sea la bomba. ¿Quién la habrá puesto? ¿Por qué me siguen amenazando? ¿Tendrá algo que ver con la bomba que le pusieron a Guzmán? —preguntó el angustiado Rossini.

Capítulo XXIX

Espionaje cibernético

En cuanto Rossini terminó su café bien cargado, típico de Tarzán, Domecq le preguntó por qué suponía que la gente de Guzmán estaba involucrada en el atentado contra su moto.

—Eso era lo que Aberanda sospechaba desde un principio y ahora tiene más sentido, porque mi caso, como el de Guzmán, fue derivado al fuero federal.

—¿Qué tiene que ver la Justicia federal con la explosión de una moto particular frente a una casa de Castelar?! —exclamó indignado el periodista.

—¡Nada! Eso es lo llamativo y quiero analizarlo con usted.

—¿La comisaria Aberanda le sugirió que hablara conmigo? —preguntó Domecq.

—¡No! Aberanda está en el culo del mundo —respondió el joven.

—¿Cómo?! —exclamó Domecq arqueando las cejas.

—La transfirieron a Médanos, como castigo por meter la nariz en el mismo caso Guzmán que usted está investigando —respondió Rossini con cara de resignación.

—¿Y en qué supone que puedo ayudar? —preguntó el periodista, aún sorprendido.

—Si no me equivoco, en el caso del Zodiac de Castelar usted recurrió a sus amigos espías —dijo el joven.

—Espías es una palabra innombrable, digamos que yo conozco gente que tiene acceso a información sensible y ayuda a solucionar problemas —respondió Domecq en tono paternal.

—Eso es lo que necesitamos —confirmó Rossini.

—De acuerdo, pero yo quiero tener la exclusiva para difundir la información que surja —dijo Domecq mirándolo fijamente a los ojos.

—Solo me importa salvar mi pellejo. Con la información puede hacer lo que le dé la gana —se sinceró Rossini.

—¡Hecho! —respondió Domecq, mientras estrechaba la mano de su angustiado interlocutor, sin imaginar que, al ayudar a Rossini, estaba poniendo en riesgo su propia vida.

Durante la caminata desde Tarzán hasta su casa, sin prestar atención a las desenfundadas demoliciones de los más tradicionales chalets de Castelar, Domecq seguía concentrado en el análisis de la reciente conversación con el teniente Rossini.

Aparentemente, el pobre muchacho estaba en la mira de alguien que quería eliminarlo. Pero ignoraba quién y por qué... Descartó que Rossini padeciese alguna manía persecutoria, porque la bomba en su moto y la amenaza al 911 eran hechos concretos e irrefutables.

Para Domecq, la sospecha que vinculaba la bomba en el auto de Guzmán con el explosivo en la moto de Rossini ameritaba ser investigada por Matrix, un exagente de los Servicios de Inteligencia del Estado, quien — pese a su retiro— seguía teniendo acceso a “información privilegiada”. Si bien la intervención de teléfonos requiere la expresa autorización de un juez, en la práctica existen miles de líneas “pinchadas” por expertos como Matrix que lucran prestando servicios de espionaje electrónico.

“Hoy en día, la privacidad es una utopía”, había dicho Matrix durante una conversación con Domecq, en la que también había impuesto la condición de solo comunicarse por WhatsApp.

Respetando las reglas de juego, Domecq envió un mensaje a Matrix, para pedirle que averiguara si Ariel Romero, de la Brigada de Explosivos, estaba involucrado en los atentados con bombas contra el doctor Guzmán y el teniente Bruno Rossini.

Tras varios días de exasperante ansiedad, Domecq recibió la lacónica respuesta de Matrix: “Afirmativo. Lo espero mañana a las 15 en el lugar de siempre”.

De inmediato, Domecq se comunicó con Rossini y le retransmitió la respuesta del espía.

—¿Qué carajo quiso decir con afirmativo? —dijo el teniente, frunciendo el ceño y elevando el tomo de voz.

—Yo le pregunté si Romero estaba involucrado en los dos atentados y, al responder afirmativo, está confirmando nuestra sospecha —explicó Domecq.

—¿Romero quiere matarme? —insistió Rossini, cerrando los puños con desesperación.

—No sé. Supongo que me lo dirá mañana —respondió en voz baja.

—¿Puedo ir con usted? —pidió ansioso Rossini.

—¡No! Esa es otra de las estrictas reglas de Matrix: nada de testigos —respondió Domecq con firmeza.

—¿Y qué pedirá a cambio? —preguntó el joven, con cara de preocupación.

—No tengo idea.

—Plata no tengo —se sinceró Rossini.

—Supongo que el principal negocio de Matrix es la extorsión y para eso necesita nutrirse de información sobre hechos *non sanctos* que suele obtener por canje de datos, como en una cadena de favores. Una mano lava a la otra y juntas lavan la cara —concluyó Domecq.

—¿Y qué dato interesante puedo tener yo? —insistió Rossini, incrédulo.

—No sea ansioso. Hay que aceptar que, en ese submundo, Matrix maneja la batuta. Al menos, ya le avisó que debe cuidarse de Romero —agregó Domecq.

Bajo una lluvia torrencial, exacerbada por ráfagas de un viento arremolinado que destrozaba los paraguas, Domecq llegó al cafetín de Plaza Dorrego, en pleno barrio de San Telmo. Una vez dentro de ese templo de “sabiondos y suicidas”, mientras buscaba un perchero para su empapado impermeable, Domecq distinguió a Matrix, un cincuentón con pinta de ejecutivo, mentón prominente, pelo cortado a la moda y peinado con gel, anteojos *vintage* tipo John Lennon, traje gris topo de tela italiana, camisa blanca impoluta y un exclusivo Rolex Oyster Perpetual.

Cuando Domecq se acercó a la mesa, Matrix —con estudiada sonrisa— le hizo un gesto, invitándolo a sentarse.

Salteando el saludo formal, Matrix se explayó a gusto:

—Ariel Romero es el ejecutor de los pecados del superintendente Perrone. Como Romero sospechaba que Guzmán había matado a su hermano mellizo, Perrone lo convenció de vengarse poniendo una bomba en su auto. Pero, en realidad, Perrone quería eliminar a Guzmán porque era un socio que sabía demasiado sobre el tráfico de armas. En cuanto al ataque a Rossini, este pibe y la comisaria Aberanda ya habían vinculado a Romero con Guzmán y podrían llegar hasta Perrone. Por lo tanto, Perrone y Romero acordaron eliminar a Aberanda y a Rossini. Como la comisaria se fue de Buenos Aires, la *vendetta* comenzó con Rossini y seguirá hasta silenciar a los dos. ¿Está claro? —preguntó Matrix.

—Está claro, pero no creo que Rossini pueda pagar un servicio de protección —dijo Domecq.

—A los clientes que no tienen guita, les ofrecemos la promo “Información con información se paga”. Yo puedo darles a Ariel Romero servido en bandeja de plata, pero ustedes tienen que darme algo valioso a cambio. Por ejemplo, tengo clientes dispuestos a recompensarme muy bien si logro sacar al superintendente Perrone de la cancha, pero este hijo de puta ha sido muy cuidadoso evitando dejar pistas que permitan atraparlo. El único que tiene suficientes pruebas para un eventual careo con Perrone es Romero. Por eso, mi plan consiste en atacar a Romero, el eslabón más débil de la cadena de complicidades, neutralizarlo y obligarlo a testificar contra Perrone. De esta forma, Rossini y Aberanda dejan de ser perseguidos, mis clientes logran cazar a Perrone y nosotros festejamos —concluyó Matrix.

—Ok, pero ¿cómo lo llevamos a la práctica? —preguntó Domecq.

—Primero, habla con Rossini, porque es él quien tiene que meter la cabeza en la boca del lobo. Si acepta, comenzamos de inmediato. Espero tu WhatsApp.

El viento sur se había llevado la tormenta hacia el Río de la Plata y las primeras estrellas comenzaban a tachonar el cielo de Castelar. Como unos días antes, Domecq y Rossini se reunieron en Tarzán. Esta vez, eligieron una mesa

tranquila, lateral, distante de las ventanas y del mostrador. El periodista pidió un café irlandés y su interlocutor optó por un *cappuccino*.

Domecq comenzó su largo relato, contando minuciosamente todo lo que le había dicho Matrix durante la reunión en San Telmo:

—Ariel Romero es sicario del superintendente Perrone. De común acuerdo, mataron a Guzmán porque Romero quería vengar a su hermano mellizo y, a su vez, Perrone necesitaba eliminar a un socio que sabía demasiado. Cuando ustedes comenzaron a investigar a Romero y se acercaron a Perrone, estos decidieron eliminarlos, empezando con una bomba en tu moto —resumió Domecq—. Matrix está dispuesto a colaborar en la captura de Romero como paso previo al premio mayor que es Perrone, por cuya cabeza él sería largamente recompensado —concluyó el periodista.

—¿Y cómo carajo piensa atrapar a Romero? —preguntó ansioso Rossini.

—Según Matrix —continuó Domecq—, gracias a su espionaje electrónico, descubrió que Ariel Romero es adicto a la pornografía y a los juegos de seducción *online*, pero nada demasiado escandaloso como para ser considerado delito. En cambio, una acusación de pornografía infantil puede fulminar la carrera de cualquier policía. Según él, basta con armar una denuncia verosímil, es decir, que parezca verdadera, sin necesidad de que sea realmente cierta y demostrable.

—Qué astuto —reconoció Rossini.

—Así es —respondió Domecq—. En este caso, la duda siempre juega en contra del policía acusado. Concretamente, Matrix nos ofrece el servicio de infiltrarnos en las computadoras de Romero, para tratar de seducirlo con un avatar diseñado según sus gustos y debilidades, hasta armarle una cita tramposa. En esa cita, el avatar (supuestamente una excitante mujer adulta) será reemplazado por una menor, que llegara justo al mismo tiempo que la Policía, gracias a una denuncia anónima. A partir de su segura detención, la única posibilidad de Romero para recuperar su libertad es que denuncie en la Justicia las relaciones mafiosas y delitos graves cometidos por el superintendente Perrone —concluyó Domecq.

—¿Lo van a torturar hasta que hable? —preguntó Rossini sorprendido.

—No, muchacho, esos métodos pasaron a la historia, ahora hay soluciones más imaginativas —respondió Domecq—. Una vez que Romero culpe a Perrone, podemos retirar la falsa acusación de pornografía infantil y listo.

—¿Acaso usted quiere hacernos protagonizar una de sus novelas negras? —preguntó desconfiado Rossini.

—Por favor, escuche bien —comenzó Domecq en tono paternal, pero admonitorio—. No hay un plan B. Esta es la única propuesta que nos ofrece Matrix y tiene una cláusula: tómela o déjela.

Capítulo XXX

Sin escape

Después de despedirse en la puerta de Tarzán, mientras Rossini regresaba a la Departamental de Morón, Domecq se acercó a las oficinas de *Castelar Digital* para contarle las novedades a Gabriel Colonna.

Al anoecer, Domecq se retiró de las oficinas y —aprovechando que la temperatura era agradable— caminó sin apuro por la calle San Pedro hasta la plaza Cumelén. Luego de dar un vistazo a las propuestas de los *food trucks* y comprar algunas cervezas artesanales, retomó el camino hacia su casa.

Tras recorrer unos cien metros por la calle Italia, tuvo la sensación de que estaba siendo observado. Al darse vuelta, le pareció ver una sombra humana que se mimetizaba con un grueso tronco de árbol. Sin embargo, consciente de su miopía, le quedó la duda. Intranquilo, porque en su cerebro se había encendido una señal de alarma, siguió caminando con el presentimiento de estar metido en un callejón sin salida, como en las películas de suspenso.

En ese momento, distinguió las luces de la bien iluminada calle Arias y recordó que, en esa esquina, está la panadería Dulce Hora. Intentó apurar el paso, pero su cuerpo se resistía. Finalmente, al llegar a la panadería, descubrió que el local ya había cerrado. Abrumado de bronca y frustración, Domecq trató de pensar y reflexionar. Con un halo de esperanza, se preguntó si no había dado rienda suelta a su imaginación asumiendo como cierto que lo perseguían sin dejar que el sentido común opusiera resistencia y dudara de la validez de esa temible suposición. Entonces, se dio vuelta y volvió a mirar hacia una zona con menos sombras, porque algún insensible había podado un árbol hasta la amputación y los muñones sin hojas dejaban pasar la luz del foco municipal. Cuando sus ojos escrutaron el trayecto que acababa de recorrer, ya sin lugar a dudas, descubrió claramente una silueta con gorra que lo acechaba desde unos veinte o treinta metros de distancia.

Al confirmar que lo perseguían, su corazón se sobresaltó presagiando una catástrofe. Tras dilapidar unos segundos sin saber qué hacer, dominado por el

pánico, con sus pupilas totalmente dilatadas, a punto de entrar en estado de shock, Domecq sacó el celular y llamó al teniente Rossini.

—Alguien me sigue, quise refugiarme en Dulce Hora, pero está cerrado — le resumió con angustia.

—¡Quédese ahí! Ya le mando el patrullero más cercano —lo tranquilizó Rossini.

Durante la angustiante espera, el corazón le latía tan fuerte que el viejo Domecq temió estar padeciendo un infarto. Muy poco después, haciendo sonar la sirena, llegó el auto policial. Uno de los agentes bajó del vehículo y le preguntó si era Jorge Domecq.

Mientras el periodista relataba lo sucedido, descubrió que su perseguidor había desaparecido. Pese a la falta de evidencias, lejos de molestarse, el policía le ofreció llevarlo hasta el destacamento para tomarle la denuncia. Sin embargo, al no tener elementos para justificar su temor, Domecq rechazó la propuesta.

Al tiempo que el patrullero abandonaba el lugar, el veterano periodista retomó su camino hacia Montes de Oca. En ese tramo de la calle Italia, el tupido follaje de los árboles neutraliza la iluminación del alumbrado público. De pronto, lo alertó un extraño ruido que provenía de una zona oscura en la vereda de enfrente y su imaginación lo asoció con el sonido de un arma al ser amartillada. Aterrorizado, con el corazón galopando en su pecho, convencido de que lo querían matar, Domecq retrocedió lo más rápido que le permitió su osamenta, en busca de la supuesta protección de las luces led de la calle Arias.

Una vez allí, dobló en dirección a San Pedro. Al llegar frente a la inmobiliaria Carfi, miró hacia atrás y volvió a ver a su perseguidor, pero ahora más cerca. Domecq estaba cansado, había caminado mucho y el peso de sus años se hacía sentir. Su suerte parecía estar sellada. Maldijo la tranquilidad provinciana de Castelar, sin gente en la calle y con los comercios ya cerrados. Perdido por perdido, no tenía otra opción que seguir caminando mientras pudiera. Luego de avanzar unos metros, descubrió que había un evento en la vinoteca La Cava. A falta de una solución mejor, sin pensarlo dos veces, ingresó al local de degustación y, disimulado entre los presentes, volvió a llamar a Rossini.

El teniente de la Policía Bonaerense se comprometió a asistir personalmente, pero le exigió que no abandonase el local bajo ningún concepto. Mientras tanto, disimuladamente, Domecq miró a través de la vidriera de la vinoteca y descubrió que su perseguidor era Ariel Romero. Ahora todo estaba claro: el asesino que dinamitó al doctor Guzmán y le puso una bomba a Rossini quería silenciarlo. “¡Qué peligroso es ser periodista en este país!”, pensó con amargura.

Como en un *déjà vu*, Domecq escuchó la sirena policial y vislumbró las luces giratorias del patrullero. Al ver bajar a Rossini, corrió a avisarle que el hombre que lo perseguía era Ariel Romero, quien ya había desaparecido del lugar.

Ambos concordaron en que era peligroso que Domecq siguiera caminando por la calle, pero tampoco estaría seguro en su casa, dada la propia experiencia de Rossini. Entonces, el viejo periodista llamó a Gabriel Colonna, le explicó lo sucedido y le pidió permiso para pasar la noche en las oficinas de *Castelar Digital*. Una vez obtenida la autorización, Rossini llevó a Domecq hasta su transitorio aguantadero.

Ya en las oficinas de *Castelar Digital*, apremiados por el creciente peligro al que estaban expuestos, los amigos decidieron contraatacar a Romero. Como si estuvieran por escribir una novela a cuatro manos, convertidos en cómplices, comenzaron a consensuar y redactar un plan de acción basado en la propuesta hecha por Matrix.

Domecq encendió su *notebook*, creó un nuevo archivo y le propuso a Rossini el título “Operación TINDER”.

—Yo le hubiera puesto “Cómo eliminar a Ariel Romero”, pero no tiene importancia —respondió el teniente.

—De acuerdo —dijo Domecq—. Ahora debemos definir un objetivo claro y conciso.

—¿Qué le parece “atrapar a Romero” —sugirió Rossini.

—Me parece bien porque es conciso, pero tal vez no sea suficientemente claro —dijo el periodista.

—¿Por qué?

—Porque, en realidad, nosotros no vamos a atrapar a nadie, sino que vamos a engañar a Romero para que caiga en manos de la Policía —respondió Domecq.

—¿Entonces?

—Yo diría que el objetivo es engañar a Ariel Romero para que la Policía lo atrape *in fraganti* en una situación de intento de abuso de menores.

—¡A la fresca! Le salió el novelista de adentro—bromeó Rossini.

Después de reírse de sus propias zonceras, Domecq propuso alcanzar el objetivo mediante la siguiente estrategia: seducir *online* a Ariel Romero mediante el falso perfil de una mujer, supuestamente muy atractiva y dotada con todos los atributos que Romero solicita a sus citas por Tinder.

Como Rossini no tuvo objeciones, Domecq avanzó en la división de tareas. Ellos dos deberían encarar el azaroso desafío de crear un perfil completo de la imaginaria mujer señuelo (un avatar con nombre de mujer, fotos seductoras, preferencias sexuales, etc.). Por su parte, Matrix debería encargarse de subir ese falso perfil a Internet, pero incluyendo un algoritmo que lo haga aparecer siempre entre las primeras respuestas a cada búsqueda que el Ariel Romero hiciera en Tinder.

Si bien ya tenían un plan y estaban decididos a llevarlo a cabo, los amigos y cómplices eran conscientes de que enfrentaban un desafío que requería dedicar enormes esfuerzos para capacitarse en temas hasta ahora impensables, como el arte de la seducción.

Por su vinculación con el mundo de las letras, Domecq recordó un libro que podría serles de gran ayuda (*Sistema de seducción subliminal*) y convenció a Rossini de leerlo y estudiarlo como si fuera el texto de una asignatura que debían rendir obligatoriamente.

De común acuerdo, Domecq y Rossini se tomaron una semana para estudiar este sistema y volver a reunirse para aplicarlo en la redacción del perfil de la mujer señuelo, a la que ya le habían asignado un nombre atractivo y sugerente: Lolita.

Capítulo XXXI

Seducción subliminal

Después de varias semanas de esforzado estudio del *Sistema de seducción subliminal*, Rossini y Domecq completaron el falso perfil de Lolita, una supuesta mulata senegalesa, modelo profesional, radicada en Ramos Mejía. Este perfil falso incluía abundantes imágenes de la exótica y sensual joven, pero en realidad eran fotos que los cómplices habían copiado de los inmensos archivos fotográficos disponibles en Internet.

A partir de entonces, gracias a su temible capacidad de manipulación informática, Matrix simuló que la supuesta Lolita estaba buscando un *match* en Tinder con Romero (algo así como el “Me gusta” de Facebook).

Pese a sus mínimos conocimientos informáticos, a Romero le resultaba fácil interactuar en la red de contactos de este popular sitio para citas. Simplemente, deslizaba el *mouse* a la derecha si le gustaba alguien o a la izquierda si no le interesaba el perfil que le aparecía en pantalla. Cuando alguna mujer le respondía, era un *match*, que confirmaba el interés mutuo. A partir de ahí, comenzaban a chatear, intentando concretar una cita para conocerse en persona.

Cierta noche, tan rutinaria como las otras, Ariel descubrió el perfil de Lolita y no dudó en clicar “me gusta”. Se trataba de una joven modelo senegalesa, radicada en Ramos Mejía, una exótica mulata de rostro angelical y físico infartante, que a los ojos de Ariel Romero era la síntesis de la más perfecta fantasía sexual.

Lamentablemente, como tantas otras veces, la mujer elegida no mostró interés por él y no hubo *match*. Pero, lejos de darse por vencido, Ariel se propuso persistir en su intento de conquista, adaptando su perfil a los gustos declarados por Lolita. Así fue que puso énfasis en resaltar sus prácticas de natación, porque en el perfil de ella figuraba que le gustaba ese deporte. Además, como ella había publicado que le fascinaban las montañas, Ariel —con la ayuda de Photoshop—

mejoró sus fotos, transformando una simple caminata por las laderas del Cerro Otto en una arriesgada ascensión a las cumbres del Tronador.

Después de unos pocos pero interminables días, Ariel descubrió que, finalmente, Lolita había aceptado chatear con él. Si bien era un gran logro, ahora tenía que elegir cuidadosamente cada una de las palabras que subiría al chat. Por suerte, contaba con el respaldo de su libro preferido: *Secretos de un seductor*, de David del Bass, una especie de manual de autoayuda al que recurría cuando se sentía inseguro, cuando le disgustaba su imagen en el espejo o cuando tenía miedo de hacer el ridículo y ser rechazado. Estas lecturas le habían enseñado otra forma diferente de abordar a las mujeres y seducirlas, tanto en los chats previos como en las citas posteriores.

Como en un juego de roles, del otro lado del chat, manipulando el perfil de la Lolita virtual que habían creado, Domecq y Rossini también jugaban a la seducción. Los cómplices habían tenido éxito al lograr atraer la atención de Ariel Romero, al incluir en el falso perfil de Lolita el supuesto gusto de ella por la natación y el montañismo, temas que ya figuraban en el perfil de Ariel. Pero una vez iniciado el chat, tenían que ser muy cuidadosos con el manejo de las palabras, las insinuaciones y los silencios para crear una red imperceptible de la que no pudiera escapar. Fue entonces cuando las técnicas de seducción subliminal —que con tanto fervor acababan de estudiar— les permitieron conectarse con el cerebro de Ariel Romero, haciéndole bajar la guardia y caer rendido a los pies de Lolita, la más angelical de las bombas sexuales.

Entonces, poco a poco, chat a chat, Ariel Romero cayó en la trampa que le habían tendido su víctima y el periodista Domecq. Después de varias semanas de tórrido chat en Tinder, Ariel Romero acordó su primer encuentro con Lolita, en un departamento ubicado en la calle Nuestra Señora de Pompeya al 2400, en Castelar, que —supuestamente— alquilaba la mulata que lo había seducido.

Romero llegó al lugar de la cita en su Ford Focus negro y lo estacionó en un garaje ubicado frente al departamento donde debía estar esperándolo Lolita. Luego, de acuerdo con lo que ella había solicitado expresamente en su chat, sacó del baúl un enorme bolso con todo tipo de accesorios para una sesión de

sadomasoquismo (látigo, antifaz ciego, mordaza con pelota, collar con correa de amarre, un par de esposas para manos y otro par para pies, y una pinza para pezones). Cuando Ariel Romero apretó el botón del portero eléctrico, una voz femenina le franqueó la entrada. Al llegar al piso 3, donde todo era silencio, tocó el timbre en el departamento H y la puerta se abrió.

Desde la penumbra, una silueta femenina le hizo un gesto invitándolo a pasar y Ariel Romero, confiado, ingresó con su enorme bolso de variadas perversiones. En ese preciso instante, se encendió un reflector que lo encandiló sin darle tiempo a reaccionar. Estaba rodeado de policías que le apuntaban, mientras otro grababa la escena y el fiscal de turno presenciaba cómo Ariel Romero era apresado *in fraganti* al intentar un encuentro sadomasoquista con una menor de edad.

Furioso, el teniente Ariel Romero gritaba que había concurrido a una cita con una mujer adulta, tal como constaba en sus chats guardados. Pero, para su sorpresa, cuando el fiscal accedió a mirar la *tablet*, en vez de las supuestas imágenes de una Lolita adulta, los chats confirmaban que había estado seduciendo a una adolescente de 15 años. Ante semejante evidencia, el fiscal ordenó incautar la *tablet* y el bolso con accesorios sadomasoquistas como pruebas del aberrante delito de intento de abuso y perversión sexual a una menor, cometido por Ariel Romero.

Desde el interior de un auto estratégicamente estacionado, Domecq y Rossini pudieron ver a su perseguidor cara a cara cuando se retiraba esposado y sujetado por dos policías, uno de cada brazo. Frente a tan esperada escena, los amigos y cómplices festejaban como adolescentes la increíble manipulación cibernética ejecutada por Matrix en los archivos de los chats de Romero, donde sustituyó las imágenes de la Lolita mulata y adulta, por las de una aniñada quinceañera. Mediante este sutil procedimiento, sin violencia, habían sacado de la calle a un feroz asesino.

Apenas tres semanas después de comenzar su exilio forzoso en Médanos, la comisaria Anahí Aberanda ya no soportaba el desarraigo. Extrañaba horrores a sus hijos y sufría por los irrepetibles momentos de la infancia que no podía compartir con ellos. A pesar de que la comunidad de Médanos la había acogido cordialmente, ella no lograba integrarse a su nuevo destino. Tenía la extraña sensación de estar viviendo en un espacio imaginario, a mitad de camino entre dos vidas: una soñada con su familia y otra real en soledad. Estar lejos de sus hijos era como tener las raíces en el aire, fuera de su hábitat natural, condenada a una muerte lenta, consciente y cruel.

Por eso, aquella noche corrió a atender el teléfono esperando que fueran ellos, pero en realidad era su exasistente Rossini. Desilusionada, Aberanda le preguntó el motivo de la llamada.

Fue entonces cuando Rossini le contó la novelesca “Operación Tinder”, que había terminado con Ariel Romero en la cárcel. Al finalizar el relato, Rossini le pidió sugerencias sobre cómo podrían convencer al detenido Romero para que declarara contra del superintendente Perrone.

Si bien la comisaria Aberanda no tenía pensado vengarse de Perrone, aceptó con agrado la posibilidad de colaborar con la Justicia para desenmascarar a ese corrupto jefe policial. Entonces, se ofreció a llamar esa misma noche al fiscal Curinao y concertar una entrevista con Rossini, para que este pudiera contarle minuciosamente los lazos de Perrone con la megabanda de traficantes de armas y con los atentados con bombas contra el doctor Guzmán y el propio Rossini.

Epílogo

El día siguiente, a la hora indicada, Rossini se presentó en el despacho del fiscal Curinao. El policía no llevaba uniforme y vestía con traje y corbata, como si se tratara de joven abogado. Luego de casi dos horas de un testimonio debidamente grabado, el fiscal agradeció la información y se comprometió a gestionar el acogimiento de Romero a la Ley del Arrepentido, ofreciéndole una reducción de penas a cambio de pruebas concretas contra el superintendente Perrone.

Pasaron los meses, el invierno quedó atrás y con el tibio sol florecían los geranios, las petunias y las alegrías del hogar. Anahí Aberanda besó largamente a sus hijos antes de que ingresaran a la escuela, esperó a que traspusieran la puerta y se dirigió a la Departamental Morón de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, para reasumir su antiguo cargo, del que había sido removida injustamente.

En la breve ceremonia, a cargo del nuevo superintendente de Seguridad, también estaba presente el flamante capitán Bruno Rossini. Ya en su despacho, Aberanda llamó a Rossini y ambos se abrazaron, felicitándose mutuamente por el inmenso logro de haber desenmascarado y provocado la caída del exjefe Perrone.

—Te felicito, Rossini. Tu ascenso es más que merecido, por la perseverancia y las agallas —opinó Aberanda, inaugurando el tuteo con su asistente.

—Gracias, comisaria, en realidad, estuve pensando en abandonar mi carrera policial, pero gracias a sus consejos y ejemplos ahora puedo disfrutar este momento —respondió el joven capitán—. Además, después del atentado contra mi vida, no tenía otra opción que huir para adelante.

—Y embestiste como un toro de lidia. Es bueno saberlo, porque, de ahora en más, evitaré hacerte enojar —dijo la comisaria y ambos rieron con ganas.

Con la llegada de la primavera, desde el balcón de su oficina, Gabriel Colonna disfrutaba la azulada belleza de las flores del jacarandá que engalanaban las calles del barrio. Fue entonces cuando recibió la noticia de que *Castelar Digital* había ganado el premio Caduceo, otorgado por el Consejo Profesional de Ciencias Económicas de Buenos Aires. Si bien la mayoría de los dueños de medios de comunicación no trabajan pensando en ganar premios, eso no implicaba que su ego no los disfrutara cuando le eran otorgados. Ese era justamente el caso de Gabriel Colonna, quien consideró que era un buen momento para hacer una pausa y reflexionar.

Llenó la bañera con agua tibia, se sumergió, entornó los ojos y se puso a pensar en todo lo ocurrido desde que —quince años atrás— había creado *Castelar Digital*, el medio de comunicación digital que se había convertido en la voz de los vecinos que buscan dejar su huella como testimonio de esta época. Después del baño de inmersión, más relajado, Gabriel se comunicó con Jorge Domecq, autor de la galardonada nota periodística “El tráfico de armas en Castelar” y le propuso reunirse en Ayerza Resto para festejar.

Emocionado y agradecido, el veterano periodista propuso invitar también al capitán Rossini y a la comisaria Aberanda, artífices de la exitosa investigación que concluyó con la destitución y detención del exsuperintendente de Seguridad Lucio Perrone y su cómplice, el teniente de la Brigada de Explosivos Ariel Romero.

Poco antes de las 21 horas, Colonna y Domecq abandonaron las oficinas de *Castelar Digital* y caminaron las pocas cuadras que los separaban de Ayerza Resto. Una vez allí, como ambos ya conocían el sofisticado lugar, no dudaron al elegir la mesa que consideraban mejor ubicada y más tranquila. Minutos después, vieron llegar a Anahí Aberanda, quien estacionó con llamativa precisión y le recomendó al vigilador privado que no descuidara su coche particular. La acompañaba Bruno Rossini.

Cuando Aberanda ingresó al salón del restaurante, no solo llamó la atención de Domecq y Gabriel, sino que también atrajo muchas otras miradas masculinas. Más que los pantalones ajustados o el escote de la blusa, lo que llamaba la atención era la armonía de un rostro hermoso y un cuerpo espectacular. A su lado, el apuesto Bruno Rossini parecía el patito feo.

Gabriel y Domecq se pararon para saludar a los recién llegados y les preguntaron si estaban de acuerdo con la ubicación. Una vez sentados, sin demasiado preámbulo, los cuatro se abocaron a la difícil tarea de revisar la carta y elegir qué comer.

Mientras los cuatro analizaban las refinadas opciones, la moza que atendía esa mesa se acercó a Gabriel y le comentó que aún quedaban botellas de un vino que —en otra oportunidad— él ya había degustado y elogiado por su calidad y precio. Además, la muchacha le sugirió compartir como entrada un salteado de langostinos y mariscos, con cilandro, tabasco y salsa de crustáceos, que era la especialidad del chef. Con respecto al plato principal, Gabriel y Domecq pidieron una cazuela de mariscos para los dos. Por su parte, Rossini consultó con Aberanda y acordaron compartir un plato de ternera braseada con salsa de vino tinto, hierbas, puré de papas y chauchas.

Mientras los hombres se tentaban con el aromático y tibio pan de pizza, Aberanda —en respuesta a una pregunta de Domecq— resumió las vicisitudes del desarraigo que había padecido en la lejana Patagonia Bonaerense. Pero, en cuanto les trajeron la entrada de langostinos, los cuatro amigos la saborearon con tal placer que dejaron de lado cualquier comentario que no estuviera relacionado con ese manjar.

Un rato después, durante el breve lapso de tiempo que mediaba entre el fin de la entrada y la llegada de los platos principales, Gabriel hizo una irónica pregunta en cuya respuesta se involucraron sus tres amigos:

—¿Así que Sherlock y Watson se revuelven de envidia en sus tumbas por el éxito de Domecq y Rossini? —dijo Gabriel.

—En realidad, Domecq es como un Hércules Poirot sin bigotes —bromeó Aberanda—. En cambio, Rossini es tan joven que ni siquiera llega a la edad de Philip Marlowe.

—¿Acaso la que opina es Miss Marple o la versión femenina del comisario Montalbano? —retrucó hiriente el viejo Domecq.

—No es de caballeros bromear con la edad o la condición de las damas —replicó Aberanda.

—Me parece que la comisaria está celosa... —siguió metiendo cizaña Domecq.

—¿Celosa yo? Sería cómo si Pigmalión estuviera celoso de Galatea. A mí me sucede todo lo contrario. Estoy orgullosa de Rossini, a quien considero mi discípulo, si a él no le parece mal —replicó Aberanda.

—Al contrario, comisaria. Por supuesto que soy su discípulo y todo lo bueno de mi carrera policial se lo debo a usted. Sin ir más lejos, fue usted la que me contactó con el fiscal Curinao y recién entonces nuestra investigación pudo llegar a buen fin —dijo Rossini, que no se animaba a tomarle el pelo a su jefa.

—Ahora el que está celoso soy yo —ironizó Domecq y generó otro debate—. ¿Por qué no reconocen que la investigación periodística fue más exitosa que la investigación policial?

—Aramos dijo un mosquito —bromeó Aberanda y los cuatro rieron con ganas.

—Como en esta mesa soy el único que no es ni policía ni periodista profesional, me permito recordar que Ariel Romero, al atentar contra las vidas de Rossini y Domecq, demostró que le temía por igual a la investigación policial como a la periodística. Por eso quiero preguntar: ¿qué tienen en común y de diferente la investigación policial y la investigación periodística? —concluyó Gabriel.

—La capacidad de investigar delitos no es exclusiva de la Policía o el Poder Judicial, ya que muchos periodistas de investigación tienen el instinto de un detective —reconoció Aberanda.

—En las escuelas de periodismo, nos enseñan a formular las preguntas de manera que su respuesta ayude a confirmar o no una hipótesis previa. Cada

pregunta debe estar orientada a profundizar la investigación y, si contamos con evidencias, la entrevista puede ser muy parecida a un interrogatorio —opinó el veterano Domecq.

—Las exigencias para aceptar la validez de una evidencia deberían ser similares tanto para el periodismo como para la Justicia —sugirió Rossini.

—De hecho, si una investigación periodística considera válida una prueba que judicialmente no lo es, se expone a sanciones por difamación o injuria —aportó Gabriel.

—¿A ustedes les parece bien que un periodista de investigación actúe como un detective, en forma encubierta, con fotos, grabaciones y demás parafernalia? —preguntó Aberanda.

—Depende del marco legal —respondió Domecq.

—¿Cuál sería el límite? —insistió Aberanda.

—En principio, los periodistas no deberíamos afectar los derechos de nadie, pero además estamos limitados por nuestro código de ética, que nos obliga a sopesar cuidadosamente cada paso que damos —dijo Domecq.

—En definitiva, volviendo a mi pregunta inicial, ¿qué diferencia hay entre un periodista de investigación y un detective policial? —insistió Gabriel.

—La policía debe aportar pruebas para identificar al culpable de un delito, en cambio, el objetivo del periodista de investigación es dar testimonio. No le basta con mostrar quién es el autor de un delito, sino que lo fundamental es el arte de cómo contarlo —redondeó su idea Domecq—. También hay periodistas de investigación que no solo vuelcan su trabajo en los medios de comunicación, sino que dan un paso más hacia la literatura y escriben novelas testimoniales, como *Los nuevos crímenes de Castelar*.

Entonces, sus amigos rieron a carcajadas, sorprendidos por el autobombo de Domecq, promocionando su última novela.

FIN

LOS NUEVOS CRÍMENES DE CASTELAR

2020

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

La mafia china

- Capítulo I: Paraíso perdido
- Capítulo II: Ajedrez en Philidor
- Capítulo III: Pistolero chino
- Capítulo IV: Debate en Castelar
- Capítulo V: Investigación policial
- Capítulo VI: Caranchos
- Capítulo VII: Prontuarios
- Capítulo VIII: Corrupción policial
- Capítulo IX: Pista pasional
- Capítulo X: Tiroteo en Leloir
- Capítulo XI: Cómic
- Capítulo XII: Calibre 7.62
- Capítulo XIII: La comisaria
- Capítulo XIV: Espiral de violencia
- Capítulo XV: Sin salida
- Capítulo XVI: Otro atentado
- Capítulo XVII: Maldito ajedrez
- Capítulo XVIII: Milonga en Tarzán
- Capítulo XIX: Cámaras de seguridad
- Capítulo XX: Tiro al segno
- Capítulo XXI: Cacería humana
- Capítulo XXII: Frente a frente

SEGUNDA PARTE

Tráfico de armas

Capítulo XXIII: Experto en explosivos

Capítulo XXIV: Conferencia de prensa

Capítulo XXV: Obediencia debida

Capítulo XXVI: Tráfico de armas en Castelar

Capítulo XXVII: La venganza

Capítulo XXVIII: Noche de pesadillas

Capítulo XXIX: Espionaje cibernético

Capítulo XXX: Sin escape

Capítulo XXXI: Seducción subliminal

Epílogo